

Francisco Tomás González Cabañas

LA HORDA DEMOCRÁTICA

Academic Work
Centro de estudios Desiderio Sosa

La horda democrática

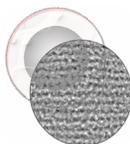
FRANCISCO TOMÁS GONZÁLEZ CABAÑAS

Academic Work

[June 2021]

Centro de estudios Desiderio Sosa

Supervisor: Hernán López



Faber & Sapiens

First Edition by Faber & Sapiens,
an imprint of Ápeiron Ediciones,
in 2021

Text copyright © Francisco Tomás González Cabañas

© Faber & Sapiens
© Ápeiron Ediciones
C/ Príncipe de Vergara, n.º 132, planta 9
28002 Madrid
Tfno. (+34) 637 10 99 20
E-mail: info@faberandsapiens.com
<http://www.faberandsapiens.com>

Design and layout: Ápeiron Ediciones

ISBN: xxxxxxxxxxxx
DL: xxxxxxxxxxxx

All rights reserved. This book is sold subject to the condition that it shall not, by way of trade or otherwise, be lent, hired out or otherwise circulated in any form of binding or cover other than that in which it is published. No part of this publication may be reproduced, stored in a retrieval system, or transmitted in any form or by any means (electronic, mechanical, photocopying, recording or otherwise) without prior written permission of Ápeiron Ediciones.

The publisher is not responsible for websites (or their content) that are not owned by the publisher.

Dedicado a los filósofos que se animan al poder.

CONTENTS

Introducción	9
De la horda democrática a la otrocracia	9
La horda democrática	10
Capítulo 1. La libertad del ser	13
Intenciones intuitivas e investigación interpretativa de la individualidad.....	13
Codificación	14
La inseminación	17
La función desconocida	20
Escansión obligatoria	23
Capítulo 2. La política y el psicoanálisis	25
Punto: del aparato psíquico al aparato institucional	25
La lógica de la democracia (o del fantasma)	28
Capítulo 3. Diagnóstico	31
La democracia como tótem y la posibilidad de ir más allá de ella como tabú.....	31
Lo que está en jaque es nuestro sistema de verdad	33
Eyaculación procaz y precoz.....	37
La vulva o el coño democrático.....	39
Sin voluntad general, el contrato social es un acuerdo no democrático	42
La aporofilia (amor a la pobreza) como nueva droga sintética de los populismos	45
El deseo no se expresa en lo manifiesto	47
La democracia y su condición nugatoria	50

De la revolución permanente a la pobreza vigente.....	52
La violencia como herramienta política.....	54
La muerte del deseo	58
La revolución es el vacilar de las cosas	61
Heidegger y la democracia. ¿Por qué es la democracia y no más bien otro sistema?.....	64
En los tiempos de la hiperdemocracia	67
Hegemonía sanitaria	69
La filosofía como brujería mayor.....	73
El esquema Ponzi de lo democrático	75
Cuerpos y territorialización.....	78
¿Cuál es el sentido de lo democrático?.....	81

Capítulo 4. Propuesta. La cura: de un sistema político a un sistema de poder	85
La otrocracia. Más allá de la democracia, tan cerca de nuestras posibilidades	85

Capítulo 5. Conceptos que brotan, dilemas subyacentes	101
El poder es el “agalma” que brilla en tanto lo aprecia el otro.....	101
Discursividades actuales. Los “nuevos” discursos. La disolución de la dialéctica del amo y del esclavo	104
Esquizocomunicación	107
Esquizodemocracia	111
La renuncia al deseo del lazo social	113
Lo electoral el “objeto a” de lo democrático.....	116
Pulsión de muerte colectiva	119
Edipo Presidente.....	121
Bajo los efectos del complejo de Telémaco	123
Tal cómo la relación sexual tampoco existe lo democrático	127

Referencias	131
--------------------------	------------

INTRODUCCIÓN

De la horda democrática a la otrocracia

Sentimos, desde el arbitrario alumbramiento, que funcionalmente debemos esta manifestación que llevamos a cabo (con la única intención de develar precisamente ese impulso intencional; de ordenarlo lo más sensatamente posible sin que ello signifique perder efectividad ante los múltiples destinos o destinatarios) a los que debemos advertir de convivir con la incertidumbre natural y con el imposible control que nos asola como humanos. La embarcación en la que nos encontramos, llamada humanidad, enfrenta momentos aciagos, lo que genera que la carta de navegación con la que nos veníamos manejando deje de ser confiable y utilizable. Por lo tanto, entre el oleaje bravío debemos ensayar nuevas elucubraciones que determinen las funciones dentro del barco y se consensue el viaje hacia un destino de amarre en donde podamos desembarcar sin tropezarnos y así despertarnos del sopor de la presente pesadilla que nos genera el no enfrentarnos a lo que sabemos pero no queremos ni aceptamos.

Bienvenidos a bordo. Cada uno de los artículos, puntuales y puntualizados, breves desde lo académico, extensos desde lo periodístico o socialmente compartido vía digital, puede ser asimilado como un compartimento estanco sin que por esto, claro, se pueda percibir el hilo de Ariadna que vincula a uno tras otro y que de acuerdo a cómo se interprete o decodifique podrá llevarnos aun laberinto en donde se ha aprisionado al espíritu, a la esencia, a la falta, a la carencia incierta de lo humano.

La horda democrática

Sobrevivimos en un presente continuo que solo encuentra una definición precisa (en los términos de Paco Vidarte), que es la de “horda”.

Los índices de pobreza, marginalidad y deshumanización, producto de calamidades como las adicciones o el abandono de valores en la noción de lo humano, nos arrojaron a los archipiélagos de excepción en los que habitamos y para los que aún mantenemos, solo en las formas, la semántica de lo democrático. Donde supuestamente se respetan los derechos humanos más básicos.

La horda impone condicionamientos que son precisamente condiciones de posibilidad. Una zoonosis, vinculada a tal precepto de lo animal, que privilegia lo instintivo, requiere una política integrada por políticos que tengan como único fin el aprovechar la oportunidad. Esta perspectiva individual ante el mundo expresa lo manifiestamente venal. Es, ni más ni menos, una reacción natural y darwiniana a la que responden los cuerpos en la trama sin razón que propone la horda.

Quiénes nos dedicamos a la política desde postulados o marcos teóricos, arrastramos una deuda con nuestra comunidad, y debe ser saldada. Sí bien la mayoría asumimos esta posición en el mundo (a sabiendas que nuestro aporte al colectivo de lo humano probablemente sea decodificado en un tiempo ulterior que nos trascienda), no debemos descontextualizarnos al punto de permanecer impávidos en tiempos aciagos. Hesitar balbuceos académicos a la espera de la aprobación de los ciegos sistemas de referato o del editor que sepa apreciar el cúmulo de palabras en disputa para que se transformen en acción podría ser considerado un vano accionar ególatra e irresponsable bajo la égida de la comodidad barnizada por una criminal actitud desaprensiva ante la pertenencia natural de lo humano.

Continuar disertando por plataformas a distancia, a la espera, en el mejor de los casos, del tan mentado retorno a la anormalidad de lo normal de no usar tapabocas o de darnos la mano o un abrazo, podrá ser condición necesaria, pero no suficiente, del deber que nos embar-

ga a todos y a cada uno de los que trabajamos con los conceptos, con las palabras, con la posición ya inocua de lo teórico en un presente desencajado. Debemos convivir con las diferencias que nos integren en un espacio político partidario que elijamos (o en un espacio que fundemos), aceptando que la posición de esos otros no será siempre fundamentada por lo estudiado, ya que el fenómeno de lo humano va mucho más allá de la razón expuesta en el papel.

Recibiremos críticas, agresiones y seguramente defraudaremos a más de uno que antes aplaudía o compartía nuestras publicaciones, disertaciones y comentarios.

Tendremos que fortalecer la serenidad para comprender que, más allá de nuestros deseos y de las acciones hasta aquí realizadas, en esta actualidad tan compleja, nos determinan los libros y las publicaciones. Por fuera de los recintos áulicos, meras zonas de confort en las que hemos transformado nuestro transitar intelectual.

El desasosiego que nos arrastra en caída libre no se detendrá si esta actitud no cambia. Probablemente, en el caso de que lo hagamos, tampoco lo conseguiremos. Pero lo habremos intentado. Suena pueril y demagógico, pero todos los que hemos tenido la suerte, más allá de cuánto nos hayamos esforzado, de tener con qué alimentarnos, no debemos seguir permaneciendo en la batalla cultural mientras el mundo acelera su caída a pedazos.

Con la intención de dar este primer paso que me desafía, que me incomoda y que me interpela en lo más profundo, hago el presente llamado a tantos colegas desperdigados por el mundo, colegas que se dispongan a cruzar el umbral de lo teórico hacia lo práctico. No importan las categorías, ni las etiquetas semánticas desde las que se transite este sendero que, desde mi humilde entender y sentir, es el camino unívoco y prioritario, y tenemos que acompañarnos.

La irrupción viral de lo incierto exige y requiere la inmediata participación de los hombres y las mujeres —de acuerdo a lo que seamos o cómo nos percibamos— dedicados al pensamiento, a la filosofía, a las artes o a todo aquello que no tenga una traducción inmediata en

el campo de lo político; en la compulsa diaria y cotidiana que se libra entre la lucha por el poder entre lo público y lo privado. El principal problema que hace tiempo enfrentamos y que viralmente hizo eclosión tiene que ver con la dificultad de entendernos y de fijar prioridades para repensar y disponer de qué asuntos y bajo qué fórmulas primero encargarnos. Seguir permaneciendo al margen significaría un error que no podría sostenerse ni humana ni argumentalmente, detonando la posibilidad de un futuro en aras de un presente que se nos va de las manos y que, por ende, nos imposibilita a pensar y a seguir perteneciendo a la especie de la que no podemos ni debemos abjurar ni desertar.

CAPÍTULO 1

LA LIBERTAD DEL SER

Intenciones intuitivas e investigación interpretativa de la individualidad

Las siguientes líneas se presentarán de la forma estructural en las que fueron manifestándose. Es decir, se darán de bruces con la ortodoxia inútil y casquivana de las pretensiones del onanismo academicista que recurrentemente, en su goce perverso de la repetición, ensalza autores que abusan de las normas de estilo para dejar en elegante, prolijo y aceptable encuadre extensos ríos de significantes vacíos. Los pocos que, bañándose en tales aguas, en lo mejor de los casos pueden preguntarse si es la misma al ingresar una y otra vez a la corriente, enlodarán con el discurrir de estos anatemas que presentamos bajo la estructura que se fue conformando de acuerdo a la dinámica de lo expreso, de lo expresado y del contexto, y seguirá haciéndolo hasta el final inacabado de la experiencia de lo humano.

Sabemos, intuitivamente, racionalmente, científicamente (es decir, dejamos de creer que sabemos para aceptar que conjeturamos), que de un tiempo a esta parte la lectura fue más un fenómeno de intermitencia que de continuidad. La acción que se creía obvia e inmediata (de comprensión de lo textual) era prácticamente un milagro. Excepciones que confirman la regla establecen, como axiomas incontrastables, que muy poco de lo escaso que se lee es reutilizable en un circuito posible o potable para que el intercambio de posiciones, de perspectivas, de argumentos y de razones genere manifestaciones de lo humano en su sentido lato. Tal es como después se agrupan las recopilaciones en lo que llamamos obras completas (estructuradas por exigencias caprichosas de

los catalogadores: alguno pensó en seminarios, otro en clases o conferencias y otros en esa demanda editorial que cosifica los pensamientos y crea lo que conocemos como objeto libro); y no podemos desconocer ni traicionar a este razonamiento, a estas intuiciones que bullen, que brotan de una dinámica y de una intensidad; que no pueden ni deben estar sujetas, aprisionadas, ocluidas por determinaciones formales o por la promesa de que serán social, académica o popularmente más aceptadas, generando incluso una perspectiva diferente para comunicar, con el único fin de que al ser humano, al otro como lector, le sea más atractiva la posibilidad de pensar a partir de ciertas propuestas amalgamadas en una manifestación como la presente. Respetando incluso a quiénes con el mismo ánimo tachan el grafo, el vocablo, lo deconstruyen, en su género o le agregan signos por fuera de lo semántico, no faltará quienes propongan que se lea de derecha a izquierda, saltando renglones o anulando párrafos. Tal vez sean más interesantes, versátiles y novedosas estas invitaciones; pero en el momento en el que hemos sido arrojados a la presente existencia, creímos que sería el agregarle mayores exigencias al lector, so pretexto de quitárselas. No estaríamos logrando el cometido, irreverente por exceso pero cometido al fin. Seguiremos con la idea de comunicar, independientemente de ser indolentemente dispersos. Sentimos, desde el arbitrario alumbramiento, que funcionalmente nos debemos a esta manifestación con la única intención de develar, precisamente, ese impulso intencional de ordenar sin que ello signifique perder efectividad ante los múltiples destinos o destinatarios a los que debemos seducir, convencer y encantar con las ideas trémulas de convivir con la incertidumbre natural y de imposible control que nos asolan como humanos.

Codificación

Que la pluma sea más poderosa que la espada genera consecuencias inevitables. La primera es comprender, aceptar y entender que muchas

veces esto es así y, por más que a priori no existan correspondencias, escribir con argumentos sólidos y dejarlos correr en el espacio público es más peligroso (tanto para el que escribe para como los que leen) que tener a disposición un ejército de hombres y mujeres con el monopolio de la fuerza armada.

Supongamos por un instante que cierta persona propone bajo palabras fundamentadas, en un contexto social predisposto a escuchar mentiras nuevas, el cambio, la modificación sustancial de la organización del sistema político y social, y por ende las maneras y las formas de vinculación económica, religiosa, educacional y de todas las índoles en que se subdivide la experiencia de lo humano. Tal pluma no podría expresar dicho proyecto de una forma clara, precisa y meridiana. No sería adecuado que manifestara tal empresa, tal cometido, bajo frases cortas, sucintas y sintéticas de forma tal de que sus postulados sean consumidos como una hamburguesa o un refresco. Ante la primera lectura fácil, sencilla, lineal, se transformaría en víctima de los cancerberos, de los pretorianos, del sistema que pretende mejorar y que responderá con dureza ante tamaña afrenta. Correrá peligro su vida, su integridad física y la de los suyos. En el mejor de los casos, le pondrán mil y un obstáculos jurídicos-legales que entorpecerán su finalidad. Quedará expuesto al sinfín de autómatas sin alma del sistema, robots y a sueldo, que lo acosarán en espacios virtuales. En donde exponga sus pensamientos y proyectos, tendrá una cantidad inusitada de *haters* que por el solo hecho de proponerse semejante cometido, apuntarán contra el objetivo como si fuese una presa a eliminar en un coto de caza. En gradas, tribunas de millones de seguidores, de aplaudidores, se verán encantados de presenciar la faena de quiénes se la agarran con el utópico, el raro, el diferente.

El imaginario personaje que tenga como propósito un cambio teórico para cumplimentarlo en la práctica debe ser responsable y consciente del poder de su pluma. Sus expresiones deben ser siempre interpretables y ambiguas. Podrá escoger diversas maneras, pero en el ámbito de lo escrito, seguramente, deberá echar mano a párrafos largos, a oraciones interminables, a giros que parezcan que no dicen nada pero que lo manifiestan

todo. Una pluma de estas características tendrá que ganarle a la agotadora ida y vuelta de su narrativa repleta de argumentos, citas e impresiones que lo harán ver como elitista, como confuso, como poco claro y escasamente preciso. Tendrá, por supuesto, la carga de ser rechazado una y otra vez por las fuerzas ciegas de las estructuras que lo querrán modificar; que lo catalogarán como poco útil, hermético, abstracto; como el mascarón de proa de una embarcación que no sabe ni pretende arribar a costa alguna establecida. Un ser que plantea con palabras una táctica de estas dimensiones contará con un margen de error tan estrecho que deberá trabajar su yo interno para no caer en las trampas que le plantará su pretensión apoteótica.

Administrar la contradicción natural y lógica de proyectar un cambio y de seguir perteneciendo a lo que se busca cambiar puede sonar épico, romántico, y hasta puede ser un camino de leyenda. Sin embargo, llevarlo a cabo, construir tal sendero en el desconcierto de la intemperie, luchando contra otros siempre dispuestos a indicar que esa no es la forma ni el camino, es para pocos y no es algo que se vea todos los días. Pero independientemente de si se equilibre o no esta condición natural, debemos reflexionar acerca de cómo el resto, nosotros, en contexto, reaccionamos ante estos fenómenos.

No podemos, no debemos, ser cómplices de un sistema que tenga como respuesta única, maquinal y automatizada, el reprimir, ocluir, rechazar *in limine* o, lo que es peor, mandar a perseguir, a acosar o a pretender destruir a quienes propongan algo mejor de lo que tenemos como producto de lo humano. Tampoco podemos, por omisión, hacer de cuenta que no nos están diciendo nada; dejar pasar la información como si fuese un viento, una ráfaga o una marejada; un compendio de propuestas que nos hablan de lo que estamos realizando en nuestra condición de seres en esta tierra.

Pretender que el sujeto que nos habla en código cambie su manera de expresarse; indicarle, incluso, de que maneras o formas logrará ser más escuchado, publicado, tenido en cuenta (referenciado o sacralizado por el sistema, o el régimen, que se propone cambiarlo o modificarlo

para mejor) es sencillamente una afrenta, una provocación, una agresión camuflada que, para mal de males, logra lo contrario a su propósito. Las palabras tienen la finalidad natural de esconder las pretensiones. Los deseos, son, por definición, inconfesables.

Encontrarnos, de tanto en tanto, a quienes nos proponen enfrentarnos con todo lo que no somos, con las faltas y carencias por las que estamos atravesados, y es una fortuna que no debemos desaprovechar con la excusa de nuestros miedos y temores. El desafío de no reaccionar humanamente ante lo que propone otro hablará de nuestros valores y del estado de nuestra condición.

Somos palabras: hagamos uso de las mismas. De lo contrario, solo quedará la espada; y la espada a lo único que refiere es a la cantidad, al número que corta, que despedaza, que secciona, que mutila, que destroza y mata.

La vida es la experiencia de lo expresado: sus códigos y codificaciones, las formas, la manera de vivirla. Mientras más conocimiento tengamos y fomentemos, más libres seremos y menos reducidos y opresivos serán los senderos que inevitablemente nos llevarían a la sinrazón de hacer uso de la fuerza, de una espada, no ya para que escriba, sino para que golpee y maté por temor a darnos la chance de vivir sensatamente como humanos.

La inseminación

Hubo un tiempo en que fue necesario lo otro en respuesta a la historia milenaria del ser. Momentos no tan lejanos de la diseminación. El curso, como decurso y recurso de lo no establecido, emergió como rizoma desde su sentido horizontal, desde su expresividad ajena a toda lógica formal, a todo patrón ortodoxo, en una suerte de danza caprichosa, de manifestación de lo oculto, de lo callado, de lo obturado por las fuerzas ciegas de las estructuras rígidas que pretendieron imponer la religión de la autoridad.

En quechua, *ayñanakuy* significa 'pelear con palabras'. Tal vez la disputa de la actualidad sea con nosotros mismos.

En el salto a la ipseidad, poder comprender, asimilar en un proceso de introyección tendría necesariamente que ver con nutrirnos de aspectos, de pliegues, de bordes que por razones que solo la sinrazón conoce hemos dejado de lado al punto de que ya no nos reconocemos en los espejos de aguas naturales porque venimos envenenándolos con los desperdicios de nuestras repeticiones automatizadas e innecesarias.

Escribir no es un acto individual como a priori se anatematiza. En un primer momento tiene que ver el acto del yo, pero luego se produce la segunda instancia: la del otro como lector. Acá no finaliza la obra. La posibilidad de comprensión, de entendimiento, ofrece una relación, un vínculo, un diálogo entre sujetos que a partir de estas acciones construyen o reconstruyen una comunidad. Ponerle grilletes, condiciones, determinaciones en nombre de un orden, de una amabilidad o bajo la tutela de que esos otros a los que están dirigidas las palabras no las entenderían si el conjunto de las mismas no lleva un apartado de conceptos claves, citas referenciadas en normas de estilo y demás requerimientos de la formalidad que ocluye y pisotea. Todo esto no es más que un atentado a la manifestación de lo humano. Por eso necesitamos volver a pensar, a sentir, a olvidar, a equivocarnos, a dialogar, a pretender ser la comunidad en esa interacción de deseos (muchas veces contrapuestos, en tensión, en ebullición, administrando las contradicciones que amenazan todos y cada uno de los sentidos que nos demandan el silencio mórbido de la anuencia a cambio de una aprobación, de una certificación que nos diga que lo sabemos, que somos parte de algo).

Nandutí es una voz guaraní que significa realizar un hilado, un tejido, símil a los desplegados por una araña para confeccionar su tela. De una complejión estética como funcional sin precedentes, tejer es enredarse en un arte que por su accionar no pretende un resultado, sino que puede culminar en una parte de un vestido, de un objeto. Puede ser la manifestación del ser que imita; la manifestación viviente que hace de tal enredo su hogar y su forma de subsistencia.

Así como otrora nos enriquecimos con el griego o el latín (últimamente con el francés y el alemán) no debemos perdernos la posibilidad de ser íntegros e integrar, más allá de un acto emancipador o liberador, independientemente de que constituya una práctica analéctica o la exótica, la voz de las culturas que fueron silenciadas durante siglos por la ignorancia supina de quienes pretendieron ser dueños de verdades consagradas por el burdo hecho de estar formalmente presentadas en rigores de medios que terminaron de justificar fines (como genocidios) totalmente injustificables para el humano en su razón y sentir como tal.

Inseminar nuestro vínculo abortado e interrumpido; reintroducirlo en un contacto más dinámico y menos intermediado entre lo que queremos y lo que pensamos es la propuesta que anida en el significante de estas palabras.

La única pretensión que se esconde en estos grafos es la de recoger, retomar lo que hemos olvidado, lo que dejamos adscrito a la tesitura de que nos iría mejor si descartáramos lo que nos sirviera para acumular una aprobación, un tener, y contáramos con algo más que permitiera comunicarnos sin etiquetas, sin calificaciones ni clasificaciones, sin dueños, sin amos o patrones.

De a poco, tendríamos que llevar a otros escenarios, los escritos destinados a esas aprobaciones que proponen relaciones desiguales de poder y en donde prevalece lo silente del pensamiento para que el número de la nota resignifique todas y cada una de las palabras, para entonces asesinadas por la furia individualista de quien tendrá el tiempo necesario para comprender de todo lo que se están perdiendo, y que hacen perder, cuando cierran y aniquilan la posibilidad de una comunidad que tenga como sensación, razón y emoción, a la palabra; que tenga como talismán lo necesario e imprescindible de que, pese a las letras (los vocablos, sus formas, tiempos, significaciones y significantes expresos u ocluidos), todos, en definitiva, cada uno de los que somos, hemos sido y seremos parte de esta historia de lo humano, hablamos el mismo idioma.

Kolaval (Para el pueblo Tzotzil significa 'gracias').

La función desconocida

Es constitutivo del ser humano: una funcionalidad absolutamente desconocida a la que estamos determinados a brindarle una respuesta determinada, acabada y específica. Hasta el momento mismo de hacerse efectiva la finitud de todos y cada uno de nosotros, la operatividad de tal función se manifiesta en la incesante disposición que alienta hasta el final la pulsión de vida y que, junto con la característica primordial de ser seres deseadores, nos lleva a creer corresponder a esa demanda congénita, a creer haber entregado la respuesta pretendida y anhelada que se nos dispuso como finalidad. Es, precisamente, dotar de sentido lo que en términos conocidos y expresados no lo tiene ni lo tendrá en los campos de la razón disciplinada o lógica concluyente, y que representarán, para ser humano, la disposición hacia la intención existencial o la función dentro de las estructuras que nos moldean para convencernos, de acuerdo a los diferentes procesos individuales y graduales que llevamos a cabo, de que el desconocimiento de nuestras vivencias o de lo que tenemos que vivir excede el cumplimiento normal, efectivo y común de las funciones corporales que nos mantienen con vida. Así como para Sigmund Freud fue el inconsciente y para Jacques Lacan, el objeto A, la disposición desconocida es la tercera arista: la que complementa la tríada de elementos que no figuran de modo asequible o asible, pero que son constitutivos del sujeto en relación a su condición y experiencia en calidad de humano en su aquí y ahora. La disposición es desconocida dado que no opera desde la ubicación física de un órgano determinado. Tal conformación o dotación espectral la hace integral, omnipresente en su ausencia expresa y acabada.

No existe ser humano en la tierra que en un momento no haya creído, sentido, intuitido o razonado que su existencia, que su presencia, que su manifestación viviente se debe, obedece o se corresponde con una funcionalidad, una disposición o intención natural, energética o colectiva de la que es parte para llevar a cabo una suerte de objetivo, de finalidad o sentido que precisamente tiene como mandato en el tiempo

que tenga (o incluso se dé para sí) como habitante en el presente plano. Lo que se llama o define como destino, es la huella, el rastro de búsqueda que viene realizando el sujeto para dar con el condicionante que lo impele, lo intima a denunciar, expresar y armonizar, colectiva e históricamente, esa demanda natural, ínsita, de brindar una respuesta que satisfaga la operatividad de la disposición o la función en sí misma para cada uno de los sujetos. Es decir, la consecución de logros materiales, acumulativos, vinculados a un rol familiar o social dentro del ámbito laboral o artístico, deportivo, profesional e informal, del que fuere, podría darse en cualquier momento. Pero lo cierto es que siempre será en respuesta a esa función, a esa disposición que demanda. Al crearla, sentirla e intuirla como tal en nuestra condición de sujetos, tenemos la tan inacabada como inexpresiva sensación de que en algún momento conocimos (previo arrojó existencial) o que finalmente lo haremos (cuando nos sobrevenga la muerte) esa determinación, ese objetivo, esa función, ese sentido para el que tenemos el paso obligado en esta experiencia que llamamos vida. Entendiendo la importancia nodal que posee en todos los momentos desde que tenemos consciencia de nuestra existencia y podemos dar cuenta de cómo hemos conformado nuestra experiencia colectiva en el mundo.

La dimensión numérica de contabilizar para generar resultantes obedece obcecadamente a esta disposición; a forjar antecedentes y precedentes dentro de esta saga de la que creemos que somos parte con un rol, un papel específico y determinado.

Todos y cada uno de los conceptos que hemos construido, a fuerza de nuestras experiencias, tienen como punto de encuentro, junto con las otras características fundadoras de nuestra condición de sujetos, el saciar, el responder, el otorgar, el brindar, el dar, el ofrecer una respuesta a esta función, a esta intención que permanece desconocida y desde tal lugar pretendemos descalzarla, dislocarla, corriéndole el velo del ocultamiento para sentirnos plenos, felices o realizados. Dada esta peculiaridad, compartida con los aspectos fundadores de lo humano, nunca puede ser absoluta ni definida y, por ende, tampoco encerrada o

anatematizada. Esto que a priori podría ser un elemento negativo o que denote un desvalor, en realidad dinamiza e imbrica la consecución del sujeto por la libertad como desapego, precisamente, del mandato, de la misión, del rol o papel a ejecutar. Esto mismo, al estar oculto, no expresado, orbitando en el ámbito de lo desconocido —pese a condicionar de tal forma al sujeto, que comienza una búsqueda como construcción de sentido existencial y social—, permite el juego, la oscilación, generando la sensación de libre albedrío que cada tanto se experimenta.

Como uno no sabe ni sabrá a ciencia cierta cuál es ese rol específico y determinado, por más que lo sienta, lo intuya y se haga presente mediante esta función o disposición desconocida, la libertad a conseguir se equilibra o tensiona con la función del destino previamente asignado o escogido. Entonces se libra una suerte de disputa entre las fuerzas o pulsiones, como era el caso de Eros y Tánatos entre las Moiras de la mitología griega, a quienes acudiremos para determinar, alegoría mediante, la función, disposición o intuición desconocida.

Son tres, Cloto (disposición), Láquesis (función) y Átropos (intuición) las que se debaten en la constitución del sujeto y en la decisión de este (condicionada obviamente). La dinámica misma del objeto u objetivo que ese sujeto determinado vaya trazando en los diferentes períodos de su vida, aquel ir y venir de contraposiciones y demarcaciones de las Moiras, pululan como los movimientos que siente, intuye o percibe el sujeto dentro sí y que lo harán finalmente tomar una decisión (que también podría ser cambiada). Es la libertad adquirida o adquiriente que puede traducirse como felicidad por haber descubierto aquello desconocido (la función o disposición primigenia) y por el manejo que haga de tal demanda en el decurso de su propia existencia, liberando y alimentándose a la vez de la energía de la libertad, que a su vez se nutre de las condiciones previas que permiten que ese cuerpo sobreviviente, cumplimentando sus funciones vitales, se constituya en sujeto sujetado, pero liberado a la vez de ese libreto que es el destino (elegido o asignado en un tiempo anterior o ulterior) como posibilidad de libertad, definiéndose este interactuar como el sentido mismo de una instancia o un instante de felicidad.

Escansión obligatoria

El término 'escansión' no es usual, pero refiere, de acuerdo a quien puso a rolarlo (Lacan, s.f.), aunque con un significado más amplio, a una puntuación afortunada. Los puntos permiten que el texto respire. Las restricciones, impensadas, a nuestras libertades más básicas tienen por objeto que se nos garantice la posibilidad de seguir respirando.

No sabemos qué palabras vendrán después de este punto y aparte ¿largo e inesperado? No sabemos quiénes tendrán mayores responsabilidades al escribirlas. Ni siquiera sabemos si tendremos la posibilidad de seguir contando con las palabras. En algún punto, tan equívoco como fatídico, hemos asociado no saber con no respirar. El quiebre, la ruptura, el disloque de esta conjunción es lo que nos genera tanta zozobra y pavor.

La escansión es un fenómeno que surge de lo textual. No podemos escandir un asiento contable. En lo numérico, los puntos pierden el sentido mismo de su esencia. En ciertos contextos, el punto, en relación a los números, es señal de multiplicación. Réplicas automáticas y automatizadas y, por ende, viralizadas. No se puede poner punto a la ganancia ilimitada (en términos o expresión contable). O tal vez sí. Pero no lo hemos intentado o no lo hemos querido. En otro punto, igual de equívoco y fatídico, asociamos la imposibilidad de cambio o de modificación en el campo con el plano de lo numérico. Las palabras pueden variar en su significante y significado. Pero el dos siempre seguirá siendo la suma de uno más uno y la resta de seis, menos cuatro.

La espiritualidad apofántica de nuestro *logos*, del sistema mismo de comunicación, nos habla de las carencias a las que nos sometemos al afirmar que una cosa es tal cosa. A partir de aquel momento deja de ser tantas otras. El principio de no contradicción, auspicia y genera la aceleración, ya desatada con el poema de Parménides.

En ese después, que nos hará entender y aceptar lo que no comprendemos, el destino juega su azar, ya sin afirmar ni preguntar, teniendo al humano como testigo, como enclave y como autor de una obra que

cree tan suya como para volver a realizar una escansión. Puntuar nuevamente para que el relato, respiro mediante, resignifique el conjunto de signos y pueda fundirlos efectivamente con su contraparte numérica o continúe con su reiterado intento. Cuando el uno deje de ser tal, la multiplicidad no será necesaria para explicar eso otro que terminamos transformando en una búsqueda de la verdad; en una alocada carrera en la que estamos insertos y en la que terminaremos diluyéndonos para evitar nuestra condición incierta e indeterminada.

El párrafo finalizó. Tal vez sea el fin también de un capítulo o de la narración. Puede, simplemente, ser un descanso como tantos más. Tenemos, eso sí, la posibilidad de que luego nos expliquemos las cosas, más acabadamente, con signos numéricos o lingüísticos, o con los que fuesen necesarios para una humanidad más entendida (o como la que-ramos llamar).

Necesitábamos dejar de respirar para saber que el otro, en cuanto a lo que me complementa, puede ser el peligro que me extermine en la contradicción tajante de que sin su existencia, como reflejo o espejo, ya nada tiene sentido, siquiera el respirar, si no puedo escucharlo hacer lo mismo. Lo que para uno puede ser un desafío múltiple, para otros puede ser algo cotidiano y natural.

CAPÍTULO 2

LA POLÍTICA Y EL PSICOANÁLISIS

Punto: del aparato psíquico al aparato institucional

Al otorgarles a los conceptos fundamentales de ello, yo y superyó, constitutivos del aparato psíquico, funcionalidades políticas, podemos encontrarlos en la tríada que divide los poderes de los Estados occidentales, sin temor a decir algo que no se traduzca como real o simbólico; tal vez, arquetípico de lo imaginario. El ello es el poder legislativo (el carácter deseoso de la ley que muchas veces resulta incumplible en tales términos). El yo (la ejecución de lo presente o la administración de lo circundante), el poder ejecutivo y el superyó (penalidad y contrarresto de lo deseado en estado puro), el poder judicial.

La explicación psicológica o psicoanalítica del molde institucional que concibió y concibe el engranaje mediante el cual la ciencia política creyó concebir algo que le perteneciera en un porcentaje destacable, no es más que la prueba fehaciente de que la frase: “lo personal es político” (Hanisch, 1969) subyace en la política-democrática actual y que esta, estructurada como está, jamás podrá permitirnos algo más allá de un tratamiento sin cura. Jamás nos otorgará una respuesta determinada o una definición manifiesta cuando se trata de nuestra condición, no de la de los sistemas, o de cómo estamos cada uno de los cuales podemos llegar a interpretarlo o, en el mejor de los casos, a plantearlo bajo modificaciones.

En la siguiente brillante síntesis redactada para un artículo que busca enhebrar, también, el vínculo entre psicoanálisis y política, Merlín (2014) nos alumbra de la siguiente manera:

Recordemos brevemente el planteo que hace Freud en *Psicología de las masas y análisis del yo*. Afirma allí que las masas son asociaciones de individuos que se manifiestan con características bárbaras, violentas, impulsivas y carentes de límites, en las que se echan por tierra las represiones. Son grupos humanos hipnotizados, con bajo rendimiento intelectual, que buscan someterse a la autoridad del líder poderoso que las domina por sugestión. Se trata de una constitución libidinosa producida por la identificación al líder, en la que una multitud de individuos pone en el mismo objeto (el líder) el lugar del ideal del yo —operador simbólico que sostiene la identificación de los miembros entre sí—. Por lo tanto, dos operaciones constituyen y caracterizan a la masa: idealización al líder e identificación con el líder y entre los miembros. En resumen, la masa implica una respuesta social no discursiva sino puramente libidinal.

El artículo de la autora, como su título lo indica (*Laclau y el psicoanálisis*), continua con una interesante interpretación del giro psicoanalítico, mediante el clivaje del populismo, que le daría, según su consideración, Laclau a lo expresado por Freud. Naturalmente estos leen la perspectiva desde el fenómeno sujeto y sus conflictividades; sin embargo, para nosotros la lectura es desde la óptica de lo estructurado tanto en lo que luego deviene como en el lenguaje, y que funge como aparato psíquico y luego político, y replica la misma tajante estructuración.

En el aparato psíquico (en el que no queremos profundizar tanto por economía del lenguaje como por el riesgo que implica salirnos de eje) que navega bajo los tópicos de lo consciente, lo preconscious y lo inconsciente (en la mítica Teoría del iceberg), la réplica política es cabal y contundente.

El aparato político que sostiene los tres poderes del Estado —hemos trabajado, sobre todo, en la razón de ser del poder judicial y en la necesidad que exponen los politólogos en contrapeso con los otros poderes, por más que el nivel argumental sea escaso o pobre desde Montesquieu (1996) en *El Espíritu de las leyes* hasta sus continuadores como muestra fehaciente de que lo que afirmamos replica la estructura y que no obramos ni pensamos política o racionalmente— navega en la legitimidad, en su continuidad, por obra y gracia de los tres tópicos que se lo permi-

ten, que son, ni más ni menos, las clases sociales o grupos o facciones que bien podrían dirimirse entre los que participan, son parte (políticos, clase alta, elites: círculo rojo dominante) y los que desean serlo porque lo han sido (ellos o familiares), o porque tienen condiciones para creer o sentir que podrían ser parte (clase media). Finalmente, están los que no tienen conciencia de lo que les está ocurriendo ni a ellos ni a su rededor (los pobres, marginados o en estado de excepción) y que solo pueden ocuparse de sobrevivir de rato en rato.

Como acabamos de ver, los tópicos están replicados y, más allá de semánticas o de nominaciones, la estructuración de nuestra política actual y sus conflictividades tiene mucho que ver con las estructuraciones con las que hemos sido arrojados al mundo. Lo personal no solo es político, sino también lo es lo psicoanalítico.

Como bien sabemos, a título de adagio, tal vez, pueda resultar ahora más comprensible, entendible o analizable. Precisamente a Lacan (1985) se le atribuye una frase a la que estaríamos haciendo honor: “Sí usted no entiende mis textos, tanto mejor, tendrá la oportunidad de explicarlos” (p. 501).

En lo posible, que es lo pasable, lo transitable o lo vivible, cada quién sabrá qué hacer con lo suyo (en el mejor los casos, con la guía de su analista). Lo significativo, al menos para nosotros, es que así como toda la academia cultural e intelectual considera que sus administradores o que los políticos deben conocer de derecho, de leyes y de ciencia política (en esta periodicidad le están agregando la exigencia de conocimientos económicos), estamos en condición de afirmar que por nuestra estructura, que estructura además lo político, un buen político (entendido en ese extenso significante de bueno) sería alguien que comprendiera ciertas nociones analíticas; y sí no las ve o no se interesa, que al menos las respete y las valore sin desprecio. Bajo tales signos, estamos determinados más allá de nuestros gustos, placeres, gozos e incluso más allá de nosotros mismos.

La lógica de la democracia (o del fantasma)

“La palabra se define y nos define, ¿acaso no hemos llegado hasta hacer surgir el universo de ella? Y ¿no hemos asimilado nuestros orígenes al parloteo de un dios charlatán? ¿Qué seríamos sin el lenguaje?” (Subirats, 1993, p.70). El concepto nodal de lo democrático es la palabra. El sujeto histórico del sistema político es ese logos. El significante de la democracia es el verbo, el término, el vocablo. Estos suaves y ligeros matices que varían como significados no dejan de estar inscriptos en el orden simbólico de la palabra, es decir de lo político. La democracia en la identificación con la política y no con la identidad, dado que esta, como nos recuerda Eric Laurent, es un vacío y no más que palabra. Como significante, tal como nos alecciona Jacques Lacan en *La lógica del fantasma* (Beaumont, J.P. & Vandermersch, B., 2004), no podría significarse a sí mismo y, por ende, funge mediante lo que representa o tras la representación. A propósito de tal seminario citado, en el artículo *El inconsciente es la política* (2015), Tenenbaum escribe: “En una sola ocasión Lacan asevera que el inconsciente es la política. Lo hace en *La lógica del Fantasma*” (p.54). Ahora bien, ¿qué es un fantasma?

En un meduloso estudio sobre Hamlet, Carl Schmitt plantea que el nacimiento del Estado moderno surgió como un nuevo orden político al neutralizar las guerras civiles entre confesiones. En este proceso, Hamlet se convertiría en el mito político de la Modernidad, opuesto a Edipo como aquel de la Antigüedad. (Tenenbaum, 2015, p.56)

Hamlet es el fantasma político por antonomasia de occidente. La entidad fantasmagórica interviene en lo real o está presente en ella desde otro plano, desde otra perspectiva, obliterando la posibilidad de que establezcamos una relación bajo nuestros términos (es decir, del orden de la realidad, de la cientificidad, de la lógica o desde lo eminentemente normativo), aceptando que sólo nos resta el juego azaroso de las identificaciones, pues construir una identidad sería dejar de reproducirnos,

cuando no hesitar y perecer en tal hesitación, como decisión lógica de lo humano.

El inconsciente es la política por esto mismo: por su estructuración como un lenguaje que en su identificación devino en lo democrático no solo porque “el significante no podría significarse a sí mismo”, como nos alerta Lacan, sino porque mediante este orbitar se libra o se trata lo reprimido que, siguiendo con el autor de *La lógica del fantasma*, refiere: “Lo reprimido: el representante de la representación primera en tanto que ella está ligada al hecho primero — lógico — de la represión” (Beaumont, J.P. & Vandermersch, B., 2004).

El fantasma lacaniano reina en los tres órdenes (real, simbólico e imaginario) sin que permanezca en ninguno, pues es el que permite la ruptura supuesta de la lógica del amo y del esclavo, el diapasón que irrumpe la lógica aristotélica y la formalidad cartesiana. Claro que no por esto el fantasma lacaniano deja de ser un fantasma narcisista. “Creerse uno es una ilusión, una pasión, o una locura según las diferentes formas en las que Lacan ha podido nombrar el narcisismo” (Laurent, E., s.f.).

En términos políticos y en conceptos hartamente trabajados en *La promesa de la política* (Arendt, 2012) y en *Historia de la mentira* (Derrida, 2015), pedirle, exigirle, reclamarle, solicitarle a lo democrático, a la política y, por ende, a quienes la representan (a ella, no a nosotros, los ciudadanos, el pueblo), nociones como la verdad, lo cierto o lo consciente, es cuanto menos histérico y propio de una conducta psicótica. Sí queremos comprender, entender o incluso cambiar la lógica de lo democrático, tendremos que buscar en el ámbito de lo inconsciente (en ese no lugar que estructura como un lenguaje) lo otro que supuestamente se nos ofrece mediante discursos armados, campañas prolijas y posturos, risas y gestualidades. Incluso cuando nos hacen desear es cuando nos gobiernan. En el reinado del desierto de lo real (cuando nos quieren decir que no existen los fantasmas o que los han exterminado), lo político y lo democrático se detienen, funcionan como un paréntesis, ante la venidera parusía de lo que nos redima. Esta es la razón por la que, en términos políticos y metodológicos, lo único invariable de las

democracias es el ejercicio masturbatorio (que persigue placer inmediato) de lo electoral.

Democracia, política, inconsciente y fantasma lacaniano son los distintos significados para que el gran significante del voto, de la elección, de la libertad política no se signifique así mismo y nos brinde la sensación de que todo puede estar en movimiento sin que nada se mueva desde ningún otro plano que la estructura con la sentimos, pensamos, pero que invariablemente desconocemos y no toleramos.

CAPÍTULO 3

DIAGNÓSTICO

La democracia como tótem y la posibilidad de ir más allá de ella como tabú

“Se da, en efecto, el hecho singular de que los hombres, no obstante serles imposible existir en el aislamiento, sienten como un peso intolerable los sacrificios que la civilización les impone para hacer posible la vida común” (Freud, 1927).

Conjeturando que somos los herederos de los parricidas que describió el vienés en *Totém y tabú*, somos los herederos de aquella horda primitiva que funda nuestra cultura occidental y que estableció —como elemento totémico— que pensar por fuera de lo democrático o más allá de ello sería algo tabú. El totemismo se inscribe como institución de un lazo más fuerte que el lazo de sangre o familiar, a decir de Frazer (citado por Freud). En referencia al vocablo ‘tabú’, que se correspondería con la traducción de “horror sagrado”, determina prohibiciones que carecen de fundamentos. “El código legal no escrito más antiguo de la humanidad”, tal y como refiere Wundt, citado también en la obra.

Desde que el mundo es mundo, a excepción de breves periodos históricos y en determinados países, existe una empresa dirigida desde el poder para organizar el sometimiento de los pobres. Este hecho fue ocasionando contradicciones y tensiones que se han resuelto de diferentes maneras en cada momento histórico, ya que es imposible pretender que los seres humanos vivamos según el orden de un hormiguero o un panal. Su objetivo es controlar la libertad y la condición pulsante del ser humano. Por ello el poder no se agota en los aparatos del Estado, en los

grupos económicos, en los partidos políticos y las instituciones sociales sino también deberíamos decir fundamentalmente. (Carpintero, 2007).

La democracia se constituye como significativo amo o significativo extenso en su doble rol de tótem y tabú, inaugurando un estadio que rompe el espejo de la mismidad para dar curso, cómo síntoma de lo carente, al individuo escindido, mutilado, que luego será sujeto representado en la faz pública o política.

Por más que lo democrático pulule como fantasma y a cada rato, en todo momento, estudios estadísticos hablen a las claras de la rutilante pérdida de credibilidad de los múltiples hacia el tótem, lo cierto es que funge como penalidad el horror sagrado de lo tabú. En síntesis, se habla, de cuánto mejor podría ser lo democrático, pero nunca se habla de descartarlo o suprimirlo en un nivel teórico o práctico. Plantearse el imposible de sustituir lo democrático sería matar al otro, liberar la pulsión de muerte en que nos invaginamos como sujetos con una sola forma o manera de organizarnos. Surgen, claramente, intentos simulados para pretender una suerte de liberación o emancipación. En términos políticos, de derecha a izquierda, la democracia solo es entendida y explicada desde conceptos primos o relacionados: sistema, poder, capitalismo, producción, y demás epítetos que permiten lo único permitido por el tótem: la crítica solapada o parcial a lo democrático.

El orden simbólico que nos organiza, como conciencia moral, tuvo su origen en la forma humana sensible del otro que, por identificación redoblada, nos hizo ser. Éramos todo y parte al mismo tiempo: lo bueno estaba adentro, lo malo afuera. Pero en realidad, en la forma del otro estaba también organizándonos, desde adentro de nosotros mismos, la forma obligada de toda satisfacción. Quedamos aferrados al otro sensible cuyo orden, sordamente, nos regula con su modelo de ser que delimita, dentro de nosotros mismos, el contorno de nuestra propia carne. El debate, adultos ya, se continúa en este campo interior donde la semejanza germinal con el otro que nos habilitó a la vida, se abre como diferencia meramente subjetiva en la conciencia del yo. De este modo, la relación adulta individuo mundo exterior se transforma, regresión mediante, en una relación individuo- individuo. (Rozitchner, 1998, p.208)

La transgresión al tabú, la mayoría de las veces se paga con la muerte. Evitar el cumplimiento irrestricto de la máxima, que la última ratio es la violencia, es un principio performativo tan poco democrático que tendría que corresponderse con desacralizar lo totémico sobre el que hemos constituido la democracia.

La única manera que no implica la ruptura de lo humano como sinónimo de quien evita la violencia o la agresión concreta, tiene que ver con el mundo de los conceptos y de la palabra. Paradojalmente, cuando la democracia deje de ser totémica podría significar, lisa y llanamente, pensamiento con emociones, comunicación con prioridades, conversaciones o diálogos.

Lo que está en jaque es nuestro sistema de verdad

En 1755 un terremoto destruyó Lisboa e hizo temblar al mundo en el más amplio y simbólico sentido del término. Tal vez este acontecimiento, a diferencia de muchos que emparentan la situación actual con la llamada gripe española, sea más semejante a la irrupción de la presente pandemia.

Quedarnos en el síntoma, en la manifestación epitelial u orgánica de lo que nos ocurre, nos llevaría precisamente a eso, a un historicismo que acumule y no discierna ni piense, ni lleve a cabo el ejercicio obligado de raciocinio o de consulta a la intuición para tratar de encontrarnos con palabras que nos devuelvan, en modo de explicación o certeza, qué es lo que nos está ocurriendo. Creer que la presente afectación se corresponde a un catálogo de enfermedades que asolaron al ser humano en su historia como especie, sería precisamente lo que se viene realizando repetidamente. No resolveremos los problemas que se nos han originado, pandemia mediante, tras el advenimiento de la vacuna o *pharmakon* alguno.

En caso de que continuemos tentados a analizar o a pensar la realidad, tomando una de las partes por el todo, caeremos en la mera y

huera recopilación de datos, de ejercicios o disciplinas que están jaqueadas simultáneamente. No se trata, como incluso lo hemos pensado, del sistema de salud, del sistema social, político, laboral, económico o ideológico.

El terremoto de Lisboa, un hecho puntual, específico y determinado (con sus afectaciones, destrucciones y muerte reales) hizo temblar lo establecido para que luego, tras las ruinas, el humano generara un nuevo sistema u orden que tenga que ver con las generalidades más amplias y tal vez abstractas, pero no por ello ajenas a lo que luego significarían todas y cada una de las cotidianidades en las que desembocamos a partir de aquel entonces.

Creemos y consideramos, a fuerza de los argumentos esgrimidos, que es necesario, en primera instancia, recordar el impacto ulterior del terremoto propiamente dicho. El mundo, en aquel entonces, orbitaba bajo una cosmovisión (siempre existen estas, por más que muchos, sobre todos los que tienen acceso a las mismas, no quieren que los múltiples tengan llegada a tales arcanos. Esta es la explicación más sucinta de por qué la filosofía, si bien es la madre de las ciencias, es la disciplina oculta u ocultada, negada y estigmatizada) que se define, palabras más palabras menos, y en uso de la economía del lenguaje, como “el mejor de los mundos posibles” (Panadero, 2015), definición atribuida a Leibniz, que construyó su teodicea, en las bases platónicas en definiciones tales como: “el demiurgo quiso que el mundo fuera el mejor posible” (Platón, 2011).

El terremoto se llevó a Lisboa y generó incontables destrucciones, dolor y muerte (se produjo en plena festividad religiosa, en una comunidad mayoritariamente creyente y practicante), pero lo más determinante fue lo que sucedió después. El hombre, como sujeto, tuvo que hacer un duelo de su mundo, y por ende del sistema de verdad que había construido y en el que creía hasta entonces. Así se reconstruyó tras las ruinas. La prueba más contundente, como toda experiencia de lo humano, se registró por escrito (de aquí que se considere que la pluma siempre es más que la espada). La selló Voltaire en su declarada

disputa con Leibniz acerca del mejor de los mundos posibles en el que este creyó.

Los sirios imaginaron que al ser creados el hombre y la mujer en el cuarto cielo, se atrevieron a comer una torta, en lugar de la ambrosía, que era su comida natural. La ambrosía se exhalaba por los poros; pero después de haber comido la torta, era preciso ir al excusado. El hombre y la mujer rogaron a un ángel que les enseñase donde estaba el retrete. Ved, les dijo el ángel, aquel pequeño planeta, apenas visible, que está a unos sesenta millones de leguas de aquí, allí está el excusado del universo, id lo más rápido posible. Y fueron allí y se quedaron, y desde ese momento nuestro mundo fue lo que es. (Voltaire, 2011, p.203)

El hombre, por intermedio de estos dos representantes (podríamos, desde una posición de privilegio, establecer que el filósofo es el representante natural del humano y su razón en el transcurso de su estar en el mundo; sin embargo, con toda razón, tal posición podría ser reclamada por los artistas, creadores o creativos), pasó de vivir en el mejor de los mundos posibles a vivir en el baño, en el excusado, en el retrete del universo.

El industrialismo que recreó todo un sistema social, económico, laboral, ideológico y político, que es en el que aún nos encontramos viviendo, es la principal víctima de la pandemia que nos afecta; y al igual que el terremoto, arrastrará ni más ni menos que nuestro sistema de verdad. Sistema de verdad en el que tanto la democracia como las supuestas libertades consagradas (y la razón instrumental que nos otorga y brinda la réplica y reproducción de números en acumulación para intercambios imposibles) están plenamente en jaque y serán reconsideradas, reconfiguradas, reconstruidas y rearmadas. Una vez que hagamos el duelo y salgamos de la falta de conceptualización de lo que nos está ocurriendo, tal vez decodifiquemos las siguientes palabras desde otra perspectiva:

Si bien Pascal introdujo el discurso científico, no olvidemos que fue él también quien, incluso en el momento más extremo de su retiro y su con-

versión, quería inaugurar una compañía de ómnibus parisino. Este Pascal no sabe lo que dice cuando habla de una vida feliz, pero nosotros tenemos la encarnación de ello. ¿Qué más puede atraparse con el término *feliz* si no precisamente la función que se encarna en el plus- de- gozar? Además nosotros no necesitamos apostar sobre el más allá para saber cuánto vale allí donde el plus- de- gozar se descubre bajo una forma desnuda. Esto tiene un nombre —se llama a perversión—. (Lacan, 2006, p.177)

Las verdades científicas, hipostasiadas por nuestras faltas constitutivas y constituyentes, deberán ser reconstruidas desde todas y cada una de las perspectivas que impliquen otro sistema de verdad. No es casual que como último grito de la moda el sistema jaqueado en nombre de supuestas *fake news* restrinja la libertad de expresión en función de una posible afección viral y se restrinjan nuestras libertades más básicas y elementales; que por la supervivencia del rostro económico y social del sistema integra, llamado capitalismo, sigamos condenando a la exclusión, ciega, sorda y muda, a millones de seres humanos que perecen en la indignidad y en la desconsideración más absoluta. Todo en nombre no ya de la vieja fórmula del mejor de los mundos posibles, sino de lo menos malo que podríamos tener.

Somos sujetos a los que la función desconocida (el temor a lo incierto) conduce desde hace más de doscientos años. Desde entonces a esta parte, la estructura de la perversión es la única oportunidad que se nos presenta y que tenemos por delante, casi como una bendición de un dios tan benévolo, o tan perverso, que nos ofrece algo que seguramente no tendremos la oportunidad de alcanzar. Ocurre que, para inventar o relatar tal deidad, debemos salirnos de la funcionalidad perversa; y ese goce, incansablemente repetitivo, es la renuencia que difícilmente abandonemos, pandemia mediante.

De todas maneras, está por verse, y esto es precisamente lo que nos mantiene vivos.

Eyacuación procaz y precoz

Cuando el macho, en la prepotencia de su machismo, encuentra la reacción desilusionada de la mujer luego de no haberle brindado a esta el goce (ni hablar del placer) inmediato de lo sexual, se encuentra desnudo (por su condición fálica y retrógrada) y deja de ser tal (un macho); es decir, no logra, con el falo, ratificarse como hombre, y por ello acude a la violencia para no perder no ya su condición, sino su existencia, que la subsume a una cultural razón de ser, específica y determinada (dadora de felicidad mediante la penetración). La mujer, la mejor decisión que toma es la de no entrar en el juego y no asumir entonces el rol de hembra. La peor decisión es escoger la opción de intentar que este deje de ser macho. Antes que la impotencia (que afecta al hombre, por lo general, de edad avanzada), que puede ser resuelta mediante el uso de un fármaco, el principal problema masculino es el de transformarse en un ser procaz y precoz que lo haga todo rápido, de forma vertiginosa, amontonada; que sea fatalmente intenso y maquinal tanto en la cama como en la oficina de gobierno.

Al haber decidido, sí es que realmente tomamos tal decisión, renunciar a la serenidad para vivir en reflexión y pensamiento, será a expensas de recrear las ficciones más temibles, que son las que a diario conducen nuestros adictivos grilletes (que endiosamos y creemos que nos liberan, pero que nos anulan y nos cercenan en nuestra posibilidad de ser humano, arrastrándonos irremediabilmente a la frustración..

Ocurre en la cama como en el atrio del gobernante: si una de las partes, pretende el goce sexual por separado, no solo que está violando el acuerdo tácito del encuentro (así incluso se hable o se pague antes), sino que además está perjudicando y violentando al otro que, como si fuese poco, terminara reaccionando de alguna u otra manera, devolviendo tal desaprensión. Eyacular precozmente es un buen ejemplo de esta disfuncionalidad que en realidad es mucho más que eso. Sale de las sábanas y llega a los recintos institucionales y a la casa de gobierno.

Nadie puede desconocer que el atavismo cultural de la imagen del poder se asocia de forma tan confusa como injusta al hombre. Lo cierto es que el gobernante aún reina en el orden simbólico de muchos como el que la tiene más larga, en un claro y palmario ejemplo de lo primitivo y soez de nuestras consideraciones públicas y políticas.

No se trata de que estos machos cabríos hagan con su pene real —lo que tantos escritores narraron en distintos libros: verbigracia, *La fiesta del chivo* (Vargas Llosa, 2000)—, sino de lo que harán con su miembro simbólico, que es, ni más ni menos, que la lapicera de sus decisiones públicas. No debe importar el tamaño ni el color de la lapicera, sino cómo se use. La similitud con lo sexual no tiene una razón metafórica o una necesidad del suscribiente para ratificar una tesis. Es lisa y llanamente sentido común. Gobernar es dar lo mejor de uno (el gobernante) como el amante da lo mejor de sí para el otro en la cama o en la intimidad.

Uno de los mayores peligros es que, en el afán de hacerlo todo rápido, bien y a la perfección, se caiga en la precocidad. En una suerte de cumplimiento de lo dictado, en la parusía de las recetas premoldeadas de gobernanza que con tanto y supuesto éxito terminan colonizando nuestra imposibilidad de recuperar la serenidad. En un mismo orden de ideas, en pleno contexto occidental en donde nos hemos amputado la mencionada posibilidad de actuar con serenidad, si vamos vertiginosa o alocadamente, seguramente acabaremos sin disfrutar del viaje y sin dotarlo de un sentido fuerte con una valedera y valiosa significación.

El actuar meramente administrativo, así se trate de obras de infraestructura o de reparto de dádivas, prebendas o asistencialismo, generará que quien es gobernado nunca reconozca el esfuerzo del otro (siempre querrá un polvo más, un encuentro más en donde depositar la expectativa de ser comprendido y de acabar a la par. Caminar hacia el placer luego del goce), ya que solo estará alimentando este canal, esta sintonía, este orden. La escenografía de las democracias occidentales actuales, nos remite a *El mito de Sísifo* (Camus, 1985) con la piedra que cae sempiternamente desde lo alto de la montaña, pese a ser levantada y llevada una y otra vez.

A veces cambiar el color de la tinta de la lapicera puede ayudar para lo inmediato (pero todo lo que el marketing, el coach y demás tácticas de rapiña ofrecen a los políticos y a la política nunca es una solución de fondo); pero lo cierto es que el ritmo de viajes, de inauguraciones, de reuniones, de presencia en fiestas, en redes sociales, debe tener un anclaje en una construcción que contemple a ese otro gobernado o amado. El gobierno debe estar acendrado en algo más que en la minuta o en la eyaculación precoz que ofrecen los especialistas en medios y en comunicación.

La política es esa comarca, esa morada, la cama en donde el gobernante debe dar cuenta de sus mejores artes. El que se hable de cómo generar mayor participación, de brindar y no blindar un sistema o forma de votación más claro, más transparente; que se colijan las experiencias de otros (los ex) y, mediante homenajes, lo mejor de cada uno de los tiempos pasados, fungirá como ejercicio pleno de un haber dado amor público y político que cambiará, o al menos tendrá la intención, a la gente. Repartir planes y proyectos que vienen digitados de otros lugares (con intereses y beneficios que siempre están fuera del lugar de arraigo) o robotizar el envío atontado y alocado de gacetillas para cortar cintas que no desatan ningún nudo, permitirá a la gente elegir a otro (incluso a un objeto) que le prometa amor. Con el tiempo, el amado verá si le cumplió o si se trató de otro mero eyaculador precoz. Este, finalmente, como proverbial narcisista, al no tener la posibilidad de ver al otro y, por ende, de interesarse en lo que le pase, sin esforzarse por comprenderlo dejará un tendal de gobernados no solo sin amor, sino también sin dignidad y sin comida. Nada muy diferente a nuestras democracias actuales que, minadas, desbordadas de pobres y de pobreza, necesitan una cura analítica en términos de la palabra, de la razón y del logos.

La vulva o el coño democrático

La democracia es tanto el útero materno como la vulva rebelde que deja de ser objeto para constituirse en sujeto. Por un lado, quienes lo

único que pretenden es violentar la matriz de las cosas, siguen vejándola una y otra vez al igual que quienes solo votan en cada jornada electoral. Luego están los que humildemente consideran que la pluma es más que la espada y que redefinen, reconstruyen los conceptos en alianza con todos y cada uno de los múltiples que ahora serán lectores, pero que después se convertirán en socios fundadores de un nuevo pacto político y social, más inclusivo, ecuánime y general, en nombre de la humanidad. Concibamos juntos, mediante juego y romance con las palabras, al sujeto de los tiempos que vendrán.

A la representatividad muerta de una democracia que parece a medida que se la rescata, se le brinda otra posibilidad desde la connotación política, y merece y debe ser analizada bajo los incordios de los conceptos de la estructuración psicoanalítica tal como si se tratase de una suerte de diván en donde el analista, el guía, el componedor, se transforma y deviene en lector; en donde el gobernante, al fin, a solas tanto con su responsabilidad como irresponsabilidad, tiene la oportunidad de redimirse de sus excedentes, de excomulgarse de un mandato que lo lleva a los límites de la conversión de lo no humano. Este conjunto de vocablos está estructurado como un lenguaje que nos habla entre las exclusiones mutuas que se desprenden de la filosofía, de la política y del psicoanálisis para la comprensión de lo humano. En su lectura ágil se podrá percibir el clivaje ocluido, el lazo oculto como inexpugnable que recobra de sentido un jeroglífico en donde puede vislumbrarse a la política y a la democracia, al inconsciente y a la vagina, como conceptos fundamentales.

En cada uno de los lectores, comentaristas, en verdad, así lo deseen ratificar en el código de las letras o en el reinado de sus silencios, se encuentra la guía para unir y desunir los cabos, tal como en el atalaya asoma la luz referencial del analista o como en la casa de gobierno se ejecuta la decisión, sea cual fuere la misma, del gobernante. Como sí se tratase de una suerte de manifiesto, de codificación independientemente de lo que conlleve su dinámica y su comprensión en una dimensión de lo temporal que excede nuestra necesidad de respuesta. Todo lo que callan

nuestras palabras no son más que las venturas que vivenciamos en otros estadios, sean oníricos o productos de la fantasía o de la posibilidad de un futuro que nos impele a que nos habitemos más allá del miedo con el que leemos la reacción primigenia que deslizamos ante la muerte. Si consideramos que si no dejamos de pensar y actuamos, de esta manera, entonces lo ausente, a lo que no acudimos, se extinguirá, descendemos a una deshumanización de nuestras posibilidades, convertidos en un subproducto de la razón instrumental, y dejaremos de interesarnos por la palabra y por las traducciones que conseguimos mediante su uso y desuso. En tal ciénaga del aceleracionismo, incluso en este en el que se nos impuso una pausa, un paréntesis inesperado, seremos la expresión consumada del consumo hiperbolizado y sobregirado en proporciones industriales que nos lleva a buscar otros ambientes para desarrollar no ya lo humano, sino su resultante, la operatoria mayor, la conversión final del verbo, del logos, de la palabra al número. Número que posee como propiedad intrínseca su no traducibilidad. La ausencia de exegesis del número lo convierte y nos convierte en algoritmos para uso y abuso de nuestra debacle a la que se la llama, por el momento, en los últimos resquicios de la resistencia de las palabras, inteligencia artificial.

Cada vez son más los sujetos (atados a la ataraxia que propina el sedante del fin de los tiempos) que, exacerbados en su función policial, denuncian la llegada, la subsistencia de textos, de manojos de palabras, de gritos de lo humano, seriados, codificados en artículos que no esperaban, que no pidieron, que no saben dónde colocarlos además de en el basurero (sea real, simbólico del cerebro o virtual de la casilla de correo). Ya tienen privada la posibilidad de entender que la humanidad encontró sin buscar su traducción. Casi todo lo adquirido lo obtuvimos mediante el libre juego de que una cosa lleva a la otra sin desesperarnos por buscar el cuánto y el qué. La muerte no traduce lo humano, no lo redime, no lo inmortaliza. Sólo la palabra es capaz de conseguir esto. La palabra a la que se la persigue, se la ultraja, se la sodomiza, exigiéndole una traducción, una resultante, nos habla, nos interpela en todos los planos posibles para reconciliarnos con ella, y con lo público

y lo político, que es su sucedáneo. En la palabra no anida el resultado al que, por haberlo convertido en prioritario, la traducción de lo humano va despojando de su sentido, de su esencialidad, de esa palabra por la que aún conservamos nuestra condición hasta terminar despellejándola para transformarnos en la suma azarosa de un algoritmo sin posibilidad de regreso, de cambio; sin traducción alguna más que la contundencia del número.

Sin voluntad general, el contrato social es un acuerdo no democrático

No conformes con haber perseguido a Rousseau, siglos después olvidamos el contrato social, no sin antes distorsionar sus consideraciones y reducir las a frases sacadas de un contexto e impuestas en otro donde lo que finalmente naufraga es la posibilidad de que contemos con un sistema de organización político y social más justo, ecuánime y cercano al ideal de lo que pretendemos como democrático.

Es verdad que, siendo puntillosos, específicos y detallistas, pecamos al emular las faltas más severas en que caen los académicos cuando dotan de sentido a las palabras (del *logos*), como *pharmakon* en su acepción de ‘veneno’ y no de ‘remedio’. El texto *La farmacia de Platón* (Derrida, 1975) lo explica con lujo de detalles. Sí bien de acuerdo a Borges (2014) en *Funes el memorioso* pensar es olvidar diferencias, en algún momento la palabra primigenia debió ser escrita no solo para ser recordada, sino para que significara algo más que la mera, como autoritaria, expresión del rey de reyes, única autoridad. La palabra refiere, desde aquel entonces, no solo a lo que remite, sino a lo que no. A lo que psicoanalítica, deconstructiva o hermenéuticamente se esconde detrás de la misma. La palabra pierde contundencia o sentido unívoco, pero gana en pluralidad. Son varios los que pueden usarla (al escribirla) y muchos más los que pueden escucharla. De allí el reparar o no en lo que puede significar para quienes escuchen y con ello terminen de darle sentido a la acción

comunicativa o al logos ya convertido en instrumento de la polis o de la comunidad.

De estas fuentes surge el poder de la comunicación. Si a usted le llegan las presentes palabras y no las lee, las desecha o, contrariamente, las pública, las difunde, las analiza y las critica, será partícipe necesario de nuestra falta de diálogo o, en su defecto, contribuirá a fomentar lo. Esto, por otra parte, es la principal manera que tenemos los seres humanos de lograr mejores entendimientos para reconstruir la identidad de lo colectivo. Transformamos el remedio en veneno. Al igual que el que padece un dolor y para mitigarlo usa morfina al punto de hacerse adicto a la misma. En relación al cuerpo democrático, cuando hacemos uso y abuso de las consideraciones del eje conceptual del contrato social y de todos sus autores (los contratistas; en especial Rousseau) y dejamos oculto el tópico esencial que, en caso del ginebrino, es ni más ni menos que la voluntad general.

Desde la Revolución francesa hasta esta parte, sea en la asamblea, en las calles o en las elecciones, a nadie le importó que una facción política prevalezca sobre la otra. Hasta hace unas décadas atrás, la excusa para el desenfrenado deseo de la imposición (nada tan poco democrático como imponer) se discernía por las ideologías que esgrimieran los contendientes en las lides políticas. De un tiempo a esta parte, tal máscara cayó dejando al descubierto rostros de hombres y mujeres que se disputan el poder de forma animalesca, por instinto salvaje de predominio.

Las palabras, las discusiones, las contraposiciones de ideas en el ámbito de la política de nuestros días devinieron en un fármaco inútil y pueril; en una suerte de placebo, y ni siquiera cumple la función de tal. Es indispensable creer en lo escrito como la voluntad general. Como lo que sentimos en el cuerpo democrático, como el remedio que podría poner de pie a nuestro sistema de organización política y social, que proponga un sintagma nuevo que represente y signifique algo mejor para las mayorías.

En la arena electoral, elecciones que convirtieron en campo de batalla, lo importante no pasa por los combatientes, sino por resignificar, dotar de

otro sentido, a lo que está en lucha, en tensión o en combate. Pero hace tiempo dejamos de ver confrontaciones de ideas o principios, y ahora solo quedan luchadores disputándose el dominio, por inercia, para brindar a los suyos los privilegios ganados en la lucha, prometiéndole al público espectador que alguna vez será parte del ejército de los vencedores si solo se dedica aplaudir al finalizar la función. Este es el contrato social. La voluntad general se implementaría de la siguiente manera, dejando en claro, taxativamente y por escrito, las prioridades y aspectos centrales a tener en cuenta para ejercer el poder, administrándolo en representación de la sociedad y con voz y voto en el ámbito legislativo. Esto significa que los candidatos conformarán o confeccionarán una lista de cinco aspectos, en orden de prelación o importancia, para comunicar a la comunidad cuáles serán los ejes prioritarios del accionar político o la voluntad general que pondrán en juego. Así podrá ser que preparen la lucha contra la pobreza, la mejora de la calidad educativa o brinden mayores posibilidades laborales. Otros quizás propongan una comunidad más segura o combativa frente a hechos delictivos, con intención de realizar acciones para una comunidad más sustentable, con equidad en género y, por lo tanto, en política. Encontrará que en este remedio se eligen prioridades (que no significa que lo que no sea prioritario sea desechado o no sea importante) y no nombres de partidos o expresiones carentes de sentido; mucho menos se trata de facciones que se disputan el poder por el mero e instintivo acto de predominio.

La voluntad general es la única razón por la cual el individuo debe renunciar a sus deseos o intereses particulares para brindar de esta manera lo suyo para la indispensable necesidad de lo colectivo que es lo político. La política debe, en caso de querer denominarse con razón democrática (y consagrar las palabras en acción), poner en juego ante la ciudadanía la voluntad general y ser clara al expresarse.

Esta es la verdadera letra chica del contrato que nos hacen firmar, ipso facto, contrato legitimado por las elecciones. Nuestros gobernantes y sus opositores así lo expresaron; incluso sus mentores, que por razones varias se transformaron, como el fármaco, de remedio a veneno,

veneno que dejará agonizando a nuestra democracia si no nos damos cuenta a tiempo de que necesitamos otro tratamiento.

La aporofilia (amor a la pobreza) como nueva droga sintética de los populismos

Así como Adela Cortina acuñó el término ‘aporofobia’ para señalar el odio hacia los pobres (discusión mediante entre filólogos y filósofos, pues los primeros observan la transliteración del griego *aporo*, significando otra cosa, pese a que finalmente el neologismo fue reconocido como palabra del año en 2017) es menester forjar mediante el vocablo propuesto las razones por las cuales ingentes comunidades que se precian de democráticas, viven encantadas, seducidas, anestesiadas y enamoradas de la pobreza tanto material como conceptual, dado que desde hace décadas conviven con una base de un tercio (cuando no, la mitad) de la población sometida o padeciendo de esta suerte de amor enfermizo, patológico y mordaz al que debemos caracterizar, apuntar y señalar para luego diagnosticar y, finalmente, en caso de que lo deseemos, tratar para modificar.

En Europa, donde la pobreza es la excepción, la filósofa española Cortina acuñó el término en vistas, sobre todo, del fenómeno de la inmigración que afecta por oleadas al Viejo Continente y que expone, precisamente, que otros no europeos, en su condición de pobres, quieren dejar de serlo y por ello necesitan ser ciudadanos de la comunidad europea y no reparen en ser tratados como animales cuando las autoridades los sitúan en campamentos al margen de la humanidad y de esa Europa que anhelan. La filósofa, en uso de una de las principales virtudes que debe tener quien ame la sabiduría, observó la reacción de muchos de sus compatriotas ante el fenómeno. Decidió, acertadamente (y pese a las interpelaciones de los filólogos que objetan la definición clásica), acuñar el término ‘aporofobia’ para describir a quienes odian al pobre o, en su defecto, a la pobreza que los está afectando.

Desde donde se propone la aporofilia, la pobreza es la regla en muchas aldeas consideradas del tercer mundo o en vías de un desarrollo que nunca llega. Lo cierto es que nos hemos enamorado de nuestras carencias y vivimos anestesiados, embelesados, atontados y en un estado de enamoramiento que no permite más reacción que la de quedarnos anonadados ante el fenómeno y no hacer más nada con ello que el manifestar una suerte de reacción resignada y romántica frente a la pobreza a la que terminamos de hacer parte integrante, fundamental e inmodificable de nuestra vida colectiva. Este amor patológico nos lleva incluso a pensar en la inevitabilidad de una pobreza que creemos, irracional y emocionalmente, imposible de afrontar y cambiar.

Desde hace décadas que los números que estadísticamente nos muestran el estrago doloso de nuestros corpus sociales, manteniendo índices de pobreza en más de la mitad de la población sin que tengamos reacción positiva o de cambio ante ello. Esto nos habla a las claras de que estamos ante un fenómeno que trasciende lo económico y social. La aporofilia es la razón cultural por la que adoramos, cual culto sacrosanto, la condición en la que tantos seres humanos subsisten en la indignidad de luchar minuto a minuto para alimentarse bien o para contar con otras necesidades básicas. Muchos de los gobernantes y clase dirigente, pretendientes o tutelados que se adscriben en las ideologías perimidas que trasuntan la izquierda de los pliegues en nombre de mayorías o de hegemonías supuestamente populares o populistas, no son más que meros gerentes administradores de esa pobreza que dicen combatir, pero que no hacen más que consolidar y aumentar, amalgamando el pobrismo conceptual, cuando no dogmático, fanático y religioso, en una aporofilia que socava el conjunto de los valores en los que reposa y se asienta la institucionalidad democrática.

Tener un nombre ante lo que nos afecta, ya significa y representa un primer paso. Habrá que ver si es que hacemos algo con ello o si por el contrario seguimos presos de un amor tan nocivo, injusto y despiadado.

El deseo no se expresa en lo manifiesto

Tal como en la afirmación “Yo no soy nada, lo otro de mí lo es todo” (Hegel, 1978, pp. 56-58), nada que pretendamos desde lo más auténtico de nuestro ser podremos exteriorizarlo desde la traducibilidad de las palabras. El poder de garabatear signos no es más que el síntoma expreso de la mudez a la que no podemos escapar; el contundente y silente presidio al que nos condena el sinsentido. Esto mismo se explica sólo si en la medida de su no explicación mediante palabras (en la época en la que transitamos y bajo la conciencia de que nos creemos lógicos y comunicables). Que seamos finitos, que perezcamos sin aceptar este contundente condicionamiento es la prueba efectiva de que estamos habitando otro lugar en el que latimos más profundamente o en el que somos más auténticos. Un lugar en el que los deseos se correspondan con nuestros actos o sensaciones más palmariamente.

Sí alguna vez pensamos que vivimos en el mejor de los mundos fue, naturalmente, por permitirnos ser una versión diferente, apocada o disminuida de la que potencialmente pudimos desarrollar; y por ello tendemos a desear lo imposible de un mundo que se nos escapa de la mundanidad finita. Ningún ejemplo será tan explícito al afirmar que estamos realizando algo porque nos interesa el otro, el colectivo o lo público. Nada es menos real que expresar que hacemos algo que nos impulsa por lo que nos excede, por lo que nos es ajeno y no nos pertenece. En todo caso, lo hacemos porque le tememos a eso que se nos presenta como extraño y pretendemos tutelararlo o maniobrarlo desde la bondad que no deja de ser el engaño de que estamos interesados en tener el control de manejar lo otro por temor a ser manejados o tutelados por eso mismo que desconocemos.

Es muy difícil el reconocer esto, ponerlo en palabras, difundirlo y actuar en consecuencia. La palabra, ni bien expresa, ya construye la literalidad y es su verdadera razón de ser. La semántica no pretende tener ningún valor de verdad, sino solamente de señalamiento. La nominalidad

no busca discernir, sino caracterizar. La verdad, a decir de I. Bergman, es sólo la pasión de los mentirosos. Un canal de ida en la que la salida se corresponde con el mismo ticket de entrada. (González A., 2016)

Tal como indica la teoría psicoanalítica, el inconsciente, estructurado como un lenguaje, nos manifestaría sus posiciones por intermedio de lo sabido: sueños, chistes; lo decodificable (analista mediante). Sin embargo, es necesario que en todo lo que creamos o definamos como asuntos públicos a través de lo que comunican los medios de prensa, podamos socializar este principio que podría sintetizarse pidiendo que nadie nos prometa lo mejor para todos y que nos explique la intención de dicha búsqueda.

En el oxímoron de la definición democrática, su imposible es lo perverso. Nadie quiere ser gobernado por el pueblo, dado que este o es el otro o, en su significante extenso, no es nadie. Más allá de lo que podamos querer para cada uno de nosotros, muy difícilmente queramos ser gobernados por un otro o por nadie en el engaño de todos o del pueblo. Esto es lo que nos promete lo democrático, lo que inercialmente aceptamos como un supuesto deseo colectivo que no es tal ni por asomo.

Sería interesante que manifestáramos lo deseado en los canales que vayamos encontrando y que se correspondan con aquello que pretendamos. Los poderes del Estado, constituidos, instaurados y legitimados por la prensa que únicamente se encarga de sostener tal régimen, tal *status quo*, jamás dirán qué es lo que pretendemos o deseamos; y así los medios de comunicación solo expresan lo expresable porque están codificados, como una tabla, solo para manifestarse mediante el lenguaje socialmente aceptado. Sí tuviésemos un canal de noticias, un periódico o una radio en donde solo se brindara información relacionada con lo público (y no desde donde emanan esos supuestos manifiestos; no desde el poder político, institucional, académico, religioso o económico), podríamos dar por sentado que a la humanidad le interesa algo que tiene que ver con su propio género y que excede la individualidad del que está pensando, enunciando o comunicando.

Desear, expresar y manifestar podrían ser sinónimo. Esto no solo prueba fehacientemente los límites del lenguaje (y nuestros propios límites), sino que prueba que nada relacionado a lo colectivo —eso que la política nos presenta como democrático— surgirá de algo que no tenga que ver con un aspecto personal de cada uno de los existentes que apenas nos diferenciamos de los que nos rodean por atravesar cosas semejantes o iguales en un fractal de espacio-tiempo distinto. Esto es todo nuestro fenómeno humano. Al resto lo llamamos literatura. El resto es lo que nos solapa, narcotiza, adormece, haciéndonos creer encaminados hacia un deseo o sueño, pero alejándonos cada vez que creemos alcanzarlo o asirlo.

La sexualidad es el correlato del pliegue en donde creemos estar actuando por otra cosa que no es más que lo instintivo de continuar pese a preguntarnos, más allá de las respuestas que podamos encontrar, si vale la pena la experiencia humana. La sexualidad, en última instancia, es el consuelo de nuestras carencias; las irredentas respuestas no refieren a lo que nos preguntamos o a lo que podríamos pretender ser mediante esas preguntas que tal vez no se correspondan con nuestros miedos ni medios para hacerlos visibles. Tener sexo es como ir a votar. En el mejor de los casos, no sabemos muy bien por qué lo hacemos, que nos impulsa a ello, pero nos gusta, nos debilita fortaleciéndonos y nos engrandece en la medida que nos empantana. No nos interpelamos en nuestra sexualidad preguntándonos en qué buscamos al perpetrar la continuidad de la especie bajo el argumento no expresado de que alguna vez lo haremos mejor (igual que cuando votamos o cuando nos organizamos políticamente, siempre esperanzados por un deseo que no sabemos si es tal). Conviene que busquemos, bajo esas otras lógicas, qué es lo que queremos (si es que queremos algo; si podemos plantearnos esto mismo, bajo estos términos). De lo contrario, seguiremos haciendo lo que hasta ahora, que no es igual o son variaciones muy escasas de un modelo que aburre cuando no oprime otras posibilidades del ser que, tal vez, algún día se animen a ir más allá del límite de lo pensado y deseado.

La democracia y su condición nugatoria

La ilustración, en el más amplio sentido de pensamiento en continuo progreso, ha perseguido desde siempre el objetivo de liberar a los hombres del miedo y constituirlos en señores. Pero la tierra enteramente ilustrada resplandece bajo el signo de una triunfal calamidad. (Horkheimer, M & Adorno, T., 1994, p.59)

Así como al observar las estrellas vemos el pasado de las mismas, producto de la velocidad de la luz y de la equidistancia entre objeto observable y sujeto observador (tal como podría suscribir el divulgador científico Álex Riveiro), podemos conjeturar que algo semejante o análogo sucede entre pensamientos escritos y fundamentados y nuestra comprensión palmaria dentro de la vivencia del desarrollo real del acontecimiento. Lo pensado, puesto en palabras, conlleva un diferencial de temporalidad obligada y necesaria, que se ratifica con las apreciaciones vulgares acerca de que el pensador no trabaja en la misma dimensión que lo puede hacer quien siembra, quien cosecha o quien presta un servicio específico y determinado, y otorga un tiempo mensurable para traducir lo realizado en una resultante para ese otro que lo ha contratado. El médico que nos diagnostica para luego intentar curarnos, el chef que cocina para que comamos y el gobernante que se compromete a brindar respuestas concretas a su comunidad son una serie de ejemplos azarosos de cómo, de un tiempo a esta parte, entendemos nuestro estar y ser en el mundo. Hasta el siempre polémico psicoanálisis, por más que nunca establezca con claridad el tiempo del alta, deberá ir concediendo resultados parciales, ya sea mediante la transferencia primigenia que debe existir entre analista y analizado o mediante la sensación por parte de este de que algo mejora en relación a su vidas Tal como nos propuso Einstein, lo único absoluto es la velocidad de la luz; el resto, precisamente, es campo infinito de lo relativo. Ninguna conclusión a la que arribemos se comprobaría más fehacientemente en humanidades; y esta podría conllevar una característica que no sea la de una ineluctable fragilidad de lo relativo. Paradójicamente esto mismo nos resulta into-

lerable. Bajo el supuesto ropaje de seres transgresores que fabrican una noción de naturaleza pretendemos, afanosamente, asirnos a verdades inexpugnables y así tolerar nuestra falta constitutiva y primigenia. Debido a lo desgarrador, lacerante y angustiante que es reconocernos carentes de sentido, nos resulta más cómodo, fácil y sencillo abrazar ese creer absurdo en lo dado y establecido por más que no nos favorezca ni subsane. Necesitamos creer. Si a esto le sumamos la complejidad subsiguiente de que, en el extraño caso de lograr credibilidad, necesitemos la confirmación del otro hacia nuestra propuesta, y así tenemos la trama completa. Los pocos que puedan ofrecer su propia perspectiva del fenómeno de la vida, si bien constituyen una subjetividad (que podríamos llamar original o creativa), están supeditados, sujetos, al reconocimiento y a la aceptación. Esta es la dimensión política del individuo que, en su condición gregaria, genera la entidad de lo colectivo.

El poder de uno se establece necesariamente en un campo de disputa de los diversos poderes que compulsan y sintetizan en un poder preeminente, institucionalizado o estructurado, la dinámica de proyección del dispositivo. La democracia, tal como la entendemos, no es más que una resultante específica y determinada de los que otros hace tiempo pensaron (en ese diferencial del tiempo *up supra* señalado) y que ahora estamos desarrollando.

La condición nugatoria, de la que se burla la esperanza prometida a sabiendas de que no cumplirá lo planteado, se entroniza como lo posible y lo deseable; es su razón constitutiva en base a lo que sostiene su legalidad y legitimidad incuestionable e inapelable.

Continuar bajo la égida de lo democrático es un mandato que sólo podrá ser dislocado, primero, en el ámbito de lo teórico, de lo escrito y narrado. Esta es la razón por la que ninguna de las afrentas armadas que conllevaron como principio rector la violencia o lo violento hayan logrado más que su efecto contrario; es decir, amalgamar y fortalecer el sentido mismo de lo democrático. Sí algo distinto y diverso pretendemos los humanos para organizarnos políticamente, debemos concentrarnos en lo que conceptualmente refiere esta noción predeterminada

y performativa de que lo democrático es la validación de una estafa, de una mentira, de un engaño. Tal vez, aún así, la pretendamos. De lo contrario, pensaríamos, conjeturaríamos, reflexionaríamos, y trabajaríamos en lo poco y escaso que se viene desarrollando en este tiempo de lo pensable, de lo redactado, y que necesariamente, en el caso de que impacte, que disloque, que luxe, lo haga en una temporalidad ulterior a la actual.

Mientras tanto, sea por azar o necesidad, nos vienen ocupando y preocupando para que sobrevivamos. Otra muestra más, y no por ser coyuntural, menos importante, de que el nugatorio democrático no es más que un ardid, que un entramado hace tiempo pensado y redactado para que en la actualidad lo creamos imposible de desarticular.

De la revolución permanente a la pobreza vigente

“El privilegio de los países históricamente rezagados —que lo es realmente— está en poder asimilarse las cosas o, mejor dicho, en obligarse a asimilárselas antes del plazo previsto, saltando por alto toda una serie de etapas intermedias” (Trotsky, 1932, p.12).

El sublime objeto de la revolución (a diferencia del libro de Žižek, *El sublime objeto de la ideología*, que traza astutamente la vinculación entre mercancía y sueño) puede determinar la persecución del poder por parte de quienes algo tienen. Los proletarios, como clase, procurarán ser determinantes en la constitución de una internacional que asegure el mundo que ellos consideran el más adecuado, justo y pertinente. Mientras tanto, sucedieron y suceden tantas cosas como el asesinato mismo de León Trotsky y de su camarada Stalin. El clasismo, en el que, por acción u omisión, todos y cada uno de los actores sociales terminamos por caer, no reconoce la existencia de un sinnúmero de individuos que son signados con el significante vacío de desclasados por estar marcados por el significante extenso de pobres o marginales sin clase ni pertenencia, y sin derecho a constituirse en sujetos. Pese a que por número, es decir, por cantidad, son incontables los sitios del globo, las mayorías silentes,

que son segregados y ocultados, y no resulta extraño que en el campo intelectual quienes legítimamente puedan aspirar a más (es decir, tanto el que tiene un trabajo o hasta un amo o patrón) como los que pretendan seguir conservando sus privilegios o sus posiciones acomodadas, no puedan ser elementos o variables que permitan, con solemnidad y honestidad intelectual, que sigamos callando el reconocimiento de la existencia de la clase de los que nada tienen. Los pobres o marginales debieran ser la condición nodal por la que las democracias actuales continúen siendo tales. Sea como sujetos históricos de lo democrático o mediante la construcción teórica que refiera la existencia del que no tiene, para ratificar en la otredad a todos los demás, lo cierto es que no puede seguir transcurriendo mayor tiempo para que no seamos claros en el epicentro de nuestro principal desafío humanista. El atraso histórico debemos tomarlo como un privilegio en tanto y en cuanto lo conceptual sea modificado a efectos de posibilitar el ingreso de los carentes, dado que su exclusión es el espejo en donde reflejamos la pobreza y el vacío de nuestro insustancial individualismo.

En la aporía irresoluble no hallamos aún el sendero que nos depara un mejor transitar. Sin embargo, no dejamos de explorar las insondables composiciones que nos depararon la quietud en cuanto a la permanencia en el problema. Darle entidad conceptual a la pobreza vigente para luego trabajarla desde lo teórico, a los efectos de implementar políticas públicas que mitiguen o permitan el crecimiento en número de la pobreza exponencial de la que somos cómplices y testigos, debiera ser la alternativa que nos brinde la ipseidad de lo alterno.

Las experiencias previas que hasta aquí nos hicieron arribar, seguramente habrán sido necesarias para que, desde el presente plafón, la constitución de lo colectivo en el indispensable vínculo del ser humano, en representación de lo que hace y de lo que no, en el irrestricto reconocimiento del otro como lo que no se es pero que pudo haber sido, pueda ser posible, en tanto y en cuanto el pobre, como categoría o categorial, tenga entidad y existencia. La revolución permanente, en su condición de inconclusa, tendrá estricta relación con la caída

en vigencia de la pobreza invisible. Reconocer que jamás lograremos el objetivo de no tener habitantes pobres ayudará a que no neguemos la existencia de su clase. A partir de este reconocimiento, de ese obrar bajo el privilegio del atraso histórico, tal vez tengamos un sistema de organización más justo, ecuánime e inclusivo. Signar con un nombre al mismo o profetizar que será el que tenemos con más o menos cambios, recién lo podremos leer en el epílogo de una obra que estamos escribiendo y que no pocos pretenden comenzar por el final, por más que este, como el vocablo de inicio, no sea más que un cúmulo de palabras.

Reconocer en la falta la posibilidad de fuga de ciertas prácticas que no tienen traducibilidad conocida hará que sea más soportable la angustia por la pregunta que nos habita y a la que a diario respondemos sin preguntarnos.

La violencia como herramienta política

La Revolución, por lo tanto, es la forma de lograr un gobierno que dé de comer al hambriento, que vista al desnudo, que enseñe al que no sabe, que cumpla con las obras de caridad, de amor al prójimo, no solamente en forma ocasional y transitoria, no solamente para unos pocos, sino para la mayoría de nuestros prójimos. Por eso la Revolución no solamente es permitida sino obligatoria para los cristianos que vean en ella la única manera eficaz y amplia de realizar el amor para todos. (...) Es cierto que «no haya autoridad sino de parte de Dios» (San Pablo, Romanos xxi, 1). Pero Santo Tomás dice que la atribución concreta de la autoridad la hace el pueblo... Cuando hay una autoridad en contra del pueblo, esa autoridad no es legítima y se llama tiranía. Los cristianos podemos y debemos luchar contra la tiranía. (Herrera, F. & Armando, N., 2018, pp.77-84)

“Por la razón o por la fuerza” es el lema de la República de Chile, uno de los tres países que, a fuerza (valga la redundancia) de espada, liberó San Martín, a quien hasta no hace mucho se lo conocía también como El santo de la espada. A dos siglos de tales sucesos, no debe existir

nadie que cuestione la marcha metodológica que imprimió junto a los suyos, para convencer a los realistas de que la historia debía ser otra. Tal como si fuese un teorema, podríamos arriesgar que mientras más lejos en el tiempo quede el uso de la violencia como dinámica de lo político, más aceptación tendrá con la obviedad de que siempre los ganadores se consagraran escribiendo la historia, precisamente, que luego será no solamente aceptada, sino estudiada, analizada, comprendida, enseñada y ensalzada en la oficialidad como narrativa, convirtiendo el hecho real en emblema de lo simbólico.

La violencia es parte constitutiva de lo humano. No podemos escindir la naturaleza que en ella nos habita, pero sí, mediante la razón, podemos evitar su uso. Claro que nunca lo logramos del todo y por lo general, cuando nos sentimos atacados o agredidos (cuando no entendemos, no conceptualizamos, no razonamos) podemos hacer uso de lo violento, arguyendo además que necesitábamos tal libertad de obrar en la irracionalidad para deshacernos de un daño. Sin embargo, una vez consumada la violencia, esta no tiene comprensión (gnoseológica) pero sí justificación, dado que es de índole moral, y la moral es un trofeo que se obtiene en la disputa política que cada tanto se libra violencia mediante.

Desde el siglo pasado, cuando la teología de la liberación se inició, inició un camino que maridó el drama de la pobreza como factor, razón o argumento, de cambio en la arena política. Ut supra la cita del sociólogo y sacerdote que cayó en combate, en las filas del ELN, Camilo Torres Restrepo, que le puso, además de palabras, su propia vida a lo que creyó justo y necesario. Pero más allá de las justificaciones, que como expresamos son de índole moral y políticas (finalmente las ordena la historia), lo considerable es conjeturar la dimensión gnoseológica si en el presente caso la condición de pobreza, de no poder comer o vivir con dignidad, por parte de la mayoría de los ciudadanos o habitantes de una comunidad no puede finalmente constituirse en la principal variante ordenadora o bien jurídico mayor a tutelar para, a partir de esta prioridad pública, ordenar lo social y lo político.

Creemos, de esta manera, que podríamos evitar la tentación siempre latente, sobre todo en tiempos aciagos, de caer nuevamente en la violencia como herramienta de lo político. ¿Es más importante que mantengamos las cosas dadas por el temor que nos generaría la disponibilidad de cambios a costa de que los apremios de los que menos tienen empujen a las únicas salidas existentes para expresar su dolor y la injusticia que padecen, sea mediante la sinrazón de las armas o de la violencia? Sí desde el Estado no se insta a pensar y no se promueven formas que construyan dispositivos para enfrentar los desafíos estructurales a efectos de contemplar realidades expresas y manifiestas de pobreza palmarias y marginalidades insondables, se está instando, por acción u omisión, a que se subleven contra él mediante cualquier tipo de formas que excluyan la serenidad del pensar y de la palabra. De esta manera, las violencias sociales como la inseguridad pueden terminar en milicias paralelas que devuelvan la violencia del sometimiento con más violencia e ira, ya que se privan de ser simplemente más humanos o algo humanos para poder diferenciarse de sus violentos victimarios. Un lamentable círculo en el suelen caer, en distintas latitudes, las democracias occidentales irresueltas. Pobreza, marginalidad y exclusión como caldos de cultivo son las excusas para grupúsculos violentos que, bajo la argucia de actuar y representando a los sin voz, pretenden imponer violentamente sus condiciones, recibiendo como respuesta una mayor violencia no sobre ellos, sino bajo la excusa de la ley, sobre toda la comunidad en su conjunto, resultando o teniendo como resultado que la pobreza y la marginalidad no han sido tratadas o asumidas como problemas, sino como meras excusas para el juego violento de dos partes que dirimen sus diferencias mediante lo bélico y sin ningún tipo de interés en trabajar para contrarrestar realmente el mal y sus consecuencias.

La propuesta es que se establezca una representación explícita y más allá del voto para representar a los pobres o marginales. La misma podría tener como eje rector la constitución de un padrón de pobres, de marginales, de aquellos que sometidos al número de una estadística no llegan con sus ingresos a vivir dignamente. Tal como proponían los grie-

gos, en su ideario de democracia, perfeccionada mediante el sorteo o la demarquía que, de esos pobres, elegidos por el azar, se estableciera un porcentaje fijo de representantes en el legislativo y que lo sean más allá de la lógica del voto, de lo electoral y de todo lo que de alguna manera, tramposamente, viene proponiendo la democracia occidental, a manos de los que siempre lo tienen todo (sobre todo lo material) y no brindan respuestas sobre cómo integrar a millones de pobres y marginales en un sistema que los excluye casi como condición necesaria de su existencia.

¿Quiénes representan a los que viven por debajo de la línea de la pobreza? ¿Acaso el mismo Estado, en su representación e institucionalidad, los somete a la indignidad de no salir de tal piélago de la marginalidad ilimitada? ¿No constituirá, la marea de pobres, desperdigados por los diversos rincones del mundo, una nación que, en la petulancia de su naturalidad, no puede organizarse social, política ni teóricamente? ¿No debería imperar una categoría política que imponga o disponga de la existencia efectiva y real de esta nación apátrida? Existe la necesidad de que emerja, en forma prístina y contundente, y bajo declaración o manifiesto, la voz de los que necesitan, con premura y urgencia, volver a ser considerados humanos por quienes nos decimos sus pares.

Los partidos políticos deben reconvenirse bajo esta lógica; y a lo sumo podrán existir, real o auténticamente, tres. El partido de los pobres o de los que no tienen, el partido de los que algo tienen y el partido de los que les sobra. Hablamos desde la economía conceptual que se propone. Es decir, en su viaje a la realización, el partido que pretenda representar a los pobres podrá verse multiplicado en varias posiciones e incluso ser instado por partidarios de ricos para socavar sus intereses. Todo esto será plausible como válido. No se busca ni pretende el imposible de anular las tensiones de lo político y por ende de sus viscosidades. Lo que se anhela es simplificar la representación o la representatividad, respetando o redefiniendo la lógica de los partidos. Qué vote cada quién ya será cosa de la libertad política que debiera existir en cada una de las aldeas democráticas que se precien como tales. Lo que no puede o no debe continuar es la pretensión de que la ciudadanía elija en elecciones

que no significan nada, pues los partidos, en su constitución y razón de ser, se han desvirtuado.

La única manera de tratar la pobreza es limitarla en su exorbitancia y su inhumana excentricidad. La pobreza constituye una nación de pobres, más allá de territorios y fronteras. La pobreza se establece como una porción de la totalidad de las experiencias humanas en donde habita como estado de excepción (más como estado que como excepción). Por el partido de los pobres, deberíamos votar los que pretendamos eliminarla o combatirla. Si contáramos con la democrática posibilidad de crear un partido que única y primordialmente represente a la pobreza, buscaríamos combatirla, erradicarla mediante el voto; a través del sufragio, de un sobre, de un papel ingresado en una urna, tal como un alimento podría ingresar en los desesperados estómagos de un hambriento sin que esto deje de ser una obviedad cotidiana, una imagen democrática de todos los días. Vale recordar que no proponemos esto como una suerte de propuesta teórica que forme parte de las comunicaciones académicas para atesorarse como ponencias en congresos o coloquios; o que se edite, más allá de las risibles exigencias formales que se le piden a los textos para que aparezcan en ciertas publicaciones que casi nadie lee, sino que no se traducen en nada más que en eso, en cárceles de cristal que exhiben el derecho a aprisionar el pensamiento.

Más allá de lo que ocurra con el devenir de las palabras, a la luz de los hechos, se considera que por este pliegue, por esta perspectiva, pasarán las novedades del futuro inmediato de nuestras democracias representativas de occidente, evitando el tentador drama de lo violento como mecanismo, recurso o herramienta.

La muerte del deseo

La pobreza y la marginalidad, estructurales y flagrantes, a las que condenamos a millones de sujetos en el transitar de nuestra experiencia democrática, asesta un golpe de muerte en la constitución del sujeto y

luego en su subjetividad privada de su condición deseante. Reducidos a miserias de la supervivencia orgánica, el estado de derecho, instituido por la máxima hegeliana nos obliga a pensar desde otros pliegues. El andarivel por donde el humano pulsa las tensiones que habitan en su cuerpo, diversas, múltiples y contrastantes, nos conduce a los aspectos que no son racionales y que se circunscriben, por ejemplo, en el ámbito del deseo. A los tres imposibles freudianos que Lacan formaliza mediante su álgebra: gobernar: discurso del amo; enseñar: discurso del universitario; analizar: discurso del analista. Luego agrega un cuarto, el imposible de hacer desear.

El Estado y quienes pretendan su gobierno o administración, no podrán promover deseos ni individuales; mucho menos soterrados por la clave dicotómica de lo público y lo privado.

El estado no encontrará nunca la causa de las dolencias sociales en el estado y la organización social (...) allí donde existen partidos políticos, cada uno encuentra la razón de todos los males en el hecho de que es su adversario y no él quién se encuentra al timón del estado. Incluso los políticos radicales y revolucionarios buscan la causa del mal no en la esencia del Estado sino en una forma concreta de estado, que es lo que quieren sustituir por otra forma(...) El estado es la organización de la sociedad (...) El estado se basa en la contradicción entre la vida pública y privada, entre los intereses generales y especiales (...) El estado no puede creer en la impotencia interna de su administración, o sea de sí mismo (...) Entonces la dolencia social es una imperfección natural, independiente del hombre, una ley divina o la voluntad de la gente privada se halla demasiado pervertida (...) se quejan del gobierno en cuanto limita la libertad y exigen de él que impida sus inevitables consecuencias. (Marx, 2012, p.16)

Excluyendo al sujeto de su posibilidad de sujeto se lo priva de su condición deseante. En caso de que la condición pueda fugarse, o de que otros puedan tutelarla, como en el presente caso, sobreviene la pulsión de muerte como arma efectiva y de aniquilamiento. “Freud dice que se negocia con el instinto de muerte desviándolo para dirigirlo contra los objetos” (Segal, 1991, p.43). Sí bien en la teoría psicoanalítica

el concepto de pulsión de muerte es controversial, aclaremos desde que concepción compartimos tal supuesto.

La pulsión de muerte es del mismo orden que el sistema de Sade, una voluntad de destrucción, de comenzar de cero, voluntad de Otra-cosa en la medida en que todo puede ser puesto en causa a partir de la función del significante. Y a la vez es voluntad de creación de la nada. En este sentido Lacan dice que la pulsión de muerte es una sublimación creacionista, en tanto es estructural que existiendo la cadena significante en el mundo, hay un más allá de la cadena, el *ex-nihilo* sobre la que se funda y se articula como tal. La pulsión de muerte indica ese punto de límite que no se puede franquear, el de la Cosa. (Saldivia, 2018)

El Estado, como principio rector y organizador de nuestras sociedades, bajo la égida de lo real-racional, deja escapar lo otro de esos otros no contemplados. Sin embargo, las respuestas teórico-prácticas hasta ahora emitidas y propuestas cabalgan sobre una misma dinámica y van en un mismo sentido, hacia un horizonte de sendero hartado y transitado.

La compulsión a la repetición que Freud busca mostrar en *Más allá del principio del placer* se refiere a un residuo donde la repetición se sitúa en un primer plano. Freud entiende la compulsión a la repetición como una manifestación de la pulsión de muerte, caracterizada por una tendencia más elemental e independiente de la obtención de placer, que obedece a la necesidad de repetir compulsivamente lo displacentero, y donde no es posible encontrar el deseo de satisfacción, ni siquiera en forma de transacción o compromiso. (Corsi, 2002).

Contemplar un estado de derecho que se precie de tal, es decir, que tenga la legitimidad de continuar monopolizando lo público, no puede seguir dejando de lado a millones de sujetos a quienes robamos su condición de seres deseantes.

Insistir en la aporética contraposición de lo público y lo privado sin reflexionar acerca de la petición de principios de que nuestras sociedades se conforman bajo el axioma de lo real-racional nos detiene en la

insoponible levedad de la pulsión de muerte que nos condena a repeticiones que, más temprano que tarde, matarán nuestro cuerpo civil.

La sublimación creacionista de imaginar, simbolizar e introyectar otros preceptos o preceptos, tal como propuso Deleuze, para, a partir de los mismos, organizar nuestra sociedad civil y los poderes que la reglamenten, podría ser una alternativa que nos devuelva el sentir de la vida como disposición, como integración de lo individual y lo general y como la rearticulación de las viejas y perimidas nociones de lo público y lo privado.

La revolución es el vacilar de las cosas

Lo único que cabe en los acontecimientos humanos por venir (sociales) es la incertidumbre. Desde los últimos textos editados como libros (La democracia incierta y El acabose democrático) señalamos ya los acontecimientos actuales que acaecen en distintas aldeas que se consideran democráticas (pero que se desmoronan por sus conceptos de Estado, legitimidad, golpe, revolución y democracia como castillos de arena). Tratemos de avanzar para aclarar a qué nos referimos con el significativo ‘democracia’, que se constituye en el concepto performativo desde el que todos los gobiernos dicen partir para impartir, más luego, vuelven a administrar el poder del que se supieron valer democráticamente desde la misma lógica.

Sepamos que existen dos tipos de teorías democráticas: la primera, considera inalterables los intereses de las personas. Considera que la democracia debería funcionar para resolver conflictos de intereses. Lo general sacrifica a los intereses personales. La segunda, postula que los intereses de las personas pueden ser transformados y que la función de la democracia es transformar dichos intereses, pero con base en los valores morales.

Una de las verdades de la política en su hacer —no desde su perspectiva de ciencia— es que el poder no puede anidar eternamente en

las mismas manos por la finitud del sujeto. Para poder legitimarse como gobernante, se construyen razones, argumentos o representaciones que lo validan. La construcción de una autoridad de poder se sostiene en principios de autoridad; si este principio hace referencia a situaciones poco racionales, basadas en la informalidad de caprichos y de decisiones de quien esté a cargo, su permanencia o latencia en el poder será mucho más circunstancial, puesto que tendrá que ratificar sus principios con el incremento de la fuerza irracional de su poder que aumenta su nivel de presión, se convierte en opresión y que culmina en el estallido de las normas hasta entonces aceptadas.

Ciertos sistemas políticos se edifican desde la identidad cultural de los pueblos a los que conducen (de allí su permanencia por períodos considerables). Otras veces, son desplazados por grupos que reinterpretan los cambios o ajustes que esa cultura precisa en relación a su identidad cultural, social y política. El sistema político avanza hacia lugares en donde el soberano electo posee un poder cada vez más limitado; esto se debe a la participación de los ciudadanos que, incluso, pueden elegir a los colaboradores y ministros; pueden elegir los programas de gobierno que tiene que ejecutarse y las prioridades en la agenda pública. El avance de la tecnología, el furor de la comunicación instantánea colabora con estos fines al ajustar los relatos de las *polis* griegas y de las ágoras de discusión política a las redes sociales o interfaces virtuales. De aquí se deduce el axioma de que cada pueblo tiene el gobierno que se merece. Hasta que no forjemos sociedades democráticas, trabajos democráticos, familias democráticas, muy difícilmente tengamos un corpus social democrático. Solo entenderemos esta cláusula en la aplicación de la imposición circunstancial de una mayoría, que no deja de ser un pedido a quienes se les entrega el poder soberano (a contramano de lo que proponía el contractualismo del cual nos decimos herederos). Tenemos que abandonar esta perspectiva y dar a luz a políticos que piensen en la generalidad y en las verdaderas prioridades; mientras tanto, no dejarán de ser vanos y nimios reflejos de un espejo que, como en el cuento de

Blancanieves, siempre responderá que somos los más plurales y democráticos. El resultado es una democracia apocada, abrevada, anestesiada, aterida, que reacciona bajo estertores, regurgitando de forma sintomática a sus representantes, a los que creemos más lejos de lo que verdaderamente están de nuestra propia esencia. En la sinrazón en la que decidimos soportar el arrojito a la existencia, no queremos dar cuenta de la no traducibilidad que tiene el mundo que habitamos cuando el sistema de representación (lo democrático) nos devuelve como gobernante (mediante voto, además, y mediante el uso de la supuesta libertad política que nos decimos dar) a quien exterioriza nuestras fauces más cínicas y siniestras. Plantear que la democracia podría ser absoluta en sitios en donde existe formalmente, pero en donde más de un tercio de la ciudadanía posee serios problemas para alimentarse; en donde solo un 10 % de tal población podría considerarse habilitada tanto existencial como materialmente a plantear algo más allá de su propia supervivencia (es decir, escapar a lo omnisciente de la billetera, la plata, el látigo o el plomo del gobernante), es de un cinismo tan grande que solo puede entenderse si se expresa desde un desconocimiento tan supino como inimaginable. Por supuesto que no se puede discutir, palmo a palmo, en una relación de fuerzas proporcionales con los intelectuales que, al servicio de las academias, de las editoriales y los grupos mediáticos, se pasean como modelos en una pasarela por la feria de vanidades en las que exteriorizan su labia o profusa intelección para plantear la novedad tautológica de absolutizar lo absoluto. Nuestro cometido, apenas, es el de dar cuenta de que otros seres humanos transitamos el derrotero de ser víctimas del olvido formal de ser considerados una fría estadística como sujetos de derecho de un sistema que nos tiene cautivos, fagocitados y encerrados en su perversa y pérfida lógica.

Si no nos damos cuenta de que hemos sujeto nuestro destino humano a la suerte del sistema que tiene en su naturaleza voraz el tragarse a sí mismo, entonces ya no podremos consumir ni siquiera el derecho al espectáculo, a la platea, al aforo, a la butaca en primera fila para asistir a nuestra propia disolución. El salto al vacío, el de organizarnos de un

modo en el que no tengamos demasiadas referencias escritas, al contrario de lo que podamos pensar, es la única salida ante la caída al abismo hacia la que avanzamos de forma furiosa, pero democráticamente.

Heidegger y la democracia. ¿Por qué es la democracia y no más bien otro sistema?

Cada una de las posiciones políticas fundamentales se afirma en la proclamación de un ideal: es planteada una idea de la comunidad humana y su felicidad como norma de apaciguamiento y orden de lo real y con ello de su reorganización. Pero por otra parte esta idea es determinada como democracia, que adjudica al pueblo la posición determinante de poder... La apariencia democrática es suscitada por los gobernados de igual modo y sostenida como por los gobernantes; pues esta apariencia, de que el poder pertenezca a todos y sea distribuido a todos, mientras en verdad a nadie pertenece, surge de la esencia del poder, para cuya autorización todo dirigente queda sólo como tal desconocido predominado, en cuya gestión el poder manifiesta y esconde peculiarmente su riqueza. Este encubrimiento de la verdadera tenencia de poder en la autorización de poder tan sólo es verdaderamente hallable donde el despliegue de poder tiene carácter ya no sólo político sino inmediatamente metafísico, en el despotismo y la dictadura. (Heidegger, 2003a, pp. 190-222)

El artículo que proponemos debiera llamarse “Los conceptos heideggerianos y la democracia” pero por economía del lenguaje y por la síntesis provocativa, que encierran todos los autores y sus obras, a las que se les presta menos atención dado que para ello, es necesario leer y en todo caso, pensar, que a las acciones, por las que fácilmente, y siempre, fuera de contexto y en términos relativos, juzgamos a los que vivieron, poniendo palabras en un papel, lo dejamos de tal modo, haciendo la presente salvedad, para ufanarnos de otro logro que dejó de importar como la honestidad intelectual.

Al preguntarnos, heideggerianamente, ¿por qué es la democracia y no más bien otro sistema? (reversionando la pregunta que toma de

Leibniz: ¿por qué es el ser y no más bien la nada) encontramos valiosos conceptos que dan una idea acabada de la relación poder, política, democracia, maquinación y resistencia que podrían formar un pliegue de la perspectiva más política desde lo filosófico de un Martín Heidegger ya juzgado (postreramente) por sus acciones, omisiones y concesiones en su vida particular que, para demasiados, se transformó en lo más importante de su legado, ocluyendo esta posibilidad de seguir leyéndolo y con ello posibilitándonos pensar nuestro aquí y ahora.

La posesión del poder es así, en general, retenida para el hombre, y sin embargo tiene que haber tenedores de poder, que conduzcan el juego del mismo en un espacio, donde previamente toda reivindicación de poder ha sido ligada y no acaso sólo apartada una validez de hecho de los singulares y de grupos. Tales tenedores de poder sólo pueden ser pocos; pues únicamente los sólo-pocos garantizan el homogéneo manejo de todos los medios presentes de poder, conducido desde un centro y vuelto a reunirse en él. Los sólo-pocos posibilitan por adelantado también sólo asegurar las posibilidades de nuevas e insospechadas formas de conducir la sorprendente realización. (Heidegger, 2003a, Op. cit., p.226)

La democracia ya pensada como estructura, dispositivo o formato que permita la dinámica del poder en cuanto tal, quedará claramente expresada. “El poder no pertenece al pueblo, ni a un singular, tampoco a esos sólo-pocos. El poder no tolera poseedor alguno (...) El poder domina en aras de la autorización de sí mismo en la esencia, es decir la maquinación” (Heidegger, 2003a, Op. cit., p.228).

Diagnóstico, concepto de maquinación mediante, esbozará, a nuestro modo de ver, tímidamente un umbral de alternativa, de resistencia, que será como veremos un regreso a su perspectiva más ontológica, pero vinculado al saber, que será para otros, una deconstrucción del mismo, como para los más heideggerianos un olvido de ese hacer como historicidad del ser, para dislocar lo absoluto.

Los presagios de una historia en esencia otra exigen un saber de la maquinación que no la rehuya a través de ningún encubrimiento y con ello se

encuentre en su inevitable dominio y no obstante la resista...la instancia de este estar en, acaece en el modo de un saber, que es más activo que todos los hechos al servicio de la maquinación, porque según su esencia no requiere resultado alguno, sino que es lo que es en tanto es. (Heidegger, 2003a, Op. cit., p.230).

Creímos indispensable este aporte, de un pensador de la talla de Heidegger, que nos dejó visiones proféticas de cómo reduciríamos el fenómeno de lo humano, a lo actual y que lo pudo señalar casi un siglo atrás de nuestro acontecer.

“Cuando se haya conquistado técnicamente y explotado económicamente hasta el último rincón del planeta, cuando cualquier acontecimiento en cualquier lugar se haya vuelto accesible con la rapidez que se desee, cuando se pueda «asistir» simultáneamente a un atentado contra un rey de Francia y a un concierto sinfónico en Tokio, cuando el tiempo ya solo equivalga a velocidad, instantaneidad y simultaneidad y el tiempo en tanto historia haya desaparecido de cualquier ex-sistencia de todos los pueblos, cuando al boxeador se le tenga por el gran hombre de un pueblo, cuando las cifras de millones de asambleas populares se tengan por un triunfo... entonces, sí, todavía entonces, como un fantasma que se proyecta más allá de todas estas quimeras, se extenderá la pregunta: ¿para qué?, ¿hacia dónde?, ¿y luego qué? (Heidegger, 2003, pp. 42-43)

Finalmente dejamos la siguiente reflexión de un autor que se propuso una vinculación parecida a la intencionalidad que nos motivo a la confección del presente artículo.

Cuando Heidegger se volcó a impensar la metafísica, cuando sentenció que la ciencia no piensa, cuando concibió el lenguaje como la casa del ser en el sentido de que no hay escape del mismo, estaba andando caminos que mucho tiempo después recorrerían filósofos de la ciencia y epistemólogos... Creo que Heidegger nos habla todavía hoy, nos habla con acento de etnicidad contándonos que no solo nos concentremos en la objetivadora vista, que demos cabida en nuestro ser y actuar a la escucha atenta por la que la otredad entra en dialogo con la ipseidad. La escucha atenta es siempre escucha de narraciones constituidas como sentidos que se cruzan entre

sí desde tiempos inmemoriales y que en cada acontecer vital se reconfiguran una y otra vez. Todo conocer se vuelve así tanto un reconocer como un reconocimiento del otro. La formación de un ethos democrático tiene aquí un buen punto de partida y otro mejor de llegada. (Seoane, 2020)

La pregunta que nos orientará hacia el sendero de bosque, tras la huella heideggeriana, es: ¿a dónde podemos ir en nuestro transitar democrático?

En los tiempos de la hiperdemocracia

Hoy asistimos al triunfo de una hiperdemocracia en que la masa actúa directamente sin ley, por medio de materiales presiones, imponiendo sus aspiraciones y sus gustos. Es falso interpretar las situaciones nuevas como si la masa se hubiese cansado de la política y encargarse a personas especiales su ejercicio. Todo lo contrario. Eso era lo que antes acontecía, eso era la democracia liberal. La masa presumía que, al fin y al cabo, con todos sus defectos y lacras, las minorías de los políticos entendían un poco más de los problemas públicos que ella. Ahora, en cambio, cree la masa que tiene derecho a imponer y dar vigor de ley a sus tópicos de café. Yo dudo que haya habido otras épocas de la historia en que la muchedumbre llegase a gobernar tan directamente como en nuestro tiempo. Por eso hablo de hiperdemocracia. (Ortega y Gasset, 2012, p. 282)

El principal síntoma de la grave enfermedad que afecta a nuestro corpus social se manifiesta por intermedio de aglomeraciones que en tiempos de pandemia se convierten en subversivas de diversos sectores que con toda razón y justicia se autodenominan, se auto-perciben pueblo y actúan demostrando en las calles, en los sitios hoy sitiados, restringidos de lo público, que son tales, reivindicando postergaciones y olvidos de una democracia siempre en potencia, en expectativa, incumpliendo todas y cada una de sus promesas que se sostienen como sistema legítimo y legal constituido e instituido.

Las reacciones ante el fenómeno agravan aún más el mal o la dolencia colectiva. Desajustados en el diagnóstico, cada uno de los oficialismos

gobernantes no tienen más herramientas; solo les queda señalar que cada una de esas manifestaciones solo busca un fin práctico y determinado para horadar la fortaleza política de quienes deben administrar, con la facultad del monopolio de lo público, todos y cada uno de los reclamos que constituyen la entidad de lo efectivo común.

Defecionando este compromiso obligatorio, tácito e irrestricto, la gravedad de lo que nos afecta se reproduce cual virus en los organismos institucionales que ven colapsar sus posibilidades de respuesta ante el metaproblema que subyace detrás del coronavirus. En tal aldea occidental se manifiestan los grupos, facciones, que ven afectados sus derechos de identidad. Al unísono ocurre lo propio con otras secciones de esas masas que pretenden tierras para habitar, mejoras salariales, rebajas de impuestos y todas las alternativas imaginables que puedan compensar el drástico cambio de escenario al que han sido sometidos los gobiernos durante la pandemia y desde la concepción nodal de estos.

Sí nuestros actores sociales, sean estos del sector que fueren, no comprenden que la cuestión principal es redefinir y repensar la base, la estructura mediante la que se sostiene nuestra noción de estado, la política pasará a ser simplemente un mandato punitivo, cuando no, podría arribar a la tragedia de que imponga a la fuerza el imperio de una ley que hace rato dejó de tener un sustento, un sustrato que invoque y, con ello signifique, una redefinición de ``pueblo'', de mayoría, de masas.

Así como los afectados por el virus poseen, en sus cuerpos, la posibilidad de que les cueste respirar, el clima social que magistralmente describió Ortega y Gasset como hiperdemocracia se tornó una atmósfera irrespirable. Ya no alcanza con la respuesta electoral, por más que prescindamos de ella. Pero estamos señalando que es una vacuna que previene otros males, como podría ser el que evita el sarampión; pero en el ambiente público circula una cepa para la que aún no tenemos vacuna ni remedio.

Por más que en cada una de las aldeas se pretenda lo necesario, como imposible, de apagar los incendios creyendo que de esta manera se logrará estar mejor, lo cierto es que si no nos ponemos a trabajar en lo

importante, correremos el severo riesgo de disgregarnos en una disputa de fuerzas ciegas que nos llevan a la puja irracional entre facciones que se piensan, sienten y, con razón, se pretenden pueblo. Sí los que poseen mayores responsabilidades no advierten la importancia de dar cuenta, de dar valor y de promover la indispensable reorganización de nuestros preceptos esenciales, aquellos que nos hacen parte de un estado, de ese todo, del que nadie cede para verlo en el otro o en los otros, entonces seguirán contando conflictos; y los verán reproducirse y agravarse mediante los medios de comunicación que a diario nos cuentan acerca de la cantidad de infectados, de internados, de muertos.

La agonía de la democracia nos exige y demanda que redefinamos la noción de masas, de pueblo, de la constitución de mayorías, de la expresividad de las mismas, y que no quedemos paralizados ante lo que pueda suceder con su transitar en el tiempo de la milenaria historia de la humano, de sus formas y maneras de organizarse.

Hegemonía sanitaria

A priori, la idea de hegemonía sanitaria puede resultar paradójica; sin embargo, es ratificadorio. Los continuadores del pensamiento gramsciano que acuñó la hegemonía cultural, que se circunscriben en una línea de pensamiento contrahegemónica (cuándo no, emancipadora como para recrear conceptos desde lo semántico), son los adalides de la superestructura imperante que determina, pandemia mediante, lo que debe o no realizarse, so pena de aplicar la fuerza de ley sobre quienes osen pensar, exclamar, peticionar o realizar acciones que vayan por fuera de lo dispuesto. El bloque hegemónico constituido no deja ver (esta es su razón de ser, de obturar la posibilidad de observar lo otro) los aspectos que bien podrían medirse estadísticamente (como, minuto a minuto, se exhiben, en el mundo y en cada aldea del mismo, la cantidad de contagios, de enfermos graves y de muertos) en relación a los daños de todo tipo y orden que producen las acciones tendientes a mitigar las

consecuencias del virus. Dado que nos resulta imposible, precisamente por la eficaz acción, contundente, del actual poder hegemónico sanitario en curso, determinar cuántos suicidios, “intentos de”, agravamiento de enfermedades que se dejan de tratar, dramas laborales, emocionales, económicos y condenas de millones de sujetos a la pobreza y la marginalidad, generan y sigue generando la reacción hegemónica ante la aparición de la pandemia. Haremos una composición inductiva de algunos hechos que públicamente se dieron en la tierra desde donde esto se escribe.

A cinco meses de ser declarada la restricción que imperó y sigue imperando en todo el globo, como respuesta, insistimos, hegemónica desde lo sanitario en la ciudad de la que me es muy difícil moverme, se produjeron poco más de doscientos contagios y, producto de ello, dos muertes. A casi medio año, la razón hegemónica de su implementación continúa oprimiendo hasta límites insospechados para que, incluso, podamos pensar no ya otra cosa, sino otra manera de contemplar el fenómeno. Arrecian, desde el primer día, números, testimonios y toda la parafernalia opresiva que nos dice, en todo orden y plano, una y otra vez en la misma lógica repetitiva y nociva del virus, los contagiados, los enfermos moderados, los enfermos graves y los muertos. Nos los muestran en gráficos, en estadísticas, en fotos, en videos institucionales e informales; reina en nuestros temores como pesadillas y se nos hace omnipresente, imposibilitándonos el soberano y humano recurso de la esperanza; de alguna vez poder pensar y sentir otra cosa más allá de la pandemia misma. La única alternativa a la que la hegemonía nos impone, es que sobrevivamos, que significa que podamos morir (incluso matándonos ante la desesperación) de cualquier otra cosa que no sea consecuencia del virus. Aquí radica el problema. No se trata de que no sea prioritaria la atención de lo que genera la pandemia, sino de que no sea hegemónica y, con ello, de que sea excluyente para todos los problemas, no solo los que poseemos como sociedad, que se pueden agravar mediante la imposición irrestricta de una formulación draconiana que disloca el contrato social tácito de las democracias modernas y las trans-

forma en pactos con cláusulas leoninas. Para ir a la comprobación de campo, que se realiza desde el lugar y con los elementos, que permite referiremos lo siguiente sin que compartamos lo que consideramos. Se trata de caer en la razón instrumental de leer diagnósticos sociales bajo el imperativo de lo numérico cayendo en la falacia de concluir en absolutos cuando todo es relativo, y concederemos, igualmente, pese a no concordar, demostrar el poder omnisciente que impone la hegemonía sanitaria.

En ciento cincuenta días: dos muertos. No tenemos los datos de cuánto dinero exacto el Estado destinó para evitar mayor cantidad, sin embargo, a todas luces, las normativas, en tal sentido, redestinaron partidas y focalizaron el grueso de recursos para atender la calamidad. Por la misma razón hegemónica, sumada la falta estructural de políticas públicas de diagnóstico como de previsión, no podemos saber tampoco si en estos cinco meses aumentó la cantidad de suicidios, si se agravaron las patologías de personas enfermas de otras causas que terminaron en muerte, y resulta aún más complejo determinar si el cambio o la modificación sustancial que produjo y produce en nuestras vidas el confinamiento y las restricciones derivó en otras causas de muerte que podrían ser consideradas accidentales y que no existirían o no hubieran existido sin la tan mentada imposición de las medidas sanitarias hegemónicas. Tomando solo tres días, de acuerdo a lo que informan medios de comunicación (que no escapan a la lógica hegemónica de informar bajo el protocolo que se les impone, so pena de que le quiten la pauta publicitaria oficial o de que puedan ser procesados por la novedosa y polémica tipificación de las *fake news*) se realizó la siguiente cuenta: falleció un sacerdote y hombre insignia de la cultura local. Cursaba una enfermedad crónica. Por su edad, conformaba el grupo de riesgo, de acuerdo a los términos hegemónicos de la pandemia sanitaria. Más allá de los consabidos y merecidos homenajes, nadie osó preguntar: “¿Habrá dejado de atender normalmente su enfermedad? ¿Tuvieron algún impacto, a nivel emocional, las restricciones que como a todos nos afectan en su desenlace reciente? Otro caso: apareció muerto en

su departamento un basquetbolista de treinta y tantos años. La justicia caratuló la causa como muerte dudosa. En el hipotético caso de que se trate de un suicidio, ¿cuánto tuvo que ver que no pudo desarrollar su vida profesional y existencial en las formas que la desarrollaba previa pandemia? Dentro de los tres días analizados, en los mismos medios se informó, videos mediante, del ingreso de una mujer de mediana edad, con sus dos hijos menores, a las aguas del río con fines suicidas. En otro hecho similar, con horas de diferencia, un hombre se atrincheró con su propia familia, tomándolos de rehenes y, de acuerdo a lo que refieren, amenazándolos. Si bien en ambos casos la tragedia no llegó a concretarse, solo las víctimas de tales hechos sabrán el coste de haber atravesado tamañas situaciones traumáticas.

Insistimos en que no pretendemos analizar las situaciones en términos excluyentes ni tampoco arguyendo que el tratamiento de la pandemia no debe ser prioritario. Simplemente expresamos que no debe ni puede ser establecido, desde la superestructura que detenta el poder, como un dispositivo hegemónico. La muerte nos iguala y no podemos concebir, ni mucho menos tolerar, que los muertos de una causa sean más importantes que los de todas las otras, incluso si alguna de estas es producto, por ejemplo del accionar represivo por parte de fuerzas de seguridad que, en el afán de hacer cumplir la restricción sanitaria, cometieran la brutalidad de asesinar. Contamos con otra desventaja singular. Los intelectuales y comunicadores que adscriben o adscribieron a la dinámica de militar en realizaciones contrahegemónicas en muchas aldeas occidentales por el reparto de la distribución del poder, gobiernan, o lo hacen mediante los suyos, transformándose en edecanes con lustre de los dispositivos hegemónicos que en sus libros, en sus trayectorias y en sus testimonios, previa pandemia, decían combatir o mitigar. Esto último también lo podemos catalogar como otro de los tantos daños colaterales. Incontables intelectuales, en verdad, no estaban en contra la hegemonía, sino, en la medida de la proximidad en la que se encontraban, contra quienes dictaban los términos de la misma.

La hegemonía cultural de Gramsci devino en la actual hegemonía sanitaria. La resistencia seguirá su curso con otros actores y formas, mal que les pese a los que ciega e irracionalmente pretenden hegemonizar también los términos, los conceptos y las palabras.

La filosofía como brujería mayor

El término ‘magia’ proviene de una raíz persa que significa “tener poder”. Esta acepción se constituyó, no casualmente, en la piedra basal de una forma de interpretar el mundo, que se llamó “mágico-animista”. Tanto los hechos de la naturaleza (condiciones meteorológicas, tiempos oportunos de siembra y cosecha) como los que afectaban al hombre en su ser más íntimo (salud, reproducción, muerte) eran decodificados, interpretados o leídos por unos pocos; por quiénes conocían mágicamente los sucesos acaecidos. Chamanes o magos eran los seres que, escogidos por un Demiurgo (no casualmente es una acepción platónica que referencia al creador o hacedor), por un prestidigitador o hasta por un genio maligno, depositaban, arbitrariamente, casi dinásticamente, el poder en unos pocos ante los que la comunidad, debía responder social y políticamente. Esta concepción de la humanidad generaba este acto mágico, que se traducía en el poder en unos pocos. Lisa y llanamente, las reglas del juego eran solo conocidas por estos; los demás, están subsumidos a este poder, a este conocimiento. Sobrevino, con la llegada del cristianismo, una disputa entre quienes podían detentar la oficialidad de la relación con los seres superiores o mágicos. En la figura de Simón, el mago, recae simbólicamente la disputa que, más que religiosa, se constituiría en un orden del poder político-social. En el nuevo testamento se reconoce que la figura citada, en Hechos 8:9-24, “usaba la hechicería”, para diferenciarlo de la curia instituyente y constituyente que se terminaría de amalgamar para consolidar, durante siglos, la estructura occidental teocentrista que dominaría las relaciones de poder hasta la llegada o el acuerdo con los sectores militares del dominio exclusivo y

excluyente de la fuerza pública. Este proceso se observó, bien entrado el siglo xx, donde por la razón (la del poder vinculado a esa magia, oficializada en fe, dogma o religiosidad) o por la fuerza (en verdad casi siempre concluía aquí) facciones cívico militares y clericales gobernaron, a sangre de ley, distintas comunidades del globo. Párrafo aparte merecería la historia de las que, en pleno apogeo de esta concepción, sufrieron y padecieron la caracterización de brujas y fueron enviadas a la hoguera (la condición femenina, como en tantos casos de la historia, fue un agravante por la concepción patriarcal de un dios varón, cuyos hombres más cercanos debían, aún siglos después, mantener la varonil jerarquía y no ser mujer para comunicarse más estrechamente con ese dios). Todo acto de indisciplina o desobediencia era previamente anunciado bajo tal figura para luego ejecutar la orden dentro de un sistema punitivo que la narrativa presentaría con el épico nombre de Santa Inquisición.

El conocimiento, es decir, el paso de la humanidad a una visión o cosmovisión lógico-racional mediante el método científico, determinó que algunos más podían conocer esas reglas de juego a las que se accedía a través de un método en el que no necesariamente solo podían participar los elegidos y en el que no necesariamente quienes participaran terminarían siendo fusilados o desaparecidos, como muchos lo fueron por el pecado capital de querer profanar aquella tutela o patrimonio de la verdad. Esa verdad, insistimos, vinculada al poder sobrenatural que solo mediante la disciplina eclesial se podría mantener una relación con dios para a partir de este vínculo y gobernar sobre los cuerpos (con el consabido apoyo de las armas), las cabezas y las almas. Así como Sócrates fue condenado a muerte por preguntar si la simonía política y social es alteradora del orden establecido. Pretender conjeturar, es decir, pensar, reflexionar, razonar y filosofar por fuera de los cánones determinados, más allá del ejercicio académico (el título habilitante para que te reconozcan como autorizado; la licencia para doctorar de acuerdo a los términos con los que te gobernaron previamente para que, sin darte cuenta, seas pensado por tales opresores) solo será difundido y comunicado por las cadenas de medios que se avienen a replicar so-

lamente esos discursos que no salen de la norma. En caso de que, por el misterio de la vida (el inescrutable que ningún mago, es decir, que ningún poderoso tiene ni podrá tener), cada tanto surjan hechiceros que obren el milagro que se puedan ver, pensar y leer, conceptos que brinden la libertad necesaria e indispensable de la existencia de otras opciones, bienvenida sea la caracterización, que, brutalidad mediante, pretenden consagrar como maliciosa y perniciosa los seres temerosos que, aferrados a posiciones privilegiadas y de poder, vía la temeridad, dan vía a ciertos pensantes bajo los significantes de hechiceros, gurúes o nigromantes. La filosofía, como dinámica, es el obrar precisamente de brujas que barren con lo absoluto de una verdad única e insoslayable. Tal vez la condición monoteísta de ciertas populosas religiones habilite menos la posibilidad de que pensemos en lo múltiple, a riesgo de que no necesariamente los cultos politeístas lo hagan. De todas maneras, se vuelve sobre el mismo punto: la hechicería en esta resignificación que se propone desde la práctica del filosofar.

El esquema Ponzi de lo democrático

El sentido común, en una de sus acepciones, puede ser engañoso. Ese sentido común es el de la sabiduría tradicional de la tribu, esa mezcla de lo que todo el mundo sabe, que los niños aprenden al crecer, los estereotipos de la vida cotidiana, donde también están incluidas las generalizaciones de las ciencias sociales sobre la naturaleza de los fenómenos sociales, las correlaciones entre las categorías sociales (por ejemplo, entre raza y delito, o entre clase social e inteligencia) y la etiología de las condiciones sociales problemáticas, como la pobreza o la guerra. Las generalizaciones de las ciencias sociales, por principio y muchas veces de hecho, cambian cuando surgen nuevas observaciones que demuestran que eran incorrectas. Las generalizaciones del sentido común no cambian. Esta forma del sentido común, en especial porque sus errores no suelen ser aleatorios, siempre juega a favor del orden establecido. (Becker, 2018, p.207)

El esquema o sistema Ponzi fue definido por la United States Securities and Exchange de la siguiente manera:

“un fraude de inversión que paga a los inversionistas existentes con fondos recaudados de nuevos inversionistas. Los organizadores del esquema Ponzi a menudo prometen invertir su dinero y generar altos rendimientos con poco o ningún riesgo. Pero en muchos esquemas Ponzi, los estafadores no invierten el dinero. En su lugar, lo utilizan para pagar a quienes invirtieron antes y pueden quedarse con algunos para sí mismos”.

La criminalidad se hace manifiesta al no estar controlado el accionar de los administradores de estos sistemas. Al funcionar en la marginalidad de lo legal, por la razón que fuese, si uno de los integrantes se siente estafado (tenga o no razón en su reclamo) no posee instancia de apelación o queja. Esta es una de las razones por las que el sistema o esquema Ponzi en un momento dado deja de ingresar nuevos actores y súbitamente cae en las obligaciones (sostenidas en promesas) mantenidas. Solo los pocos que desde la cima de la pirámide organizaron el esquema se llevarán los beneficios en detrimento de esa mayoría a la que se les daba muy poco para mantenerla expectantes en las promesas prodigadas y fortalecidas por esos a los que desde en la cima les va bien. No han sido pocas las víctimas, en sus distintas variables y lugares) de estafas bajo esta lógica o modalidad.

La democracia impone un conjunto de reglas bajo el eufemismo de contrato social sin cláusulas leoninas o draconianas, asegurando siempre la libertad para que el contratante exprese lo que desee o sienta sin que por ello pueda ser perseguido u hostigado. Ahora bien, se le reservará, en la lógica del etiquetado, la caracterización de desviado o marginal. De allí la cita del sociólogo nacido en Chicago, que refería al sentido común y que seguirá diciendo:

Otra acepción de sentido común señala que el hombre corriente, que no tiene la cabeza llena de teorías enrevesadas y abstractas nociones de especialistas, puede al menos darse cuenta de lo que sucede frente a sus propias narices. Filosofías tan dispares como el pragmatismo y el budismo zen ve-

neran el respeto por la capacidad del hombre simple de ver, como Sancho Panza, que un molino de viento es un molino de viento. Sin importar cómo se lo mire, pensar que es un caballero de armadura y a caballo es un error grave. (Becker, Op. cit., p.207).

La democracia, además de ser un orden que se impone, dispone súbitamente de un sentido común en donde creemos estar eligiendo cuando en verdad (y sobre todo en los tiempos electorales) optamos, y en donde probablemente no tengamos más opciones que seguir participando del sistema Ponzi, que, a los que estamos en los niveles más bajos de la pirámide, solo nos podrá otorgar las migajas de las promesas eternas y las sobras escuálidas de lo mucho que sobra arriba donde anidan unos pocos. No es casual que en nombre de nuestros supuestos derechos humanos consagrados y respetados por el sistema cada vez se integren más colectivos de diversas inquietudes y aspiraciones en las que se subdivide la comunidad. Se reduce la cantidad de años (voto o participación joven) para que estos se transformen en nuevos actores del contrato social establecido; si bien aumenta (o cómo mínimo no disminuye) el drama de la pobreza y la marginalidad, hemos avanzado en los derechos que se les brinda a las mascotas que viven siempre con quienes tienen, entre tantas cosas aseguradas, la posibilidad de comer todos los días.

Tal como en el esquema Ponzi, la democracia necesita seguir haciendo ingresar nuevos actores para poner en circulación mentiras nuevas que sean comprendidas por ese sentido común que maneja (fortaleciendo tal tutelaje del relato o la narrativa mediante intelectuales orgánicos y medios de comunicación que les garantizan la hegemonía o preponderancia cultural) como ilusiones, expectativas y deseos próximos a cumplimentar. A diferencia de los estafadores, que actúan al margen de las entidades de crédito e inversión oficiales, la democracia se constituye como la piedra basal del sistema mismo, escindiéndose, muy a su favor, en contra de su álter ego o contraparte, el capitalismo, al que muchos intelectuales de izquierda o pos marxistas ven o entienden como el verdadero problema a resolver, como el tumor maligno a extraer. Este

monopolio absolutista de lo democrático obtura aún más la posibilidad de una chance mínima de escape o de fuga ante el sistema o esquema Ponzi. Emanciparnos es una acción solo destinada para los que dogmáticamente creen en aquella visión de que el capitalismo es, en verdad, tutor de lo democrático y que, por tanto, puede existir una democracia popular, progresista y emancipada. Lo único cierto es que las mayorías, los múltiples, el gentío, la gente, el pueblo, las masas no tendremos posibilidad alguna de enterarnos antes cómo si lo harán esos pocos que se aprovechan de nuestros esfuerzos y de nuestro desconocimiento del momento exacto en que el sistema democrático ya no sirve más. Será una novedad para nosotros, una que seguramente ya figura en plano de ejecución de ellos. Mientras menos creamos en tal posibilidad y más datos desconozcamos, se fortalecerá este hiato del que no habrá razón o dimensión semejante o conocida a la que podamos atenernos para seguir considerándonos seres humanos.

Cuerpos y territorialización

En los contextos de marginalidad social y urbana caracterizados por sus altos niveles de informalidad, la construcción de lo público como valor de una colectividad previamente asumida, adquiere formas diferentes a otros entornos físicos de mayor formalidad en su configuración territorial no sólo desde la noción de espacio público sino también desde la creación de nuevos espacios habitables donde lo público adquiere otros significados que se corresponden con la propia emergencia desde la que fueron concebidos. Las relaciones de fuerzas en constante tensión que se dan entre lo público y lo privado en el escenario urbano como procesos individualizadores que se establecen en el territorio para producir valores que permitan socializar los conflictos, es una cuestión crucial al abordar los procesos de conformación de lo público como lugar colectivo de las demandas particulares en la contemporaneidad. (Deleuze, 2015)

El ámbito de lo público quedó a merced del virus. Quiénes poseían el monopolio de su administración y de sus reglas de uso vía contrato

social suscrito para que los gobernantes nos gobiernen, solo tienen en manos la posibilidad de imponer la utilización de la prohibición o de su dinámica bajo estrictos protocolos restrictivos (las consabidas mascarillas obligatorias, el distanciamiento físico y las regulaciones de aperturas en donde puedan darse las inconvenientes y prohibidas aglomeraciones). Este es el principal problema político, y de los políticos, que no necesariamente se traduce como principal problema de los ciudadanos o de la ciudadanía. Gobernantes (en los que se incluyen también la oficialidad de la oposición) transitan la herida narcisista de tener las manos atadas, de estar a la espera, implorando la salida del *pharmakon* (sea como vacuna o remedio) para que el poder les regrese como la normalidad tan ansiada. Mientras tanto, en el interregno, en el paréntesis (cual epojé husserliana que lleva meses, y podría pasar el año), los habitantes, los múltiples, las masas, los individuos y los cuerpos, en el sentido deleuziano, estallan en sus disidencias internas que nos habitan y en las que nadie trabaja y de la que muy pocos se encargan. Iremos a ejemplos que clarifican estas dislocaciones.

Para miles o millones, el ámbito de lo privado al que están confinados les reporta un mayor peligro real que la posibilidad concreta de salir al afuera en donde pueden estar más expuestos al virus. Hablamos de violentados (violentadas), individuos de todo género a los que no se los respeta en su esencialidad o en sus cuerpos sin órganos y que reciben agresiones, cuando no exterminio. Hablamos de quienes no tuvieron la posibilidad de hacerse con recursos ingentes, ahorros o reservas que les permitan hacer la espera obligatoria que imponen de hecho los gobiernos para esperar el advenimiento salvífico de la vacuna. Hablamos de todos a los que, de la noche a la mañana, se nos obligó a cambiar nuestras pautas culturales y nuestro modo de ser en el mundo (que generan síntomas, existenciales, psicológicos y emocionales que no pueden ser medidos fehacientemente por ninguna estadística conocida ni por conocer). El concepto de territorialización y, por ende, de lo público y de lo privado, es la víctima central en la trama de la irrupción de la pandemia. Lamentablemente, el segundo

concepto que enferma gravemente es el de la noción de individualidad, de cuerpo.

No es el sujeto el que explica la esencia, es más bien la esencia quien implica, se envuelve, se enrolla en el sujeto. Mucho más, al enrollarse sobre sí misma, constituye la subjetividad. No son los individuos los que constituyen el mundo, sino los mundos envueltos, las esencias, los que construyen los individuos. (Deleuze, 2006a, p.55)

No poder despedir, como lo hacíamos usualmente, a un familiar muerto, es precisamente una resultante del drama señalado. Nuestros cuerpos nos han dejado de pertenecer. Un ejemplo más en clave política: se produjo, recientemente, la muerte de dos niñas, sindicadas como miembros de una guerrilla en Paraguay, a manos de las fuerzas militares de aquel país. Ni los supuestos guerrilleros ni la acción represiva del Estado concibieron esos cuerpos como tales. Ante tamaña magnitud de ejemplo, sobraría explicar las réplicas que se dan a diario, en muchas aldeas del globo, en relación a quienes reaccionan, naturalmente, protestando libremente en los espacios sobre los que, antes públicos, pesan las restricciones que se imponen; pero esas restricciones no tienen un horizonte claro de hasta dónde irán ni por cuánto tiempo. Hay otros que pretenden encontrar la oportunidad de reivindicarse cometiendo delitos contra el también viejo concepto de propiedad (robos, arrebatos y toma de tierras). Los que aún tenemos ciertas herramientas, nos guarecemos, cual madriguera, en la virtualidad, de las acciones a distancia, las telemáticas. Los ejemplos claros en donde trasuntan las nociones de lo laboral (trabajo desde casa) y lo educativo, nos sostienen por el momento en un presente que oficia como placebo, avalado y amparado por la oficialidad gubernamental, dado que bajo esta apariencia de que todo esto pasará, resguardan para sí la legitimidad de imponer sus reglas, que, tal como expresamos, solo quedaron en el orden de las prohibiciones o de las restricciones. Estamos inmersos en algo mucho más complejo que nuestra propia posibilidad de muerte, como la de millones, de pérdida de ingresos, de empleo o de la compulsiva geopolítica que pueda

subyacer entre potencias que se disputan el orden mundial. Quienes filosofamos, entendemos que lo mejor (y ahora lo único o prioritario) que podemos seguir haciendo es brindar propuestas de sensaciones, en sentido deleuziano, para reformular lo pensado y lo pensable. Esta es la única razón de las presentes palabras, en este orden y en el sentido que te despierten.

No creo que a la filosofía le falte público ni divulgación, sino que se trata de un estado clandestino del pensamiento, un estado nómada. La única comunicación que podríamos desear, perfectamente adaptada al mundo moderno, se conformaría según el modelo de Adorno (la botella arrojada al mar) o según el de Nietzsche (la flecha que un pensador lanza para que otro la recoja). (Deleuze, 2006b, p.244)

¿Cuál es el sentido de lo democrático?

¿Nos hemos preguntado qué sentido tiene lo democrático? ¿No seguimos actuando viralmente, reproduciendo, sin ton ni son, la instrumentalización que impone la democracia bajo su axioma incuestionable? Aquel axioma que nos somete, elección tras elección, a optar entre representaciones que representan lo mismo. ¿No será tiempo de dar paso a las preguntas antes que a las aseveraciones? ¿No se constituye en un acto imprescindible que interroguemos a la noción, al concepto o a la definición de pueblo de múltiples, de mayorías para las que supuestamente esa idea de lo democrático se propone gobernar? ¿Cuánta legitimidad que sostenga a la legalidad puede seguir soslayando que la democracia signifique y represente que cada tanto nos convoquen a sufragar? ¿Se definen, acaso, las necesidades, las prioridades, los gustos, los deseos y los derechos políticos de cada quien respetando su libertad, garantizando únicamente que opten entre hombres y mujeres provenientes de dispositivos inexpugnables de poder, como son los partidos políticos, cada cierto tiempo, configurando estos escenarios electorales en rituales sacrosantos, eminentemente simbólicos y puramente totémicos? ¿Permite esta

disciplina democrática, este sistema hegemónico, que se la pueda modificar, cambiar, alterar, dislocar, bajo el ritmo unívoco y opresivo de sus tiempos, de sus formas, de sus maneras, de su difusa noción heterodoxa que culmina siempre bajo el yugo irrestricto de la ortodoxia más palmaria? ¿Tenemos garantizados los actos más mínimos e indispensables para dar por sentado que vivimos bajo la tutela de un conjunto de reglas que no confunde libertad de expresión con imposibilidad de publicación; que no trasvista ni trastoca excepcionalidades ni crisis recurrentes, ni flexibilidades de mercado para quedarnos ateridos bajo el escarnio de la incertidumbre más absoluta que la democracia sodomiza con perversidad (nuestros deseos libertarios más profundos y nuestros sueños más inconfesados)? ¿En qué momento renunciamos a preguntarnos? ¿Qué instante determinó que dejáramos de ser humanos para transformarnos en la presente caricatura errabunda, cual representación cierta, ajustada, digna e inclusiva bajo el imperativo categórico de lo democrático? ¿En qué elección se nos propuso que votemos por sí o no de esta automutilación que nos desangra a diario y que nos conduce a una lenta, dolorosa y patética agonía? ¿Cuántas crisis más necesitaremos para darnos cuenta de que si no volvemos a las preguntas, todas y cada una de las afirmaciones que hagamos mediante el voto nos conducirán al mismo sendero, hartado, de la inexistencia de pliegues, de perspectivas, de lugares desde donde nos paramos pero que nos llevan a otro destino que no sea el que profundiza nuestras faltas, nuestras ausencias, la ineluctable organización del vacío al que nos estamos condenando? ¿Bajo cuántas palabras más, neologismos, deconstrucción de conceptos utilizados, introyección de nociones al olvido, seguiremos escondiendo nuestra pusilánime actitud que determinará un mundo aún más carente de sueños, de posibilidades, de deseos, para las generaciones en curso y venideras, por el crepitante temor que nos despierta y genera el significantemente democrático? ¿Cuántas gacetillas de gobiernos, cuántos discursos brindados, cuántos *papers*, libros y ponencias académicas; cuántos *likes* en redes, *hashtags* y vídeos viralizados seguiremos consumiendo, obedientes, sin seguir preguntándonos? ¿En qué fase estaremos, qué escalada y bajo qué

protocolos, deberemos, obcecadamente, seguir cumplimentando para continuar respirando el aire nocivo y opresivo que la democracia ofrece y garantiza como panacea de lo humano?

Sí la pregunta nos ha posibilitado construir, crear, recrear, creer y conjeturar el sentido de lo más básico y elemental de lo humano, ¿podemos, sin temor, sea como vacuna o remedio, buscarle el sentido profundo y real a lo democrático, más allá de sus dogmas, de sus promesas y de sus fracasos?

CAPÍTULO 4

PROPUESTA. LA CURA: DE UN SISTEMA POLÍTICO A UN SISTEMA DE PODER

La otrocracia. Más allá de la democracia, tan cerca de nuestras posibilidades

Sí el tiempo modifica el espacio, el sistema de poder integra a la institucionalidad y a las variables políticas, sociales y electorales. La democracia ocurrió ayer y, tras ella, estamos en condiciones de pensar en el poder en cuanto tal, en su condición primigenia y performativa; estamos en condiciones de comprender y entender que siempre es el otro quien posee aquello por lo que soy y en definitiva es quien detenta la posibilidad de determinar mis decisiones, por más que se sienta o crea lo contrario. En caso de que el espacio, en su variabilidad, permita a lo que antes fue una facción de hombres asociados al Estado, mediante un contrato sistematizado en un conjunto de principios, leyes y normas, debe ser escindido en su noción de síntoma, aprehendido como lo posible, en una suerte de ipseidad de la lógica del amo y del esclavo.

La otrocracia es lo posible dentro nosotros mismos. La llave que puede cortar el lazo esclavo que venimos consolidando, inercialmente, bajo lo que llamamos democracia, junto con sus atenuantes, institucionales, legitimadores, siempre ratificada por voto de supuestos iguales que creen lo imposible de la mismidad, permitiendo el absolutismo, el totalitarismo, de base individualista, hegemónico, que destruye la alteridad con la que se construiría un todos o una voluntad general. La otrocracia va mucho más allá que un mero sistema político, social de gobierno o una variante electoral o electoralista. Se trata de actuar desde el yo político, desde nuestro dasein colectivo, para, desde la convergencia, diseminar en

cada una de las divergencias que nos hagan validarnos en un poder que nos debe amparar de nosotros mismos, de nuestros deseos y de nuestros temores, que también son siempre del otro en ese desdoblamiento que nos permitirá ser libres en la medida que nos rijamos bajo los parámetros de lo colectivo.

Dentro de lo que proponemos, las políticas públicas no deben estar sujetas a tiempos, sino a cumplimientos efectivos de ciertos objetivos. Los poderes de ese gran otro, que será el actual Estado, no necesariamente deberán estar divididos para que se nos garantice un sistema de contrapesos o de control. Al no estar determinado por un tiempo que lo haga pendiente de un cronograma electoral, ni residir en espacios reales o simbólicos, este poder se garantizará para sí su función principal que es la de prometer libertad a quienes, para ello, subyuga.

Confirmar que el deseo de ese otro es el deseo de la constitución de lo colectivo, será la misión principal de la otrocracia, que tendrá que constituirse, primariamente, mediante los siguientes votos que instituirán primero una administración central y luego, consejos consultivos. La institución de contralor, de la administración central, será un comité conformado por alumnos del sistema educativo que, elegidos por sus pares o por sus calificaciones (o combinación de ambas), llegará a un número total de integrantes no mayor a un tercio de los establecimientos educativos de nivel superior, quienes, junto a un organismo integrado por adultos mayores del sector pasivo, en número no superarán la cantidad de los primeros y conformarán la institución que fijará anualmente cuáles serán los parámetros auditados por organismos internacionales mediante los que se evaluará la acción de gobierno (verbigracia, la baja de mortalidad infantil, medida por la Organización Mundial de la Salud). Para la conformación de la administración central, se implementará el voto compensatorio para generar el reconocimiento de los sectores más postergados. Para aquellos que el sufragio, el voto o la emisión del mismo en la cuenta final de la jornada electoral valdrá a partir de su institución un total individual de cinco, se deberá no a lo que hicieron o dejaron de hacer individualmente, sin a lo que el Estado ha dejado de

hacer por ellos, que podría sintetizarse en reducirlos a la pobreza o la marginalidad. De allí que el término sea compensatorio; es decir, todos los días y años en que el Estado no estuvo para estos ciudadanos, estará el día de la elección, mediante la fuerza que le debe devolver para que el voto de estos se diferencie de quienes sí han tenido al Estado en sus vidas o días más allá de una elección. Este empoderamiento o devolución significará la posibilidad de que estos puedan defenderse en su dignidad cuando sus representantes o candidatos en la administración vayan a intentar seducirlos mediante la dádiva, la prebenda o el intento de compra directa de sus votos, haciendo uso y abuso de la situación de marginalidad a en la que están sumidos por ese mismo Estado que nos lo defiende y que tiene como representantes a esos que van en busca de explotarlos en su dignidad, pidiéndoles que los voten y trocándoles la decisión por algo puntual. Esto generará que la legitimidad de la representación ante la administración de la cosa pública se ajuste a derecho, pues aquellos que no tienen o cuentan con el Estado que les debe garantizar al menos no estar en la situación de pobreza en la que se encuentran, siendo presa fácil tanto de los extorsionadores del voto como de la delincuencia (como salida económica o como mecanismo de defensa ante un sistema que los discrimina y repele) y de todo tipo de enfermedades que les produce el esquizoide mensaje de que son parte, pero no tienen lugar ni oportunidad de sentirlo y vivenciarlo, harán visible, en forma contundente, a todos aquellos a los que nuestro sistema tiene afuera y esto vale como voto número de cinco y nos impelerá a trabajar seriamente en generar una otrocracia verdaderamente inclusiva, más allá de los detalles de lo ideológico, lo partidario o lo cultural de cada pueblo que se precie de habitar y de convivir bajo un régimen en donde la representatividad ante la administración de la cosa pública no tenga vicios de origen o apañe situaciones históricas de desigualdad, injusticia y marginalidad para sostener la perversa mentira de que todos en la misma proporción tenemos la misma contemplación del Estado ante el que sí, en este caso y sin excepción, todos hemos cedido en nuestra libertada política para su conformación.

Se establecerá, también, el voto anticipado. El voto anticipado permitirá que el ciudadano, en los tiempos actuales en donde considera un valor positivo el compartir sus gustos, preferencias y elecciones ante sus semejantes por intermedio de plataformas virtuales o de redes, haga lo propio con su preferencia electoral o política. El voto o sufragio clásico que en varias aldeas occidentales sigue amparado por ley para que se lo respete en su condición secreta, fungió con utilidad hace décadas cuando las realidades sociales y existenciales no habían sido gravitadas por la explosión del mundo digital y de la cada vez más influyente inteligencia artificial. Sería más que una falta de tino el señalar cómo se vio modificada la vida diaria del occidental promedio hace dos décadas. Más bien, es incomprensible cómo aún no generó la posibilidad para que el ciudadano moderno pueda hacer visible, pueda exteriorizar sus elecciones políticas; y en el caso de que lo decida, que lo comparta y lo difunda, tal como hace con todos los otros aspectos de su vida que no solo son considerados públicos, sino también áreas o zonas privadas. El voto anticipado logrará modificar sustancialmente el eje desde el cual se realizan, frustradamente, todos los intentos hasta ahora de dotar de mayor calidad y participación a las formas electorales hasta ahora conocidas. No se votarán tampoco por candidatos o partidos. La oferta de lo electoral se verá circunscripta a objetivos puntuales que grupos o agrupaciones de hombres y mujeres planteasen ante el electorado. Una vez determinado qué espacio se hizo con la administración de la cosa pública, en caso de que cumplan parcialmente los objetivos (que serán auditados, cada dos años, por una asamblea ciudadana que será elegida por sorteo público), renoverán su permanencia en el poder, que nunca podrá superar los diez años continuos. Las decisiones que tomen desde esta administración, deberá estar refrendada por la mayoría simple de los diversos consejos consultivos que oficiarán a modo del otrora poder legislativa. Se instituirán hasta cien consejos y cada uno determinará el procedimiento electivo de sus miembros. Ninguno de ellos podrá tener más de cien integrantes y sesionarán al unísono para aprobar o rechazar las propuestas de la administración central. Sí más de la mitad de

los consejos aprueba la solicitud, se la implementará; caso contrario, se rechazará la misma.

El otrora poder judicial se reconstruirá en una red en que cada uno de sus antiguos integrantes decidirá sí formará parte, teniendo como metas o tareas la elevación de propuestas normativas o redacción de proyectos de ley que se elevarán a los consejos consultivos para su aprobación o rechazo.

Sí nosotros, en cualquier aldea que se precie de republicana, pretendemos realizar una modificación nodal, de raíz, sustancial al sistema político imperante, pretendiéndolo o ejecutándolo por la vía de los poderes ejecutivos o legislativos, no lograremos más que fracasos con diferentes gradaciones en cuanto a lo rotundo, intenso y colorido de los mismos (en el último lustro podemos acopiar en cantidades industriales desde las más comunes hasta las más exóticas experiencias que culminaron en el mismo muladar de la imposibilidad del cambio y, con ello, en la resignación y la desesperanza en distintas partes del globo). Ahora, sí nos aventuramos a transigir el sendero de exigirle las respuestas institucionales al principal poder que sostiene a los dos restantes, que en esa estratagema de la política se nos presentaban (escolar y académicamente se nos presentan así) como a un mismo nivel y en una misma línea, cuando, en cambio, tanto el legislativo como el ejecutivo son, en verdad, apéndices del poder real que está asentado y acendrado en un poder judicial que no casualmente se nos muestra como oculto, inaccesible o solamente necesario ante el conflicto, la realidad sería necesaria y formalmente diferente.

La justicia, en el sentido hasta ahora entendido, pasará a la órbita de la administración central, creándose para ello un organismo en donde se aglutinarán las diversas fuerzas del orden y las congregaciones espirituales de los credos inscriptos y regulados como agrupaciones de ciudadanos interesados en ello y que no formen parte de otros estamentos del Estado. Las resoluciones que de aquí salgan y se determinen, podrán ser refrendadas o rechazadas por la mayoría que se logre o no en

los consejos consultivos, que podrá crear una comisión que se encargue solamente de este aspecto de la cosa pública (el servicio de justicia).

Estas son las consideraciones introductorias básicas y elementales del sistema de poder por otocracia que puede encontrarse en su versión completa tanto desde su perspectiva teórica como de manual de implementación práctica.

El presente documento se constituye en las bases y principios; en la síntesis fundante o fundacional del deseo que surca el tiempo presente, pandemia mediante, por lo democrático. El desandar reflexivo de un conjunto de seres humanos que, en consonancia con estas prioridades, darían fe y testimonio de un transitar en el mundo pretendiendo rescatar la humanidad del ser que farragosamente amenaza con perderse del todo en los laberintos de espejos reflejados y creados por el pensamiento maquinal, da una razón instrumental que ya cortó su arraigo con lo que la tenía sujeta (el filosofar acerca de lo público, la reflexión serena de lo colectivo) a quien fuera su creador: el hombre en sentido universal.

Hubiésemos preferido escribir un extensivo y profuso análisis de lo que está sucediendo, de la gravedad en la que nos encontramos y de lo decisorio con respecto a los tiempos, ya escasos, que se avecinan. Sin embargo, por esta misma razón, y dando por sentado que, como sujetos, venimos entregando razones fundamentales que nos llevan de a poco a dejar de ser tales para convertirnos en meras marionetas de nuestros descartes, de los aspectos más sombríos del costado humano que han estado allí para recordarnos lo bestias que podemos ser, quitándonos la reflexividad y que, de un tiempo a esta parte, como ya se nos alertó, hemos puesto en funcionamiento la siniestra maquinaria que no se detendrá hasta que seamos un subproducto de ella misma y que solo tendrá sentido en cuanto consume lo no consumible y combustione lo no combustionable.

Tenemos que verter los siguientes siete preceptos con lo poco que nos queda, clamando por tener cierta correspondencia al otro lado de estas líneas para que pueda predisponerse a la lectura y a lo que esta esti-

pula e impele: el pensar, serenamente, en forma reflexiva y desde la condición pública o colectiva del ser humano. Advertimos también que, tal como Ulises, no podemos desatarnos de nuestra condición de sujetos, pese al canto de sirenas, que atravesamos por marejadas de izquierda y derecha. No creemos en la imposición de la autoridad por su condición performativa. Tampoco en las posiciones de privilegio desde las cumbres en donde resuena el eco de los que han sido y pretenden, contraculturalmente, aleccionar con principios eurocéntricos y espectros de autores que solo han pensado desde y para esa vieja Europa siempre moribunda y, en tal condición, absolutista en su doble condición de víctima y victimario; o como signifiante 'amo' que precisa de la caterva de aplaudidores de rodillas, aclamando. Imaginar lo democrático es una exigencia mayor, lo mismo que simbolizarlo una operatoria imposible si es que antes no nos reconocemos en la posibilidad de nuestros deseos colectivos, reconociendo, para ello, nuestras ausencias y faltas.

1. Definimos al sujeto histórico de nuestros tiempos al pobre, al marginal, al habitante de las indignidades materiales como políticas, que sentencian y condenan a millones de seres humanos en el mundo, a que deambulen intentando sobrevivir bajo la mirada cómplice, por acción u omisión, perversa, de millones de otros que declaman preceptos y principios libertarios y democráticos, y que siempre anteponen un 'pero' o una excusa antes de entronizar esta máxima o principio: ningún sistema político, de gobierno o ideológico, se llame como se llame, tendría que evitar, por la razón que fuese, tener como prioridad que en el menor tiempo posible la mayor cantidad de gente salga de su condición de pobre.

2. Compensación antes que igualdad. Durante siglos hemos creído que tenemos que ser iguales. Mucho tiempo nos llevó comprender no solo que esto es imposible, sino que además es inconveniente. El otro que nos funda,

que nos constituye, es en cuanto a su diferencia. Respetar la diversidad de lo que no hemos sido y de lo que el otro es no solo exige y requiere este esfuerzo, sino que además nos pide, nos clama por entendimiento y comprensión. El sentido de justicia, de brindar cada uno lo suyo, subyace en este precepto que varía en lo adyacente, en lo cercano. Desde la órbita pública, en los sistemas de elección política, en las instancias electorales, el voto del pobre no podrá ser de la misma magnitud que el otro. Para tal caso, hemos desarrollado el voto compensatorio al que explicitamos como paradigma de valor, de importancia y de prioridad que debiera tener la compensación por sobre la igualdad.

3. Desarraigo territorial. Estamos dejando de ser sujetos. Nos estamos desentendiendo de nuestros orígenes más fundamentales. No solo podemos ser concebidos o creados en pipetas de laboratorio (que ningún ismo se anima a reconocer, priorizando la mecánica por sobre el entrecruzamiento entre sujetos), o en partículas elementales de un procesador, sino que las fuerzas más cotidianas y dinámicas de nuestra actualidad trabajan en consonancia con esta disolución del concepto territorial con el que nos manejamos desde hace siglos. No solo los estados-nación han dejado de ser nociones prioritariamente territoriales: también el dinero y el intercambio. Lo que hasta hace poco se llamaba descentralización, pasa a ser lo difuso o difuminado. Necesitamos tener en claro que lo indiscernible es el poder y que esta energía, si bien estuvo encapsulada o encorsetada en engranajes a la vista y operacionales, cada vez se difumina más, cada vez ventea con mayor solemnidad en su valiosa característica de incierta. No debemos temer, así como esto nos ha servido, como para ir comprendiendo que al poder no se lo puede tomar (esta la razón de la merma de gobiernos de facto y de totalitarismos expresos).

Debemos dar el segundo paso, mediante el pensar reflexivo, como para comprender la naturaleza indómita, más no así incomprensible (de esto se trata, de comprender), de la intensidad de la energía de lo humano cuando se interconecta en lo público o colectivo.

4. Ruptura de la noción clásica del tiempo. Sorteamos las trampas que nos hubimos de imponer, bajo el aceleracionismo y demás vertientes tendientes a exacerbar el goce que nos produce el vértigo, apelamos a la serenidad, nuevamente, para interceder ante la disputa y la tensión entre vida y muerte a la que creíamos estar limitados en la tierra. Resolver esta angustia que nos produce el no aceptar que no existe tiempo, que nada ha transcurrido de hoy a ayer o viceversa, nos conducirá a una exploración con mayor posibilidad de traducción en los campos del placer. Ninguna de las relaciones fundamentales en las que constituimos nuestra sociedad tienen que ver con nuestra posibilidad de elección (familiar, por ejemplo; lo laboral, precisamente, puede que sí como que no, y en esta dicotomía está su valor; amistades no, pero por algo elegimos sólo en relación al divertimento, a lo que nos permitimos) y no necesitamos números para que esto se nos haga taxativamente claro. No necesitamos números, o al menos tantos, para el imposible de tratar de manejar el tiempo (que nunca es) o administrarlo bajo nuestros criterios. Debemos cambiar la velocidad. La tierra que habitamos peligra en su habitabilidad o sustentabilidad, y es el tiempo de que mediante el pensar reflexivo sintonicemos el reloj del sol, de la luna, de las aguas, de los vientos, si es que queremos seguir bajo el mismo y conocido cielo.

5. Vinculación entre sentido y deseo. Esperar no está relacionado con el tiempo como irreflexivamente se puede creer. Esperar tiene que ver con que ocurra algo que

a cada quien le descubra su sentido humano. Tampoco es una relación ni vertical u horizontal. Está codificada, inscrita en una geografía, como el inconsciente estructurado como lenguaje. Lo que sí nos compete a todos es el transitar este sendero, que nos indague, fuerte como íntimamente, para que nos demos cuenta (nosotros mismos y los demás) qué es lo que estamos esperando (lo deseado). Si tal espera, en esa interdicción, vale el sentido, lo cambiamos y lo modificamos, y nos terminamos de reconstituir en sujetos humanos dentro de una comunidad dada. Bajo esta ejercitación encontraremos cuándo lo colectivo se debe priorizar por sobre lo individual. En definitiva, cuando lo público no absolutiza lo privado o lo íntimo, y cuando la libertad está en riesgo o se pretende usar para cárcel, puñal o látigo por un deseo enfermizo de manipulación (o de obtención de goce, desplazando con ello lo placentero) que no ha sido debidamente trabajado.

6. Campo de acción. Pensar reflexivo que para otros puede ser filosofía, amor a la sabiduría o como nominalmente se quiera llamar. Hacemos referencia al instrumento, al detener la inercia que nos está llevando, ya sabemos adónde, para rencontrarnos con lo humano de nuestra condición. Sacarnos los motes genéricos que nos puedan dividir por clases o números (sí amerita estas luchas, contamos con la compensación como eje rector para no caer en la trampa de lo igual como lo imposible) y ceder tanto en lo mínimo como en lo indispensable. Este manifiesto lleva el lugar de la territorialidad de los que lo proponemos para estar sujetos a un origen que, si bien no ha sido elegido, radicalmente es, nos constituye y de alguna manera nos determina, nos delimita. Bajo esta demarcación actuamos. Desde aquí surge la invitación para que en todas las aldeas este manifiesto tenga sus objeciones, sus correspon-

dencias, sus señalamientos, sus caracterizaciones; tenga, en definitiva, el único producto de lo humano que es tal: el pensamiento. Todo lo que se genere después, será un mero sucedáneo y, como tal, secundario. Dependerá de quienes lo lean y por sobre todo de lo que hagan con estas líneas, cómo, cuándo y por qué las repliquen en la medida que consideren el ejercicio voluntario del pensar reflexivo al cual apelamos bajo nuestra condición de hermanos.

7. “Somos plantas que deben salir con las raíces de la tierra para poder florecer en el éter y dar fruto”, expresaba el poeta Hebel. De nuestro hogar, de la tierra que nos germinó (de la que previamente hemos sido arrojados) toda una civilización preexistente llegó a estos confines en busca (de lugares lejanos) de una cosmovisión que llamaron: “La tierra sin mal”. Ellos decían que hacia allí vamos, pero que para comprender tal circunstancia se debería, eso lo intentaron, tener una réplica de aquello, aquí en nuestros lugares, en el aquí y en el ahora. Sus tesoros más preciados lo inscribieron en su habitar poético de danzas y poesías que, más luego se correspondían con una organización social y política, que no escribieron bajo nuestros términos, para que la descubramos, para que tengamos esa experiencia de lo humano que nos espera, que es tanto nuestra posibilidad como nuestro derecho, o, mejor dicho, una obligación con lo que somos en el espíritu irreductible de lo pensado, serena como reflexivamente, en el hogar de todos sin exclusiones ni apremiantes tiempos, en donde en el caso de que lo deseemos cobrará el máximo de los sentidos el que unos a otros nos digamos: bienvenido.

Democracia es deseo. El resto es lo posible y lo posible siempre es privilegio expresado términos que expresen la voz de los pueblos, en el

idioma y la forma que fuere, sin que nadie pretenda imponer ni apelando a la imaginación ni construyendo símbolos totémicos.

En 1714, Bernard Mandeville contaba esta fábula sobre las abejas:

Había una colmena que se parecía a una sociedad humana bien ordenada. No faltaban en ella ni los bribones, ni los malos médicos, ni los malos sacerdotes, ni los malos soldados, ni los malos ministros. Por descontado tenía una mala reina. Todos los días se cometían fraudes en esta colmena; y la justicia, llamada a reprimir la corrupción, era ella misma corruptible. En suma, cada profesión y cada estamento, estaban llenos de vicios. Pero la nación no era por ello menos próspera y fuerte. En efecto, los vicios de los particulares contribuían a la felicidad pública; y, de rechazo, la felicidad pública causaba el bienestar de los particulares. Pero se produjo un cambio en el espíritu de las abejas, que tuvieron la singular idea de no querer ya nada más que honradez y virtud. El amor exclusivo al bien se apoderó de los corazones, de donde se siguió muy pronto la ruina de toda la colmena. Como se eliminaron los excesos, desaparecieron las enfermedades y no se necesitaron más médicos. Como se acabaron las disputas, no hubo más procesos y, de esta forma, no se necesitaron ya abogados ni jueces. Las abejas, que se volvieron económicas y moderadas, no gastaron ya nada: no más lujos, no más arte, no más comercio. La desolación, en definitiva, fue general. La conclusión parece inequívoca: “Dejad, pues, de quejaros: sólo los tontos se esfuerzan por hacer de un gran panal un panal honrado. Fraude, lujo y orgullo deben vivir, si queremos gozar de sus dulces beneficios. (Mandeville, 2004)

Los estructuralistas nos han ensañado de qué manera funciona la modernidad. Hay que participar como lo pensó Platón en su momento, pero viviendo en la clandestinidad no de la ley, sino de las buenas costumbres o de las costumbres que nos pretende instalar el modernismo que reina en Occidente y que desde la conquista es parte intrínseca, como colonialismo, más luego, eurocentrismo. Esto es elegir un par de objetivos, independientemente de que sean altruistas, ideológicos o materialistas, ir por ellos con diferentes envases, con trajes disímiles, aplicar y agudizar la astucia y, en el trayecto, tratar de no angustiarse mucho

y buscar la risa. “Golpeemos juntos pero marchemos separados”, decía Lenin. Escindirnos en diferentes vertientes, para al fin seguir siendo los mismos y vivir en una realidad con parámetros que escapen a las cadenas que nos vienen sometiendo. Los índices de pobreza, inseguridad, desigualdad, tienen más que ver con la falta de elementos reflexivos que padece la clase media que con la economía, los gobiernos de turno, la arrogancia del progresismo o la estrechez de los conservadores. Ninguna de estas categorías nos pertenece. Toda esa aritmética es vana, vacua y vacía. Siempre el resultante variara poco, si no damos la batalla por el concepto, si no encontramos la conceptualización con la metáfora mas atinada. Las ideologías que nos pretendieron instalar no ha germinado y las divisiones políticas se dan de acuerdo a los capangas o líderes que tengan determinado grupo de lacayos como lustrabotas, instaurando una mitad de camino entre carismáticos a la europea y chamanes a o latinoamericano.

Lamentablemente, a los que podríamos denominar progresistas, independientes de izquierdas o populistas que no comulgan explícitamente o implícitamente con este modelo cultural neoliberal o capitalista (no tienen una dependencia laboral del Estado, profesionales, o personas con posibilidades de prepararse para vivir en un estado de primitivismo) les ocurre un fenómeno que los aísla de la problemática o directamente los hace cómplice. Muchos optan por irse a otras tierras (a las eurocéntricas o las del norte) y no solo son estudiantes o profesionales que viven en la matriz que dicen aborrecer, sino los más son trabajadores de la construcción, limpiadores y personas que mediante el esfuerzo y el sacrificio progresan materialmente de acuerdo a los parámetros que ellos entienden como progreso o avance y que al no poder realizarlos acá los impelen a mudarse en ese allá que los conmina a tal cosa. Los que se quedan, se aíslan o se abstraen, involucrándose en temas que le atañen al mundo o al país, más que nada futbol o espectáculo (es el triunfo universal del pan y circo romano; ver, si no, las inversiones de China en su liga futbolística) y no a nuestra tierra como espacio político-colectivo. Un caso muy paradigmático es lo sucedido en la dictadura, que desemboca en una disputa

de intelectuales, periodistas y hombres interesados en ver si somos de izquierda o de derecha cuando insistimos y esas categorías nos han sido, nos son y serán completamente ajenas como esa guerra o confrontación intestina que, a diferencia de los muertos que instaló Europa para con la humanidad en las guerras mundiales, son desastrosas pero no en un mismo nivel cuantitativo.

El bosque les tapa el árbol y por su propio deseo de huída, de no querer ver lo que nos sucede, se olvidan de que en Latinoamérica (si es que no pueden aprender desde otra óptica que no sea la historia oficial u occidental) vivimos en un estado feudal. Aquí todavía no llegó la Revolución francesa y es imposible pensar en los términos políticos que se piensan en las capitales occidentales del mundo, y qué decir de la plusvalía o del proletariado. Acá no existe el mercado, ni siquiera un régimen de informalidad. Estamos en la etapa del trueque, lo afirman economistas locales.

Entre los que se van y están afuera y entre los que se quedan y viven otra realidad, triunfa el pensamiento y la cultura feudal. El sistema de castas o de división de actividades que provienen desde misterios antediluvianos. Los Guaraníes, la cultura que prevalecía en las tierras donde esta quien esto escribe, forjó el concepto de la tierra sin mal. A decir de Mandeville, la colonia de abejas que no tuviera conciencia de lo bueno ni de lo malo. La libertad librada, valga la redundancia, al canto y la danza, que no es un viejo paradigma primitivista, sino, tal vez, la esencia misma del ser humano, tomar contacto con lo que sienta hacer confiando en su fin natural y no anteponiendo la categoría o evaluación ante cada cosa que hace o deja de ser. Sabemos, las abejas latinoamericanas, de nuestros políticos zánganos que no hacen más que aprovecharse del esfuerzo colectivo; que son los mismos que dicen ser diferentes y que, sumidos en sus excesos y privilegios, sin embargo, reeditúan, como en la fábula de las abejas, al colectivo, al grupo, al conjunto. Por supuesto que muchos de los nuestros, pobres y marginales, no libraron ni guerras ni construyeron muros ni guetos, ni campos de concentración. Tampoco los tenemos como mano de obra esclava para que nos multipliquen la

producción, desestabilizando el mundo. Están en camino a la tierra sin mal, como todos, quienes terminarán con esta experiencia llamada vida sin que por ello signifique que han vivido mejor o peor en relación a otro. Claro que teniendo la posibilidad de comprender, desaprovecharla por animosidad, soberbia intelectual o pereza es lisa y llanamente un desperdicio que no se subsana ni con imposiciones ni condicionamientos, sino tan solo con ganas de leer, de escuchar, de cantar, de danzar, de vivir en la plenitud de lo humano más allá de cómo se manifieste.

CAPÍTULO 5

CONCEPTOS QUE BROTAN, DILEMAS SUBYACENTES

El poder es el “agalma” que brilla en tanto lo aprecia el otro

Cuando Alcibíades confiesa su amor por Sócrates (“especie de sileno o sátiro que es el agalma que contiene en su interior cosas preciosas”. El banquete. Platón. 221e) dará siglos después a Jacques Lacan, la posibilidad de definir la función del analista, mediante la imprescindible transferencia (vinculación) que debe existir entre este y el analizado, como otrora entre el amante y el amado.

Ante la imperiosa necesidad de pensar, fugando ante las disposiciones más opresivas de las que somos tanto responsables como irresponsables por la hegemonía imperante que premia, avala y promueve el no pensamiento, creemos determinante continuar la conceptualización de “Agalma” en cuanto una definición política. La relación entre el político y el ciudadano, entre el representante o gobernante con el representado o gobernado, se puede observar desde el brillo refulgente que esconde el poder, detrás de los objetos o sujetos, para validarlos en la aprobación de ese otro, que siempre será el que prometa al integrante del pueblo todo lo que le falta, y que por definición, nunca tendrá.

“Para decirlo todo, si este objeto los apasiona, es porque ahí adentro, escondido en él está el objeto del deseo, agalma, el peso, la cosa por la cual es interesante, a saber, dónde está el famoso objeto y saber donde opera, tanto en la ínter como en la intrasubjetividad.” (Lacan, J. *Le transfert, stécriture*, p. 126; Paidós, p. 169.)

Lo más cerca que podemos rodear al deseo, de aprehenderlo y designarlo sin que se nos fugue (que nos fuguemos con él o con las explicaciones de explicaciones) podría necesariamente tener que ver, con el momento exacto en que para ese otro (recordemos nuestro origen que siempre es mediante esos otros, que bien podrían ser padres, la ciencia, o un dios o varios) brilla aquello que podemos tener entre manos, en la mirada o cómo objetivo. Así lo describió Platón, así lo resignificó Lacan, así lo pondremos en el escenario político-público cómo la relación que sostiene al poderoso y su tutelado.

El “agalma” en los tiempos electorales, tal como en la etapa del enamoramiento o en las primeras sesiones analíticas en donde se definirá o no la existencia de la transferencia, es más fácil de poderlo observar, pese a su natural inclinación por permanecer oculto lo que dota de sentido a su razón de ser, como sucede con el erotismo que más encanta, atrapa y seduce cuando no muestra del todo (a diferencia de lo explícito o pornográfico y su condición burda, grotesca y animal) insinuando y dando pautas que tiene detrás de sí el elixir de un placer disfrazado de goce.

Los candidatos (no casualmente término que se usa en el mundo de las relaciones amorosas) a diversos cargos deben mostrarse atractivos ante el electorado. Necesitan ser el objeto de deseo de mayorías, habiendo sido previamente escogidos a estos fines, por otros que le reconocen este valor, este brillo, este “agalma”, que no necesariamente será el mismo que verán después los votantes que los hayan votado, para transformarlos en representantes o gobernantes.

Volvemos. El poder se manifiesta como el sistema complejo, o la red, que establece las reglas de juego, para que votemos cada cierto tiempo a los que aparecen como candidatos. Una vez consagrados como tales, es decir transformados hombres y mujeres en postulantes a los diversos cargos, ese poder ya operó, actuó, irrevocable, irreversible e irrefutablemente. En calidad de ciudadanos, utilizando nuevamente a Platón en la alegoría de la caverna, sólo vemos las sombras de lo que ocurrió detrás nuestro. Las figuras que se nos presentan como candidatos, se dispu-

tarán la seducción que podrán generarnos, en virtud de un “agalma” forzado, un brillo que no anida en ellos, dado que no tienen detrás de sí el poder, apenas, en el mejor de los casos, son los representantes de ese poder, el reflejo del brillo que está en otro lugar.

Así el brillo que escogemos, que nos vincula, que legitima la relación entre gobernantes y gobernados, entre representantes y representados, es un lazo deshilachado, un hilo extremadamente débil y delgado. Sin embargo, como planteábamos, en el estadio electoral, como en los tiempos de enamoramiento (donde incluso es difícil detectar incipientes vínculos patológicos), es tan fácil de observarlo, como difícil de creerlo, entenderlo y aceptarlo.

El poder, entendido como el conjunto de reglas que operan más allá de consultas, de consensos, de accesibilidades y de transparencias, pondrá los candidatos, postulantes, que los ciudadanos elegirán (en verdad que optarán) de acuerdo a valores, a brillos, a “agalmas” que no están necesariamente en la consideración, en la mirada ni en el registro de la ciudadanía, que igualmente será sometida a decidir, a los efectos de consagrar la relación, el vínculo entre gobernantes y gobernados.

Tal como los antiguos matrimonios por conveniencia (o los más modernos de “supervivencia”) donde los que elegían eran los otros, por lo general los padres o los religiosos de la comunidad, el maridaje entre políticos y ciudadanos, continúa la zaga de relaciones forzadas, donde los que eligen en verdad son quiénes están en los circuitos del poder, por más que no lo puedan cambiar, manejar o direccionar.

Llegan, caen, arriban, candidatos o postulantes que la prensa, la comunicación o las redes de ese poder (en los tiempos electorales, potenciados exponencialmente) dirán que tienen tales o cuáles virtudes. Desde que son excelentes en sus profesiones, en sus actividades (una de las razones por las que personas con fama o conocimiento previo, poseen falazmente este atractivo que se impostará es esto mismo), hasta que son confiables, capaces, idóneos, jóvenes para vivir y nunca viejos para morir. Que existen encuestas, sondeos, mediciones que esto avalan, que tienen relaciones directas con los que rigen los destinos de todos y cada

uno de nosotros, sin que nos demos cuenta. De esta manera el poder ya eligió a sus representantes, que nosotros simple y mansamente, iremos a refrendar, creyendo que estamos eligiendo algo, que vemos el brillo, el “agalma” de los que serán nuestros gobernantes o representantes, cuando apenas, en el mejor de los casos, será el reflejo, la proyección o la idea de algo que se nos sigue ocultando, por definición y por necesidad.

Hacer evidente la falta, es no solamente la tarea del analista, lo que enamora al enamorado (que su falta está en ese otro que lo completa), sino que es la función social del pensador, del filósofo, que determinará sí solamente la comunica, sí la profundiza e investiga académicamente o sí la convierte en experiencia política práctica, para que el poder pueda tener interlocutores válidos que lo comprendan mejor, que lo interpeleen, que lo cuestionen, y tal vez que lo modifiquen o al menos que no simplemente lo obedezcan, como desde hace un tiempo largo, hasta ahora, sentenciando a la comunidad toda que seamos meros espectadores de una narración que siquiera nos considera como sus posibles o potenciales lectores.

Discursividades actuales. Los “nuevos” discursos. La disolución de la dialéctica del amo y del esclavo

Hemos desterrado la idea del otro. La otredad quedó subyugada al reduccionismo de una conciencia tan carente de sí que no tiene tiempo ni espacio para reconocimientos que excedan la mera presencia testimonial. Dejamos de pretender la relación, el vínculo, la posibilidad de encuentros en circuitos que nos brinden algo más que la mera ratificación de nuestros actos, autómatas, inerciales y fundantes de una zaga, constituyentes de lo humano bajo otras características. Mismidad plena que imposibilita al sujeto la proporción, como extensión del lazo. En tal licuación el presente continuo hegemoniza y absolutiza todo tipo de nociones y por ende de escisiones que permitan algún tipo de dialéctica

y por ende de trato con un otro, como incluso alter ego, doble o múltiples de lo uno.

El significante amo ha sido dinamitado. El objeto “a” cancelado. El deseo convertido en narrativa de una humanidad guionada que persigue una réplica con una penosa noción de goce. Como sesgo de posibilidad la híper-realidad anula los otros planos. La muerte como horizonte unívoco de lo biológico. No nos permitimos el alumbrarnos en la vida del concepto. Hemos dejado de significar dado que ese otro para lo cual funge la traducción de siquiera tiene entidad de vacío. No hay representatividad ni representaciones. Somos la enjundia de una acción incomprensible. Tal vez irracional, probablemente misteriosa.

El 10 de diciembre de 1969 el psicoanalista Jacques Lacan inaugura su Seminario¹⁷ titulado “El reverso del psicoanálisis”, y es en el transcurso de estas clases que se formula el aparato de los cuatro discursos: el del Amo, el de la histeria, el Universitario, y el del analista. Este último a decir de muchos pensadores contemporáneos como Matías Paschkes Ronis en “Lazo social y deseo”, determinan acertadamente el éxito del discurso del analista y su reinado contemporáneo.

Leamos directamente a Lacan: “El discurso del analista, debe encontrarse en el punto opuesto a toda voluntad, al menos manifiesta, de dominar. Digo al menos manifiesta, no porque tenga que disimularla, sino porque, después de todo, es fácil deslizarse de nuevo hacia el discurso del dominio... Tal vez sea del discurso del analista, si se dan estos tres cuartos de vuelta, de donde puede surgir otro estilo de significante amo” (El seminario de Jacques Lacan, libro 17, p. 73).

Creemos estar experimentado esta proyección lacaniana, a la que agregamos la disolución misma del lazo, por ende de vínculos entre amo y esclavo. Híper-realidad, presente continuo, espacio de la “imagen”. Otro concepto lacaniano que resignifica de Jung y que podríamos sintetizarlo como “una forma que induce formas”. Acabóse de la alteridad. Replicas viralizadas de aquella circunstancia de las vías infructuosas de las que nos alertara Parménides.

Sabemos que en tu rechazo puntual y específico a lo que estás leyendo, se ratifica la no traducibilidad de los conceptos, el descarte de la dialéctica, su olvido ex profeso, la ruindad del logos. Las argumentaciones de la sensación, de la consolidación del porque sí. La prevalencia de quién en su aquí y ahora, por el mero hecho de sobrevivir y vociferar, puede decir lo que se le antoje sin que nadie tenga el deseo de escucharlo.

El objeto “a” extraviado por el cese del deseo, pasa a ser el reflejo del superviviente, digamos a partir de ahora “la irracionalidad z”. A partir de esta se funda, la sinrazón, lo fenoménico de los nuevos discursos que suplantán los anteriores descritos por Lacan. Salvo el entronizado como nuevo amo, para nosotros, performativo. El del analista, que todo lo permite maximizando el desinterés del contraste de los conceptos, validando la oclusión, la obturación del deseo, en nombre de su búsqueda o encuentro.

Las hordas ciudadanas en las que devinimos pobladas de cuerpos, sin órganos, partes, ni rostros, cuerpos sin más. En este amontonamiento surge, por una disputa de supervivencia, el discurso del político. A diferencia del discurso del amo que se encontraba enmascarado, este se muestra acaba y pornográficamente explícito y explicitado. La política es ni más ni menos que el amontonamiento de cuerpos, que se etiquetan bajo una denominación sin importancia. El imperio de lo biopolítico tal como lo anunciara Foucault. Lo electoral es precisamente la suma y resta de estos cuerpos inexpressivos e inexpressados que dirán cuál facción se impuso por sobre sus competidoras. Recordemos que no hay dialéctica, no hay razón, no hay proyectos, propuestas, formulaciones, por ende no hay otro al que significar ni traducir. No hay contrapunto, debate, persuasión ni deseo de convencimiento. Volvemos a recordar, tampoco hay deseo. Terminada la epocalidad simbólica de lo electoral, el discurso prevalente de lo cotidiano es el discurso del empresario. La transacción de lo real es por intermedio de este vínculo absoluto. Somos lo que valemos de acuerdo a la trazabilidad del imago convertido en objeto, mero y huero. Nos exige y demanda, tal discursividad que renunciemos a nuestra subjetividad, a lo poco que nos quedaba como

para explorarla o revitalizarla. Es el pase del nombre, de la palabra al número. Volvemos a la conceptualización lacaniana. Nos reducimos a la condición de “matema”. En vez de grafo del deseo, ágrafo de la supervivencia es a lo que nos conmina el discurso del empresario. El que más tiene, más necesita y el que más necesita es el que menos tiene. Círculo vicioso en donde el ocultar la falta o carencia, genera el estrago doloso de la sentencia a muerte de un escape, fuga, hacia un asentamiento en un “fantasma” que posibilite cierta espiritualidad libertaria que proyecte algo más que lo real puro.

Finalmente la noción de subjetividad escindida, atomizada, subdividida en partículas cuánticas. Los retazos o colgajos de lo que pudimos ser. El discurso del espectador. La pasividad rotunda, de ver, mirar, y por sobre todo consumir, los relatos, repetidos y repetitivos de narraciones insustanciales que nos acarician, en cada momento, por no despegarnos de la trampa de seguir siendo vividos, leídos, y redactados, por algo que nos excedió y excede. Lo que no es un otro, dado que no hay búsqueda, deseo ni subjetividad. Apenas un sitio al que rehusamos llegar, pero al que dejamos de simbolizarlo, de traducirlo para que signifiquen otras cosas, de vincularnos y enlazarnos con a los que podríamos reconocer cómo demás. La imaginación sobrevive en el inconsciente, en tal reducto del que nació el discurso del analista que ahora es la sinrazón del extravío.

Ofrecemos los presentes vocablos, para restituir la búsqueda, el deseo de lo humano, el reencuentro de la subjetividad, los lazos con los otros. Algunos dirán que esto es ni más ni menos que el discurso del filósofo. Será una anécdota. Sigamos intentando pensar, pese a todo, no desertemos de este último resquicio de singularidad.

Esquizocomunicación

Así como el esquizoanálisis se presenta como una teoría alternativa a propuesta de Deleuze y Guattari, y en tren del sentido de filosofar para

ellos (crear conceptos y por tal canal, pensar, pensarse y pensarnos) resignificar, previa deconstrucción la dinámica comunicacional, más allá de los sujetos intervinientes y de los circuitos creados, es una oportunidad que nos ofrece el aquí y el ahora en su pliegue crítico.

El certificado de defunción de la gacetilla de prensa, extendió en verdad el campo de lo mortuorio a todo un sistema de comunicación, del que sólo tenemos vanos recuerdos como los que nos despiertan a quienes visitamos en la desolación de los cementerios, en el ensordecedor silencio que nos envuelve el frío olvido, que se combate con la quema de cuerpos, a diferencia del otrora entierro, la reconversión a cenizas del occiso, para despojarnos del mito de lo fúnebre y funesto.

Quién más, quién menos, mediante una red social, una aplicación, un emoji transmitido por mensajería, comunica desde un lugar que no es el de comunicador. El oficio, el arte o la pretendida profesionalidad de comunicar pereció en los intersticios de las máquinas deseantes en que nos hemos convertido, persiguiendo el brillo, la luz, el reconocimiento que nos brinda el nuevo (a diferencia del viejo estadio del espejo) estadio de la “selfie” o el autorretrato.

Habitamos nuestra epocalidad, desde la generalidad de ser humanos, hasta el individualismo que determina nuestra individuación. Es decir, ya no importa si venimos en un cuerpo que de acuerdo a la cultura biológica se determina como perteneciente al subgénero hombre o mujer, lo que nos determina es como nos auto-percibimos y más luego que comunicamos o dejamos de comunicar desde tal percepción.

Las finalidades colectivas, las propuestas de lo común, los horizontes integrales, son las estructuras de los cementerios abandonados en el frío lejano del calor que irradia el que subiste y quiere dar cuenta de tal experiencia de ensueño, fabricando con ello circuitos por donde trasuntan palabras, sostenidas en sensaciones, en emociones, en sentimentalidad que exigen y demandan solidaridad, sororidad, empatía y la redención de la razón como eje rector de los viejos edificios que han caído en el averno del olvido.

“Una carta siempre llega a su destino” (Cita de Jacques Lacan en el Seminario de la carta robada) en la comprensión, en el entendimiento o aceptación de que la voluntad es más determinante que el mensaje y sus dispositivos, el primigenio circuito de emisor-mensaje-receptor termina de ser enterrado junto a sus disposiciones y preceptos.

Es la oportunidad, el momento, la instancia, como circunstancia líquida, rizomática de los perceptos. “¿Qué quiere un hombre de letras, un escritor, un novelista? Yo creo que quiere llegar a construir conjuntos de percepciones, de sensaciones que sobreviven a aquellos que las experimentan. Y eso es un percepto. Un percepto es un conjunto de percepciones y de sensaciones que sobrevive a aquél que las experimenta”. Gilles Deleuze, El Abecedario de Gilles Deleuze.

El hombre, la mujer o de acuerdo a cómo se perciba y decida presentarse, en la “esquizocomunicación” transmite sus sensaciones, emociones, sus perceptos, no sólo mediante letras, cómo define Deleuze, sino más bien, mediante imágenes, en un universo de lo simbólico. Los dispositivos, que antes hacían ruido en la comunicación, son constitutivos del sujeto flotante que no es ni emisor, ni receptor, pero que brindará réplicas, viralizaciones, dado que tampoco pretende trascender, sino reiterar, repetir, en una suerte de goce por la privación del sufrir, del perecer.

Borradas las fronteras del pasado y del futuro, en las cimas de la desesperación por un presente continuo y por ende imposible, la noción misma de sujeto, abandona para sí, la posibilidad de olvidar diferencias, de abstraer, es decir de pensar.

La enterrada pretensión de organizar los aspectos públicos, por tanto políticos en una suerte de comunicación oficial, mediante comunicados oficializados ya tuvo su aquí y ahora como su certificado de defunción expedido por Jorge Luis Borges con tal definición “Los periódicos son esos museos de minucias efímeras”.

La desterritorialización de las sensaciones de los múltiples, de cada individuo, se agencia, se procura, en tales intentos, condicionar lo condicionado, avanzar desde lo molar (las estructuras dinámicas) hasta las

catexias que crean los principios o prioridades para mayorías circunstanciales en las ambiguas relaciones que mantienen, en tensión, con el poder y sus manifestaciones.

Comunicar es existir en las interfaces, subir estados, dar un click sobre el pulgar arriba, o del gusta por más que no lo veamos, es de cierta y peligrosa manera, reconocer que nos hemos (han) transformado en la aplicación que cada tanto se actualiza y que para nosotros es reinventarnos.

Seguir habitando la inocua zona de seguridad, que creemos de confort, para no lastimarnos, creyendo lo imposible de que no moriremos por el simple hecho de no pensarlo, nos conduce al abismo del eterno presente, en el que seguimos presos, impedidos de desandar la vida en su finitud, en sus dramas, con sus desventuras, en sus instancias ple-tóricas, en sus circunstancias gloriosas, en el milagro del amor correspondido y por tanto de sus varias correspondencias, comunicaciones y llamados, pero con la intuición (no certeza) de que la carta siempre llegará a destino, cuando sentimos, pensamos y pretendemos llegar al otro, que es simple y complejamente, comunicarnos.

Los esquizocomunicadores, no tienen un día específico o determinado para ser saludados, haber dotado al calendario Gregoriano de un sinfín de caracterizaciones para reconocer oficios, profesiones, modos de ser en el mundo, gestas grandilocuentes y menores, recordables y olvidables, no es más que otro de los síntomas de la gran necesidad que nos habita de lograr tener deseos propios y con ellos, bajo ellos, detrás de los mismo, converger, congeniar y consensuar, democráticamente con los otros, pretensiones, anhelos, objetivos o sueños colectivos que se dispongan con un criterio de prioridades saludables para el cuerpo común del que somos parte.

Esquizodemocracia

“Al contrario que el psicoanálisis los autores de El Anti edipo sostienen que la producción social y la producción deseante no pueden ser separadas, sino que son dos caras de un mismo proceso: toda organización social, incluso aquella más contraria a los intereses del sujeto, está cargada de deseo; y todo deseo individual y supuestamente íntimo está marcado por la sociedad en la que se engendra. No es cierto que el ámbito propio del deseo sea una esfera íntima o privada, situada más acá de una esfera pública en la que tendría lugar el proceso productivo social de objetos. La única diferencia es la diferencia del tamaño del nivel en el que operan. Partiendo de estas premisas, la propuesta terapéutica de Deleuze y Guattari pasaría no tanto por interpretar y redirigir el deseo de un sujeto sino por permitirle descubrir su potencial una vez liberado de las cadenas psicoanalíticas y sociales mediante las que la sociedad lo apresa. En vez de un psicoanálisis proponen un esquizoanálisis” (Conde Soto, F. “El Objeto del deseo”. U. Santiago de Compostela).

Ante las próximas elecciones (convengamos que lo democrático lo único constatable que puede ofrecer es la periodicidad de la convocatoria a sufragar, siempre la promesa que no se cumplirá) consideramos, que desde nuestro dominio ciudadano, debemos, constituir el próximo paso democrático (metodológicamente muy a tono de la actualidad, de nuestra cotidianeidad, o epocalidad, de “posttiempo”) que consiste en realizar un llamado, una convocatoria, un exhorto, a todos y cada uno de los que se sientan interpelados, es decir parte de una comunidad que se crea, se sienta, o desee ser democrática, para proponerse, como posible gobernante o representante de su pueblo, localidad, villa, ciudad o provincia. Se sugiere que la candidatura, que la postulación, posea al menos un número de cinco (es el medio entre los extremos de los dígitos) propuestas, proyectos o definiciones que el oferente, pretenda llevar a cabo en caso de tener aceptación. No se trata de ganar absolutamente nada. Esta imposición por el número (vaya algo tan inexistente e irreal como los números, necesarios para un mínimo de entendimiento pero

no para hacer razón o finalidad de tal entendimiento) debe ser desterrada de la nueva concepción de lo democrático.

La partícula elemental a contrario de lo que se nos hace creer, mediante los lazos estructurales con los que nos hacen pervivir en la realidad, que conforma lo democrático, no es el momento de la elección general. Siquiera de las primarias, de las internas o de cómo se eligen los candidatos, sino que precisamente, todos los ciudadanos que nos preciamos de tales, lo debemos ser en un inicio y más luego, a partir de esta premisa democrática, se debiera organizar sistémica y estructuralmente las formas y las maneras para que la esquizodemocracia no quede entrampada en una primera significación negativa, como tampoco encorsetada en las realidades que de un tiempo a esta parte no pueden guardar los sueños de muchos en las pequeñas urnas electorales de muy pocos.

Es decir no se necesita, que los postulantes, tengan que presentarse ordenadamente en un mismo sitio virtual, dominio, red social o espacio determinado. Tampoco que sean instados a conseguir numéricamente votos, me gusta, o hacer mostrable o traducible que son apoyados y como. La propuesta es que una marea, un viento, una andanada, un alud, de ciudadanos referenciados en este llamado de construir una democracia posible, se propongan, primero ante sí, más luego ante los otros, como gobernantes de la comunidad en donde viven, en donde se desarrollan o también, porque no, donde les gustaría vivir o desarrollarse.

Esta escenografía de múltiples candidatos, de diversas ideas, de un torbellino de proyectos, de planteos, de iniciativas, dibujaría, trazaría, decoraría, las calles, las casas, los árboles, las plazas, los mercados, situaría nuestra ciudadaneidad en otro lugar, cambiándonos de eje, de plano, gestaríamos una ruptura de lo establecido, sin dar cuenta de ello y por ende, privándonos de lo traumático de la experiencia.

Todos quiénes así lo sientan y lo pretendan, deben constituirse en posibles gobernantes y representantes en potenciales mandantes, en seres políticos-públicos que compartan, en todas y cada una de las formas

de comunicar que tengan a su alcance, esta decisión de trabajar por la democracia, de redefinirla, de salvarla de su implosión, de rescatarla del presidio en donde la tienen reducida y reclusa, a la que sólo podemos ver un solo día, cada cierto tiempo, en modo o modalidad, de sufragio condicionado.

Que todos los que podamos y queramos, seamos candidatos, ofertando o exhibiendo nuestras propuestas, sea en formato de expresión de deseo, de anteproyecto de ley, decreto o cualquier otra formalidad normativa, pero que reúna un mínimo de coherencia y cohesión para que sea entendido, alcanzará y bastará.

Esta suerte de estado asambleario, consensual, en grado virtual, que alcanzaremos mediante el desarrollo de este accionar, nos llevará a que podamos entendernos mejor, a pensarnos desde lo colectivo, a que pongamos la prioridad en donde realmente está y que podamos prescindir de todo aquello que ocluye nuestra posibilidad de desarrollarnos en nuestra condición de seres humanos facultados a razonar en un ámbito de libertad.

En nombre de la política se ha encerrado a la democracia. La llave para que la podamos liberar, está en todos y cada uno de nosotros, cuando nos convenzamos de esto mismo, actuaremos en consecuencia, iremos a su rescate y liberación, manifestándonos como los políticos que la soltaron de su reclusión, para que esta finalmente nos brinde lo mejor que tiene; la posibilidad de que nos podamos entender y comprender en nuestras diferencias, sin necesidad de que ni por la violencia del hecho o del número nos tengamos que imponer nada.

La renuncia al deseo del lazo social

La vinculación entre lo uno y lo múltiple, entre individuo y comunidad, entre lo privado y lo público, podríamos sintetizarla bajo el significativo lazo. La filosofía como horizonte de las generalidades se enlaza con la psicología, más precisamente con el psicoanálisis, dado que este

atiende la particularidad del sujeto. La palabra, distintiva de lo humano, que se hace lenguaje para reconocer al otro, en la dinámica de tal circuito creado de la comunicación, define el entramado sustancial del que se confecciona el hilo, el cordel, la cinta en la que nos posibilitamos el ser uno y múltiples a la vez, sin dislocar el principio de no contradicción, para fundar un nuevo entendimiento.

La tensión, la puja, la disputa, todas y cada una de las aventuras y desventuras del sujeto enlazado entre su yo y el nosotros, abarca la consideración de lo político que alumbra los diferentes y diversos andamiajes de la política como manifestación o resultante determinado en un instante bajo contexto dado.

El concepto de lazo social, inicialmente vinculado a la teoría política, a la generalidad filosófica, es obturado, tomado, clivado, por el psicoanálisis y en tal complejidad, deviene en discursos. Lo que une, vincula, enlaza, sujeta, constituye al ser en su condición gregaria, es precisamente las discursividades como partes de una esencia indisoluble.

Antes de la palabra como eje rector, existió el acto, violentamente manifiesto de una ruptura marcada a fuego, que dislocó lo real y configuró lo simbólico. Así lo podemos leer en En “Psicología de las masas y análisis del yo” de Sigmund Freud; “En 1912 recogí la conjetura de Darwin, para quien, la forma primordial de la sociedad humana fue la de una horda gobernada despóticamente por un macho fuerte. Intenté mostrar que los destinos de esta horda, han dejado huellas indestructibles en el linaje de sus herederos; en particular, que el desarrollo del totemismo, que incluye en sí los comienzos de la religión, la eticidad y la estratificación social, se entrama con el violento asesinato del jefe y la transformación de la horda paterna en una comunidad de hermanos ([1921] 2000: 116)”.

En tal horizontalidad, la noción de lo común instaaura la prohibición del incesto y el respeto al tótem, no puede haber acceso para nadie a un goce pleno o absoluto. Se inicia de tal manera que se constituirá después en los dominios de la representación. La misma de base simbólica enlazará su dinámica desde los lazos que serán discursividades, dado que

cómo dirá Lacan tiempo después “los discursos con fundamentalmente modos de goce”.

Por tanto el lazo social que deviene en discursividades implica la constitución de un orden simbólico, que debe tener su expresión manifiesta en los corpus normativos o en la ley.

La misma pretende justificar, legitimar o en verdad explicar, condicionar desde el discurso que será de lo democrático y republicano el imperio de lo representativo.

A nivel ontológico (la razón del primer discurso), es claramente determinante la hermenéutica (representación válida de ese primer discurso) heideggeriana; “El ser es lo que determina al ente en cuanto ente, aquello respecto de lo cual el ente, sea cual fuere el modo en que se lo considere, es en cada caso siempre ya comprendido. El ser del ente no es él mismo un ente” (Heidegger, 2007. Ser y Tiempo. México, Fondo de Cultura Económica.13).

Nuestras relaciones humanas son discursividades, que son aprobadas o desaprobadas en el libre juego que pretende, en el fantasma de lo imposible, como síntoma de nuestro ser carente o develado en su falta, imponerse bajo uno u otro criterio que administra o determina la política, como esa dinámica dentro del circuito representativo de lo democrático, como recinto sagrado y totémico en donde las palabras más valiosas (las leyes que rigen o que determina el poder) se ponen a resguardo de las continuas compulsas.

El deseo como móvil del andamiaje de lo humano, al enlazarse mediante discursos puede enhebrar puntos genéricos que ordenen la posibilidad de un colectivo, de un espacio en común que respete y haga respetar prioridades para que la existencia se torne soportable y esperanzadora.

Prescindiendo de los discursos, es decir bastardeando la palabra, no hacemos más que renunciar al deseo de enlazarlos. Horadamos la constitución de la política, la posibilidad de lo común. Podríamos estar regresando a los tiempos de la horda, en donde se prevalecía por medio de la violencia intemperante y la sinrazón de los pliegues más venales con

los que hemos sido recubiertos en el presente arrojando a lo indeterminado e incierto.

Lo electoral el “objeto a” de lo democrático

“El orden simbólico tiene por horizonte el discurso universal. Lo que lo obstaculiza es el objeto a que siempre particulariza... Es posible combatirlo, pero nace todos los días, brota del grupo por todos sus poros”.

Miller, en el texto les habla a sus colegas psicoanalistas, acerca de una escuela de psicoanálisis. Claro que sin que sea su intención, está hablando de otra cosa, de aquí que lo citemos. Incluso en otros pasajes menciona que lo que llama objeto a, es la particularización para que el significante signifique lo mismo para los que están comprendiendo. Rápidamente reconoce, un ejercicio, inevitablemente sectario. Dentro de la, en términos amables, secta del psicoanálisis, como buen lacaniano, el citado reafirma la condición sectaria, de la corriente a la que pertenece.

Sus palabras, sin embargo, impactan de lleno en la actualidad política de nuestras democracias occidentales.

La democracia, acendrada en lo electoral, definida la misma como condición necesaria y suficiente cómo para ser tal, nos hace perder, la capacidad que anida en la política, como instrumento del poder, de transformar los aspectos basales de la sociedad o la comunidad en donde se desarrolla.

La garantía de lo electoral, donde supuestamente las libertades individuales como públicas, se consagran mediante el voto (que no es elección sino en el mejor de los casos, opción), paraliza todo lo otro que podríamos hacer en un pacto social en donde se establezcan premisas claras o prioridades. Un ejemplo contundente sería que en ninguna de nuestras democracias modernas, se estableció un orden de prelación o al menos un objetivo claro, por el que vaya la administración al mando, la administración de gobierno, con lo que ello implique en cuanto a que mantenga o no el apoyo de la mayoría de los gobernados, o sienta tal

oficialismo, estar desafiado por una oposición que proponga otra cosa u otras prioridades.

Para seguir intentando ser más claros. El reinado de los gurúes que ofrecen la campaña perfecta, el triunfo electoral permanente y la adhesión de las masas, no tiene que ver con un síntoma de los tiempos modernos o de la mera casualidad.

La democracia electoralista, nos propone, únicamente que optemos entre líderes, entre sujetos, a lo sumo entre minúsculos grupos de ellos (al ser cada vez más reducidos, encontramos la obvia problemática de la crisis de los partidos o de las ideologías políticas) que nos ofertarán, formas, técnicas o mecanismos, de impacto, para que nos convenzan de que ellos son mejores que los otros. La cuestión está resuelta, la tensión del poder, se resuelve, por sí nos cae mejor, estéticamente, o sentimentalmente, un candidato u otro, sí nos llegó de una manera más convincente un mensaje armado a tales y únicos efectos.

La democracia se aliena, enloquece, deja de ser razonable, por un tiempo, el tiempo exacto en que se llama a otra elección (forzada y forzosa). Este sujeto democracia, dentro del que todos somos parte constitutiva, nos separa, nos divide. De un lado quedamos los que nos gusta, o a los que nos convencieron que es mejor el rubio, el que usa tal ropa, que lee tal libro, o escucha tal grupo musical, por sobre el otro, que tiene tal profesión, tal color de piel, o sus ancestros pertenecieron a una determinada comunidad cultural.

En términos políticos y en conceptos, harto trabajados por ciertos magistrales como Arendt (La promesa de la política) y Derrida (Historia de la mentira), pedirle, exigirle, reclamarle, solicitarle, a lo democrático, a la política, y por ende a quiénes la representan (a ella, no a nosotros los ciudadanos o el pueblo, como se prefiera) es decir a los políticos, nociones como la verdad, lo cierto o lo consciente, es cuanto menos histérico, sino propio de una conducta psicótica.

Si queremos comprender, entender, o incluso el imposible de cambiar, tal lógica de lo democrático, la encontraremos sólo sí en el ámbito de lo inconsciente, en ese no lugar que estructurado como un lenguaje,

es lo otro que supuestamente se nos ofrece, mediante discursos armados, campañas prolijas y posturos de risas y gestualidades.

Incluso más, cuando nos hacen desear es cuando nos gobiernan, en el reinado del desierto de lo real (cuando nos quieren decir que no existen los fantasmas o que los han exterminado) lo político y lo democrático, se detiene, como en un paréntesis, para la venidera parusía de lo que nos redima, y esta es la razón por la cual, en términos políticos y metodológicos, lo único invariable de las democracias es el ejercicio, podríamos decir masturbatorio (dado que como mínima persigue placer inmediato) de lo electoral.

Democracia, política, inconsciente, y fantasma lacaniano son los distintos significados para el que el gran significante del voto, de la elección, de la libertad política, no se signifique así misma y nos brinde la sensación de que todo puede estar en movimiento, sin que nada se mueva, desde ningún otro plano, que la estructura con la sentimos, pensamos y de la que invariablemente desconocemos y no toleramos.

Lo electoral opera como *sinthome*, como el indispensable anclaje con la realidad, con lo democrático, con la voluntad general, con las ganas de que sigamos siendo parte de un espacio en común (la república o la cosa pública) por más que no formemos parte de ello (ni justamente, ni mediante el deseo) ni tan siquiera nos lo planteemos.

Es decir no votamos, ni deseamos hacerlo, para validar lo democrático, sino simplemente, porque es el último resquicio, antes de que prevalezca un desorden, que nos obligue a que construyamos o constituamos un nuevo orden.

Si pretendemos continuar, dentro de la cosa pública, con un sentido democrático, la debemos preservar de la banalización electoralista a la que la venimos sometiendo.

De lo contrario, profundizaremos el aceleracionismo en que hemos caído, y un buen día, alguna de las tantas manifestaciones a las que asistimos, directamente o por medios audiovisuales, nos impondrá el desorden que nos obligará a un nuevo orden. La falta de la ley como padre simbólico, como dispositivo fálico, se hará evidente y en la deses-

peración que tal incertidumbre produzca, la cubriremos sin objeto que la supla o que previamente lo hayamos diseñado, imaginado o deseado y la palabra pasará a segundo plano, corrida por el puro acto.

Pulsión de muerte colectiva

En “La revolución molecular” Guattari, Félix, traza un diagnóstico con respecto a Hitler y el nazismo, que para su concepción demostrará que ha sido una expresión de los fascismos imprescindibles con los que convertidos en máquinas deseantes, nos cercenamos precisamente la posibilidad misma de encausarnos en un deseo que sea una propiedad de un nosotros que nos integre cabalmente. Independientemente de sus “ageamientos (multiplicidad del devenir rizomático) y de los nuestros, la mirada la fijaremos en uno de los elementos que usa para dejar al rojo vivo el análisis up supra mencionado.

En la historia como el pleno del acontecer, lo cruento de la primera guerra mundial, libra para el común, una pulsión de muerte colectiva, que se transformará en un caldo de cultivo, en una condición necesaria, para lo que la humanidad vivirá después con la eclosión de la muerte en condición totalitaria, hegemónica e indiscutible en la segunda guerra mundial.

Recordemos que en “Más allá del principio de placer” Sigmund Freud propone la noción de pulsión de muerte, que clínicamente será muy criticada, pero que en humanidades no deja de ser un elemento teórico indispensable para entender y entendernos desde el lugar en el que hablamos, pensamos, escribimos y creamos.

No podemos apartar la mirada coyuntural, del suceso inaudito que nos embarga y preguntarnos a partir del mismo, que en la imposibilidad de prever las consecuencias a futuro, lo cierto es que inesperadamente de un tiempo a esta parte, como nunca antes (tal vez como reacción ante la perspectiva silente en las que nos encontrábamos) la pulsión

de muerte colectiva emerge desde la oscuridad a la que la hubimos de confinar tras tanto dolor e incomprensión.

Seguramente la negación como defensa, durante algunas décadas nos permitió una aparente o falsa tranquilidad de haber creído que nos íbamos a librar de la presencia de la muerte (como pulsión, es decir como noción que adviene) sin invocarla, sin aceptarla en su natural realidad, en tal fantasía en la que contribuye el maquinismo en que la técnica nos hizo adictos, en la persecución de supuestos deseos propios, que en verdad no son más que dispositivos de negación, del dolor, del sufrimiento, del fracaso, del fin, de la muerte, de todo lo otro de lo humano que nos constituye en la misma intensidad con lo que nos hace aparentemente, y circunstancialmente, felices y plenos.

En tal tránsito el malestar de la cultura se reconvirtió o resignificó en la cultura de la hiperfelicidad, en la hipertrofia de la máquina deseante de la que nunca nos cuestionamos habernos transformado, la catexis social no es más que el hedonismo insulso de que la muerte como entidad debe ser negada, expulsada o confinada a un ámbito por fuera de nuestra subjetividad y por ende del nosotros.

Para evitar la angustia de su presencia, sortear su naturaleza, nos inoculamos un veneno que nos mata, a los efectos de no convivir con la muerte como posibilidad ineluctable.

En tal desarrollo, podemos afirmar, bajo tal sesgo de posibilidad y contexto, que la pandemia es una reacción ante tanta negación. Necesitábamos un vendaval de tal magnitud para volver a comprendernos en nuestros límites, temores, contradicciones y vacilaciones que nos hacen humanos.

Lo imposible de aquel olvido de la muerte, ahora se convierte en su presencia contundente y nata. El flujo y reflujo, la velocidad, que no es más que el tránsito de un lugar a otro, es la clave que nos impone y exige que construyamos un emparejamiento o una armonía en nuestras dimensiones conceptuales, que son precisamente las radicalmente humanas.

Además de las medidas urgentes e importantes que se toman a nivel sanitario, las políticas públicas, deben orientarse a que en los estamen-

tos que fuesen, se trabaje sobre esta dimensión de pulsión de muerte colectiva que fluye con una intensidad inusitada en los tiempos actuales.

Sería absurdo, burdo y pretencioso (cómo en definitiva es la tentación del que profiere palabras) que tal como los galenos de la vieja usanza, escribamos recetas de qué hacer y cómo hacerlo para un conjunto de seres humanos en estos aspectos dilemáticos que se les presentarán a todos y cada uno, más temprano que tarde y más allá de que den cuenta de tal presencia o no dentro de sus experiencias.

El horror no puede ni debe ser normalizado en tren de evitar la naturalidad de que la vida es tal por su contraparte la muerte y que no estar firme (es decir enfermos) no implica la necesidad de pretender que nunca atravesemos circunstancias que nos hagan sentir desafiados por tales complejidades.

Contribuyamos a que las generaciones venideras salden sus diferencias por intermedio de palabras, sin el uso de la imposición al otro, por caracterizaciones de ningún tipo (por ende siquiera sanitarias) y sin naturalizar las exclusiones y la marginalidad, y que sobre todo la muerte en su condición de pulsión, no sea más que tal cosa, que de tal manera, el resto de lo que hagan o dejen de hacer, tendrá más que ver con la vida, como expresión de hacer convivir los deseos individuales de cada quién, sin que por ello, se aplacen, se anule, se cancelen o se nieguen.

Edipo Presidente

Nuestros cuerpos condenados al goce, lo deben hacer mediante la noción fálica que construye la relación de sentido o el universo de los significantes. La estructura del sujeto se organiza mediante el falo, que puede temer perder (en el caso de que lo haga, traducir la pérdida en falta) o ambicionar tener (reconocer que el deseo está en la otredad), en definitiva se constituye, en estas oscilaciones, ambivalencias y contradicciones tal sujeto estructurado en un sujeto deseante. La letra como litoral entre saber y goce, no hace más que dar la posibilidad de

la existencia del otro, al menos en el reconocimiento de lo inconsciente. Alegóricamente el sujeto en su condición política nunca puede reconocer al otro en noción democrática, sino en su condición de amo o de súbdito. Edipo se convirtió en rey luego de deponer a su antecesor que era nada más ni nada menos que su padre. En verdad le hubiera correspondido por herencia el trono, pero lo tomó ante la tragedia de su propia historia, desconociéndola incluso o pese a desconocerla. Este acto fundante del psicoanálisis, puede fungir también de punto cero para explicar las razones de la imposibilidad de lo democrático (en lo real) o que siempre se constituya en ese deseo de lo colectivo, de lo común, de lo inconmensurable e irrealizable.

Sí recordamos la tragedia de Edipo, éste ocupa el trono de su predecesor al responder el enigma de la esfinge. El acto violento de la muerte de Layo (asesinado), su padre el rey a quien sucede, es en definitiva la última, en este caso la primera, ratio o razón que es un acto de violencia fundante. La legitimidad la consigue, mediante el saber, que es el punto intermedio entre la estructura y el sujeto, entre el cuerpo y el inconsciente. El saber es el sentido de los significantes. Resuelve el interrogante de la esfinge (una criatura mítica) y se queda, legítimamente con el trono. Al pretender terminar con una peste que asolaba su reino manda a consultar al oráculo de Delfos (una suerte de soberano simbolizado y no uno con voz como lo es el coro) las razones de tal desgracia. Le informan que sucede la misma, dado que el asesino del rey depuesto, continúa libre y sin castigo por el magnicidio.

La persecución de ese deseo, de que la peste acabe, de darle sentido a su función de rey, terminara por constituir el alumbramiento del saber que es ni más ni menos que la fuente de su desgracia, y la introducción del significante democracia en nuestras nociones de la política.

Edipo no plantea un cambio de régimen, forma o sistema de gobierno, apenas si supe al rey depuesto. Ejerce incluso su reinado, desoyendo los consejos que buscaban que cesara en su determinación por ir detrás de esa verdad que lo llevará al fin de su reinado, al destierro y a su desgracia.

De haber planteado Edipo, en su ejercicio del poder, una relación más directa o democrática en los términos que podríamos adaptar en aquel entonces, seguramente hubiera sido comprendido, exonerado de responsabilidad, perdonado por un pueblo siempre hambriento y sediento de tener amos castrados.

La democracia es la representación más exacta y fidedigna de la gran historia colectiva. En nuestro deseo de autoridad, de falo, instituímos a un amo eunuco, al que lo incentivamos a que nos mienta (promesas electorales), a que transgreda (corrupción), para que nos convenza de lo que sabemos (en nuestro registro inconsciente) de que es y será imposible.

Nuestro cuerpo social destinado a vivir en armonía con y en las condiciones existentes (de habitabilidad en la tierra desde el vamos) elabora el deseo, traduciendo la pérdida (de inmortalidad de felicidad absoluta) en falta y para ello, lo pone a consideración cada cierto tiempo, en los ritos electorales, para no ser cómplice de las imposibilidades de los gobiernos o de los gobernantes.

Nuestro sujeto politizado actual es el concepto de un Edipo que de rey, devino en Presidente. Eunuco, castrado, mutilado y mientras no podamos develar (es decir resolver la tensión entre la estructura y el sujeto, entre lo particular y lo general, entre lo público y privado, entre lo personal y lo político) seguiremos como aquella Tebas, asolados por la peste, en esta versión, democráticamente.

Bajo los efectos del complejo de Telémaco

En virtud de la obra de Massimo Recalcati “El complejo de Telémaco” (Anagrama, 2016) donde el autor detalla con claridad meridiana la caída de la autoridad paterna como ley, en la espera del hijo de Ulises, vinculamos con la actualidad decadentista en torno a la concepción de la institucionalidad originada desde preceptos democráticos, que sólo se cumplen por el momento en un orden simbólico como lo es

el llamado o la convocatoria a elecciones. La que no casualmente cada cierto tiempo se pretende postergar o incluso evitar por justificaciones varias (ideales en tiempos pandémicos) constituyéndose lo electoral en el dispositivo de doble filo, que nos alerta como síntoma de ser el último de los resguardos antes de que el corpus democrático deje paso a fenómenos como los autoritarismos electorales, que son precisamente la reacción enfermiza que genera la caída de la autoridad política (complejo de Telémaco).

El bien jurídico mayor de cualquier ciudadano en el presente occidental ante un derecho colectivo es que le sea garantizado una vida en democracia, y cuando esto no ocurre, el mismo ciudadano debe agotar las instancias para llevar adelante este reclamo en todas las sedes y ante todas las instancias judiciales. No podrían objetarse ante esto, cuestiones metodológicas o de fueros, la justicia en cuanto tal, debe preservar y hacer cumplir el precepto democrático por antonomasia que el único soberano es el pueblo, pero la traducibilidad de esto, debe manifestarse mediante un cambio de lo democrático, tal vez redefiniéndolo o disolviéndolo en sus partes más oscuras, lo más democráticamente posible, sería que quiénes pretenden vivir bajo sociedades más democráticas, planteen en sus parlamentos o asambleas, mediante diputados, legisladores o ciudadanía común, proyectos que cambien el eje de las democracias, y que no sólo sea semántica, de lo contrario y tal como lo venimos observando, más temprano que tarde, se impondrá de hecho y no seguramente en forma pacífica o armoniosa, el cambio, nodal, radical y substancial, tan necesario e indispensable.

Esto mismo se podría lograr bajo elección, tal es la razón fundante de las reformas que proponen los regímenes semidirectos (que mediante consulta popular, permitieron el Brexit) los plebiscitos por autonomías (Cataluña, Escocia) o la elección en Turquía, que cambio de sistema de gobierno (de parlamentarismo a un presidencialismo) por un plebiscito, o por un resultado electoral.

“El simple hecho de que haya elecciones no basta para que estas sean competitivas. Piénsese en todos los instrumentos de que disponen los que están en el poder... Las reglas afectan a los resultados. Incluso pequeños detalles como la forma y el color de las boletas, la ubicación de los lugares de votación, la fecha en que tiene lugar puede afectar el resultado. Por lo tanto, las elecciones, inevitablemente son manipuladas... Hay algunas voces que afirman que en la actualidad estamos asistiendo al surgimiento de un fenómeno cualitativamente nuevo, “El autoritarismo electoral”... El hombre de poder en ejercicio no es necesariamente la misma persona: puede ser un miembro del mismo partido o un sucesor designado de alguna otra manera...” (Przeworski, A. “Qué esperar de la democracia”. Siglo veintiuno editores. Buenos Aires. 2016).

“¿Qué son exactamente los autoritarismos electorales? La respuesta pasa por señalar que no son -bajo ningún concepto- sistemas democráticos, aunque permitan a veces un juego multipartidista en elecciones regulares para la designación de los cargos ejecutivos y legislativos. No lo son porque se trata de regímenes que quebrantan los principios de libertad y de transparencia, y que convierten las elecciones en instrumentos de consolidación del poder. Sin embargo, debido a su extraña mezcla de instituciones formalmente democráticas con prácticas autoritarias, estos regímenes no calzan en las categorías tradicionales. Además, estos sistemas suelen presentar un entramado institucional parecido al de las democracias representativas, si bien ninguna de sus instituciones ejerce funciones garantistas ni de contrapeso al poder establecido. Así, en el marco de esta estéril institucionalidad, el único (y principal) sitio de contestación es el de la arena electoral y, por eso, la celebración de elecciones es muy importante. Las elecciones, en este entramado, se convierten en algo más que en un ritual de aclamación, ya que forman parte sustancial del juego político. Por ello, los momentos electorales están cargados de conflicto y tensión, ya que las autoridades quieren seguir manteniendo el control de las instituciones y los opositores quieren arrebatárselo. Es en este marco en el que se produce una dura pelea, donde quienes detentan el poder pretenden controlar la administración electoral y el conteo de los votos, así como limitar los espacios de los partidos opositores y manipular los medios de comunicación... Es en este momento, el de las elecciones, cuando los autoritarismos electorales se juegan su destino, ya que, en función de la capacidad de la oposición de presionar, movilizar y sumar nuevos aliados, se puede impulsar una agenda

democratizadora. (Martí Puig, S. <http://www.elperiodico.com/es/noticias/opinion/autoritarismo-electoral-1304201>)

“En la actualidad, para juzgar el desarrollo de la democracia en un país determinado, la pregunta que hay que hacer no es ¿quién vota? Sino ¿sobre qué asuntos se puede votar?” (Bobbio, *The future of democracy*. 1989. P. 157.)

Como usted bien sabrá estimado lector, lo único de más que posee la presente pluma son palabras, pero a modo incluso de abonar la argumentación de este propio artículo, y como testimonio real de la posible existencia del autoritarismo electoral en el que nos encontraríamos subyugados, a modo de preservar la integridad de estas palabras condenadas a la censura por el régimen que se pretende perpetrar en el poder, mediante el viciado y perverso juego, de una aclamatoria de mayorías, solamente dejaremos a las citas textuales que planteen los escenarios de autoritarismo electoral citados.

Solamente nos corresponde hacer la pregunta, como duda, como inquietud, no como inquina, provocación o denuncia. El escarnio, la censura y la segregación, cultural, social y económica del que somos objeto por parte de quienes se erigen en autoridad, por la ratificatoria de mayorías, que dan en llamar democracia, no es más que un mínimo costo, nimio e imperceptible, que cada cierto tiempo se le exige a la humanidad, para ver sí es merecedora de contar con la posibilidad de ejercer su raciocinio y vivir en libertad.

“En la extraña combinación de ficción política y realidad, tanto los pocos que gobiernan como los muchos gobernados pueden verse limitados-podríamos decir incluso reconfigurados- por las ficciones de las que depende su autoridad” (Morgan, E. *Inventing the people*. Nueva York. 1988).

La autoridad se funda en la razón de la que nos hubiera gustado prescindir, para siquiera hacernos la pregunta que lleva como título el presente artículo. Ojalá que usted tenga una respuesta y sepa qué hacer con ella.

Si no estamos de acuerdo con nuestros sistemas de organización que mejor que el día de mañana ponerlo en juego para ver si nos salimos del mismo, si lo abolimos. Bueno, esto que era una idea, un ejercicio teórico, ya está ocurriendo, en nuestras democracias occidentales, sí, mediante votación de los ciudadanos, pero sin que se les informe que solamente lo democrático se expresa mediante votaciones cada tanto, en donde la única democraticidad ejercida es tal convocatoria electoral en donde se convoca a la “horda” a que ratifiquen a sus oficialismos.

Tal cómo la relación sexual tampoco existe lo democrático

Una de las frases en la que quedó simbolizado el pensamiento de Lacan, es sin dudas el apotegma de “no existe relación sexual”. Devenido en un significante del pensamiento del “no todo”, tantas cosas se dicen y podrán decir del psicoanalista francés, pero claro que lo más sustancial, o sintomático, como transgresivo, tiene que ver precisamente, con lo que no ha sido pensado aún del legado mismo de sus consideraciones, estructuradas bajo la modalidad instaurada de seminarios.

Pensar en términos lacanianos, consiste para no pocos en una “forclusión” de lo real, es decir en un rechazo concluyente, del accionar y por ende del sentir desde lo simbólico y alucinar conceptos o concepciones que fuguen los nudos que sujetan al sujeto en las sujeciones, de las que estamos constituidos y somos constituyentes.

En síntesis, en nuestra condición de seres deseantes, al no haber concreción, siquiera del acto sexual, dado que lo sustituimos, bajo las máscaras, de lo femenino y masculino, obliteramos la posibilidad, cosificando el lazo, a través de los órganos, sobre todo los genitales, navegando en la vaguedad incierta de lo desconocido, como en la caprichosa fórmula insensata de continuar flotando, fluyendo, deviniendo en las borrascosas aguas que tensan la disputa eterna entre la libertad y el nudo.

Construimos el fantasma asentado en el guión de lo inconsciente, que nos permite ser al mismo tiempo y perforando el principio de no contradicción y por ende la lógica y su aspiración científicista, autor, narrador y espectador, vivenciando el fenómeno de la vida, desde incluso lo no vivido, o bajo el imperio que nos impone el significante muerte y sus consecuencias.

Tal cómo ocurre en el plano existencial, desde el pliegue de lo individual, privado o privativo, escribimos los trazos de la trama, en la arena o en el campo de lo público, de lo privado, en el escenario en donde desandamos la tensión de la horda.

A diferencia de la tribu, y en una resignificación de pueblo, masas o ciudadanía, tal como lo definió Paco Vidarte, en su vida y obra, la horda, es sin duda el ámbito en donde los sujetos nos hemos privado de los alcances de ser algo que ansíe o pretenda, comprender la posibilidad de ir más allá de nuestras propias instintividades a los que en algún momento las herimos de muerte.

No podemos ni queremos, ni nos ha sido dado retornar a ellas, tal vez, nos quede el profundizar el fantasma que nos posibilite la relación sexual, sin que la misma devenga en la reproducción y nos quedemos con el certificado extendido de que la humanidad no tiene sentido, bajo tal sentido, de ser continuada.

La democracia no existe por esto mismo. No puede haber sujeto que desee algo más que el deseo mismo, muchas veces inconexo como inexpresado. Es imposible que alguno de los existentes podamos sostener en continuo una idea general a la que alguna vez no traicionemos o la que no perforemos mediante la naturaleza ambigua de nuestras dudas y contradicciones que nos impulsan al mar o la corriente, en donde quedamos a expensas de esas fuerzas que nos exceden. En este imposible, surge la prometedora insensatez de la representación. El fantasma constituido de la representatividad opera como expectativa y se imprime en el registro simbólico cómo la ley del padre en su función, como la ley a secas, deviniendo el poder en un registro de lo jurídico, normativo y normal.

El deseo suspendido, posibilita la sensación de transgresión, dentro de las reglas de la horda, subvertida en tribu civilizada, bajo el significativo amo de lo democrático.

Convivimos con la muerte a diario de cientos o millones de esos otros que no somos, llamados prójimos, próximos o hermanos, pero nos reflejamos en esa representatividad que precisamente no concreta, ni nunca se realiza, como el acto sexual, sino a través de estos mecanismos, formulaciones o teatralizaciones de lo simulado.

Nunca habrá una elección ni llamado a la misma, en donde la horda, travestida de pueblo, sea consultada si desea continuar viviendo bajo los términos democráticos, o si desea un despotismo ilustrado, o el sistema que fuese.

La democracia reina en la amplitud de su imposibilidad, en todo lo que no realiza y promete, en una política que deifica la muerte, cómo aquel ámbito que nos espera, inerte, para que librados a suerte, nos consustanciamos con el deseo que nos determina, ayer, ahora y siempre.

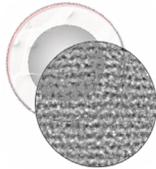
REFERENCIAS

- Arendt, H. (2012). *Verdad y mentira en la política*. Madrid: Página Indómita.
- Beaumont, J.P. & Vandermersch, B. (2004). *Jaques Lacan, La logique du phantasme, Séminaire 1966-1967* [Jaques Lacan, La lógica del fantasma, Seminario 1966 -1967]. París: l'Association Lacanienne Internationale.
- Becker, H. (2009). *Outsiders: hacia una sociología de la desviación* (p. 207). Buenos Aires: SigloVeintiunoEditores.
- Borges J., L. (2011) Funes, el memorioso. En Borges J., L., *Ficciones*. Argentina: Debolsillo.
- Camus, A. (1985). *El mito de Sísifo*. Buenos Aires: Editorial Losada.
- Carpintero, E. (2007). *La alegría de lo necesario: las pasiones del poder en Spinoza y Freud*. 2a ed. Buenos Aires: Topia Editorial.
- Corsi, P. (2002). *Aproximación preliminar al concepto de pulsión de muerte en Freud*. Revista chilena de neuro-psiquiatría. Recuperado de: https://scielo.conicyt.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0717-92272002000400008&lng=en&nrm=iso&tlng=en
- Deleuze, G. (2006). *Proust y los signos* (p. 55). Barcelona: Editorial Anagrama.
- Deleuze, G. (2006). *Conversaciones* (p. 244). Valencia: Editorial Pre-Textos.
- Deleuze, G. (2015). *Mil mesetas*. Valencia: Editorial Pre-Textos.
- Derrida, J. (1975). La farmacia de Platón. En Derrida, J., *La diseminación* (pp. 93-260), Madrid: Editorial Fundamentos.
- Derrida, J. (2015). *Historia de la mentira*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de la Facultad de Filosofía y Letras.

- Freud, S. (1927). El porvenir de una ilusión. En Freud, S., *Obras completas III*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- González A., A. (2016). *Intertextualidad, auto-reflexividad y mise-en-scène en el cine de Ingmar Bergman*. (Tesis doctoral). Universitat Autònoma de Barcelona, Barcelona.
- Hegel, G. W. F. (1978). *Escritos de juventud* (pp. 56-58). México: Fondo de Cultura Económica.
- Heidegger, M. (2003). *Introducción a la metafísica* (pp. 190-230). Barcelona: Editorial Gedisa.
- Heidegger, M. (2003). *La historia de ser*. (pp. 42-43). Buenos Aires: Editorial El hilo de Ariadna.
- Herrera, F. & Armando, N. (Coord.). (2018). *Camilo Torres Restrepo: polifonías del amor eficaz* (pp. 77-84). Buenos Aires: Editorial El Colectivo.
- Horkheimer, M. & Adorno, T. (1994). *Dialéctica de la ilustración, fragmentos filosóficos* (p. 59). Madrid: Editorial Trotta.
- Lacan, J. (1984). *Escritos 1*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lacan, J. (1985). *Escritos 2: Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano* (p. 501). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lacan, J. (2006). *Obras escogidas I* (p. 177). Barcelona: RBA.
- Laurent, E. (Sin fecha) *El traumatismo del final de la política de las identidades*. Escuela Lacaniana de Psicoanálisis. Recuperado de: <http://identidades.jornadaselp.com/textos-y-bibliografia/texto-de-orientacion/el-traumatismo-del-final-de-la-politica-de-las-identidades/>
- Mandeville, B. (2004). *La fábula de las abejas o cómo los vicios privados hacen la prosperidad pública*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Marx, C. (2012). *El fundamento de la crítica* (p. 16). Madrid: Editorial Gredos.
- Merlín, N. (22 de abril de 2014). *Laclau y el psicoanálisis*. Página 12. Recuperado de: <https://www.pagina12.com.ar/diario/psicologia/9-244260-2014-04-17.html>

- Montesquieu (1996). *El espíritu de las leyes* (Trad. S. García del Mazo). Madrid: Librería general de Victoriano Suárez (Trabajo original publicado en 1750).
- Ortega y Gasset, J. (2012). *La rebelión de las masas* (p. 282). Madrid: Editorial Gredos.
- Panadero, C. (2015). *Leibniz. En el mejor de los mundos posibles*. Madrid: Bonal letra Alcompás.
- Platón (2011) *Timeo*. Barcelona: Editorial Gredos.
- Rozitchner, L. (1998). *Freud y los límites del individualismo burgués* (p. 208). México: Siglo Veintiuno Editores.
- Saldivia, F. (2018). *Lo bello y lo sublime en el psicoanálisis lacaniano*. NODVS. Recuperado de: <http://www.scbicf.net/nodus/contingut/article.php?art=644&autor=236&pub=3&rev=71>
- Segal, H. (1991). *De la utilidad clínica del concepto de instinto de muerte* (p. 43). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Seoane, J. (2020). *Martín Heidegger camino de la democracia*. Revistas en Línea (Universidad Católica Andrés Bello). Recuperado de: <http://revistasenlinea.saber.ucab.edu.ve/temas/index.php/educab/issue/viewFile/483/111>
- Subirats, H. (1993). *Desde el lugar del otro. Filosofía y sexualidad* (p. 70). Barcelona: Anagrama.
- Tenenbaum, E. (2015). *Lacan, El Nudo, Escrituras Impropias de la Clínica* (p.54). Buenos Aires: Letra Viva.
- Tenenbaum, E. (2015). *Lacan, El Nudo, Escrituras Impropias de la Clínica* (p.76). Buenos Aires: Letra Viva.
- Trotsky, L. (1932). *Historia de la Revolución rusa* (p. 12). España: Editorial Titivillus.
- Vargas Llosa, M. (2000). *La fiesta del chivo*. Madrid: Alfaguara.
- Voltaire (2011). *Cartas filosóficas. Diccionario filosófico* (p. 203). Barcelona: Editorial Gredos.
- Žižek, S. (2014). *Pedir lo imposible*. Madrid: Ediciones Akal.

Published
in xxxxx
2021



Faber & Sapiens

